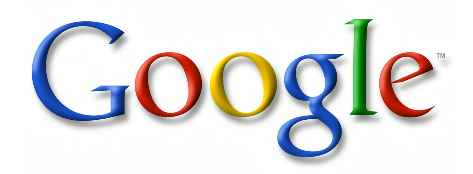
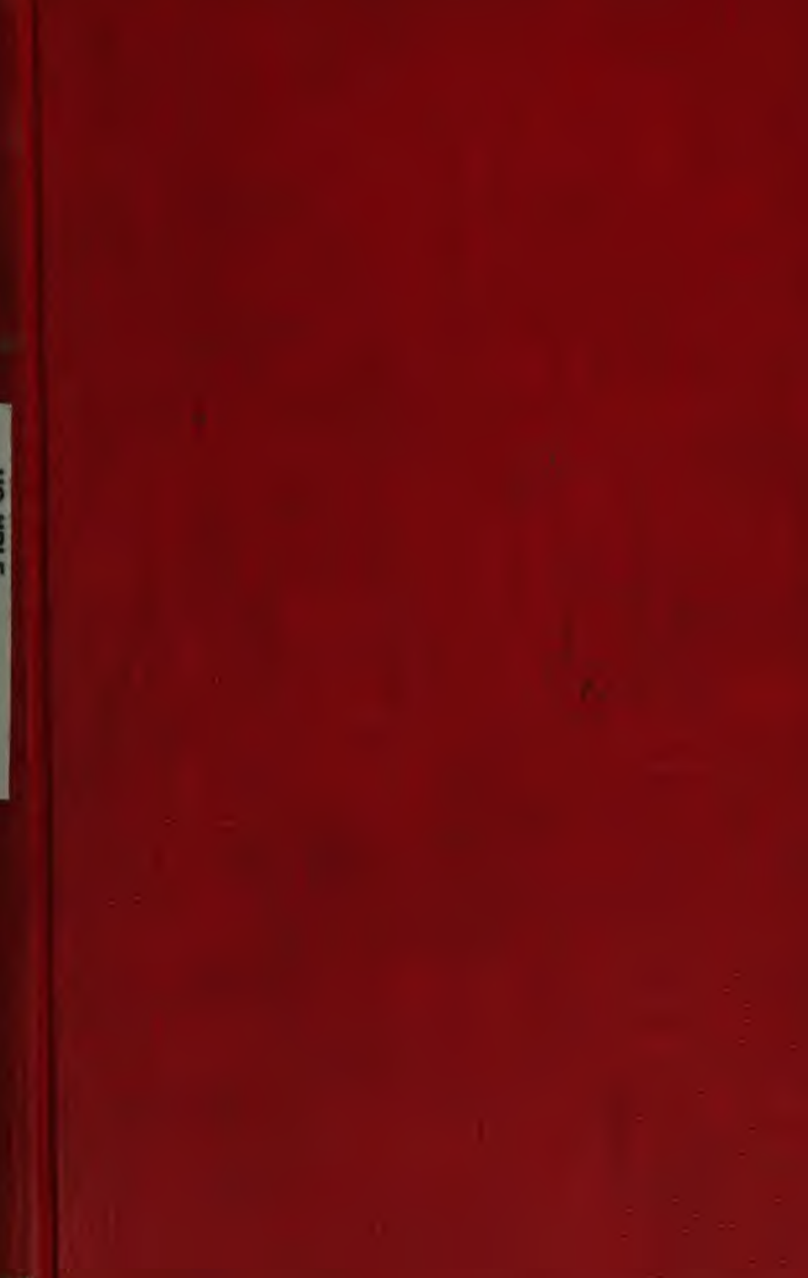
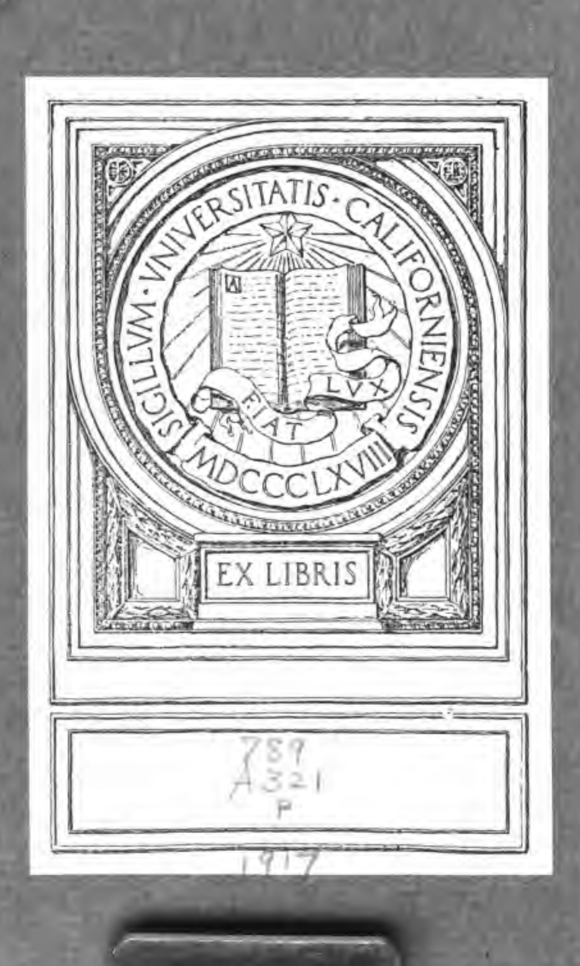





SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



OBRAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POESÍAS

SERIAS Y HUMORÍSTICAS

EL HIJO-PRÓDIGO

DRAMA

POESÍAS

SERIAS Y HUMORÍSTICAS

DE

D. PEDRO A. DE ALARCÓN

CUARTA EDICIÓN

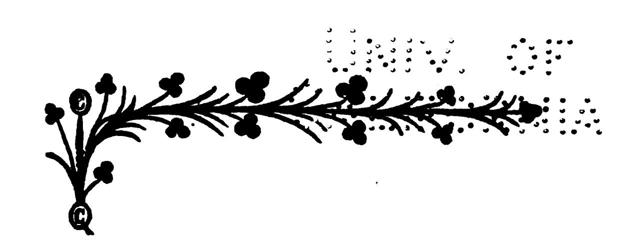


MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Paseo de San Vicente, núm. 20.

1917



DEDICATORIA

TÉNGASE *por reproducida aquí la primera Poesía del presente volumen, con la cual dediqué* Á MI MUJER, *hace quince años, la colección de mis versos juveniles.*

P. A. DE ALARCÓN.

29 de Junio de 1885.





PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

TAL vez no se hubiera dado á la estampa, en mucho tiempo, esta colección de poesías, si yo, á fuerza de ruegos, no hubiera logrado vencer la desidia del autor. Alego aquí este servicio literario, para justificar lo que de otra suerte pasaría por audacia: este Prólogo mío.

Aunque el poeta, tan conocido ya y tan estimado del público, no ha menester que yo ni nadie le patrocine, no estará de más decir algo sobre la índole y el mérito de sus composiciones.

Claro está que no voy á buscar argumentos para persuadir al público á que guste de ellas, sino á exponer algunas de las razones en que el gusto y el ya alcanzado aplauso se fundan.

En muchos escritos míos he dicho repetidas veces, y he procurado demostrar, que la edad presente es más favorable á la poesía lírica y más fecunda en buenos poetas líricos, que ninguna de las pasadas. Sólo quizás en los mejores tiempos de Grecia, cuando el sol de la libertad iluminaba todas sus gloriosas repúblicas, verdes y frescos aún los lau-

reles de Maratón, Platea y Salamina, hubo poetas líricos como los que en nuestra edad han cantado las maravillas de la civilización, las tempestades sublimes de las revoluciones, y la virtud progresiva y bienhechora de la libertad moderna. Sólo Simónides, Arquíloco, Píndaro y Corina, celebrando á los héroes y á los vencedores en la arena olímpica en presencia de la Grecia toda congregada, pueden ser comparables á los poetas líricos de nuestro siglo.

La libertad misma, el favor del pueblo, el aplauso inteligente de una ilustre democracia, fueron, y son, los Augustos y los Mecenas de aquéllos y de estos griegos cantores. No nacieron ni se criaron, como plantas exóticas y parásitas, en los invernáculos y cercados jardines de los Reyes y de los Grandes, sino al aire libre,

«Donde no se apoca
el numen en el pecho
y el aliento fatídico en la boca.»

No vinieron á cantar sólo los dulces y fáciles amores, las delicias de los festines, la pompa cortesana y los sentimientos y dogmas religiosos sujetos á una pauta oficial é invariable, sino á cantar libre y espontáneamente de Dios y de la naturaleza, y á vaticinar los altos destinos de la humanidad, con acento valiente, enérgico y digno de ella.

Esta nueva época de gran poesía lírica no es fácil marcar en qué momento empezó. En unos países hubo de adelantarse, y hubo de retardarse en otros. Pero no es lo interesante el comienzo, sino el fin de esta época. ¿Acabará la poesía, como pretenden algunos, ó tendrá una vida y una fecundidad inmortales, como otros aseguran? Yo soy de los más firmes creyentes en la constante y activa duración de la poesía, y ya he dado, en otros escritos también, las razones que

tengo para creerlo así. La ciencia y la experiencia, por grandes que sean sus progresos, no invaden todo el campo de la fantasía. Este campo es infinito, y cuanto el saber humano explora, averigua ó explica, es nada en comparación de la inmensidad adonde no penetra, del universo invisible que se sustrae á todo su estudio, de la región misteriosa donde sólo entran, se explayan y logran crear mil prodigios la fantasía, el sentimiento y la fe.

De tales argumentos, que no es esta la ocasión de ampliar, me valgo no para convencerme á mí mismo y para convencer á los otros de la perpetuidad de la poesía; y hasta me inclino á veces á creer, no ya en su perpetuidad y florecimiento inmarcesible, sino en un constante crecimiento y mayor auge; porque, lejos de suponer, como suponen otros, que la ciencia, al descubrir, aminora lo descubierto y lo no descubierto, presumo lo contrario, que lo magnifica y lo ensalza todo. Lo que descubre lo hace mayor y más bello que lo que había fingido la fantasía; y calculando luego la mente lo no explorado por la grandeza de lo explorado, también lo no explorado se agranda y se sublima.

Siendo esto así, como lo es, no cabe duda para mí en que la poesía lírica ensancha sus dominios y aumenta su energía con el andar de los tiempos. No hablo de la poesía dramática ni de la épica, porque exigen otras condiciones que hoy no se dan, por donde son hoy inferiores, y no dejarán de serlo mientras no se transfiguren, lo cual no es de mi incumbencia decir aquí si podrá ser, y cuándo y cómo podrá ser, dado que sea.

Lo que importa explicar, á fin de que no se entienda que me contradigo, es que dentro de esta época, altamente favorable á la poesía lírica, época que podemos calcular que empezó á fines del siglo próximo pasado, hay un período de

terrible prosaísmo, en el cual vive hoy ó vegeta toda Europa, y singularmente España.

Causa principal de este prosaísmo momentáneo ha sido (considerando en conjunto toda la civilización europea) el cansancio natural, el desmayo y el desaliento que suceden á las hondas especulaciones metafísicas, en que nuestra edad ha sido tan rica.

Por reacción de aquel grande movimiento filosófico, y en esta postración actual, han brotado y medran, como los espinos y abrojos donde ya se agostaron las flores, los más descarnados sistemas materialistas; la negación de Dios, del espíritu y de todo lo que no es materia; el aborrecimiento de toda metafísica y de toda teología.

España, que no desplegó la mayor actividad en el movimiento metafísico anterior, tampoco se halla hoy tan infestada del materialismo y del llamado positivismo que han surgido por reacción posteriormente; pero tales doctrinas, por estar más al alcance del vulgo, han penetrado más, y se han difundido lo bastante para destruir y secar en las almas las inspiraciones y los pensamientos poéticos.

Hay en España asimismo otro motivo antipoético poderoso. El conocimiento de nuestro malestar material, apenas sentido antes, se ha divulgado, naciendo de él un vehemente deseo de vivir mejor materialmente. De aquí lo prosaico y ruín de este período de la vida social de nuestro pueblo; de aquí la poca afición que muestran á la poesía las clases más adelantadas. La poesía, el término de la aspiración, la meta en la carrera del deseo en pos de lo ideal, suele ponerse ahora en comer bien, en vestir con elegancia, en vivir en una casa *confortable*. El que no ha logrado esto, corre desalado para lograrlo; el que ya lo consiguió se llena de orgullo, y se considera como el poeta verdadero.

En este período prosaico ha venido al mundo, como poeta, el Sr. Alarcón.

Cruel destino ha sido el suyo; pero, hasta donde es posible, ha logrado vencerle, dando con tan difícil triunfo una prueba irrefragable de su valor.

De la situación momentánea del mundo, y en particular de la de nuestro país, indicada aquí en breves palabras, han dimanado varios vicios en casi toda la poesía novísima, vicios de que la poesía del Sr. Alarcón se halla exenta.

El principal de estos vicios se puede llamar (valiéndonos de un vocablo muy usado hoy por los naturalistas) *atavismo* exagerado. No parece sino que las musas, aunque vengan traídas de la mano por un poeta progresista, ó racionalista, ó filósofo, partidario en prosa de las últimas revoluciones, admirador en prosa de todo lo que constituye el carácter de nuestro siglo, é impregnado de su espíritu hasta los tuétanos, retroceden espantadas hacia los siglos bárbaros y se llevan al poeta que las traía, obligándole á decir en verso lo contrario de lo que en prosa siente, piensa, afirma y sostiene; trastrocándole en detractor de la época presente y encomiador de las pasadas; obligándole á imitar, aunque en sentido inverso, al falso profeta Balaam, que por encargo de los Moabitas fué á maldecir al pueblo de Israel, y contra su voluntad, y sin caer en lo que hacía, le colmó de bendiciones.

Es otro vicio el incesante sermonear, acudiendo á todos los lugares comunes del Lárraga; y otro, la afectación de un espiritualismo severo, que condena todo lo que no es mortificación de los sentidos, conversación interior y retraimiento del mundo y de sus pompas; de todo lo cual dista el poeta muchísimo en la práctica de la vida.

El Sr. Alarcón no peca por ninguno de estos lados. Es

un poeta natural. En prosa y en verso es siempre el mismo. El escritor y el hombre son lo que deben ser, enteramente idénticos.

Nace de esta naturalidad y candidez, y de las varias y aun opuestas tendencias del día, lo inseguro y vacilante que suele encontrarse el corazón aun en los instantes de más fervoroso entusiasmo y de más arrebato poético. Solicitada el alma por diversas esferas de atracción, viendo á las claras el pro y el contra de lo que sostiene, acostumbra refugiarse en la ironía, y cae en un estado que, con palabra tomada de la lengua inglesa, llamamos *humorístico*. Las mejores poesías del Sr. Alarcón son las que expresan dicho estado del alma.

Nada hay nuevo en el mundo, y dicho esto, y la poesía que de él nace, no son nuevos tampoco. Apenas hay poeta lírico, ni aun en los tiempos más remotos, que no deje en ocasiones traslucir la ironía; que no tenga su punta de humorístico, á veces en las composiciones más graves. No pocos críticos han creído descubrir sobre los labios del divino Homero una delicada y burlona sonrisa, hasta al pintar al hijo de Saturno, cuando, enarcadas las negras cejas y movidos sobre su cabeza inmortal los rizos perfumados de ambrosía, estremece la cumbre del Olimpo. Dechado más evidente del género humorístico é irónico es la famosa y tan repetida oda de Horacio en alabanza de la soledad, de la vida del campo, de las costumbres puras, sencillas y santas en los tiempos patriarcales. ¿Quién, al leer aquella oda, no aborrece por un instante los suntuosos banquetes, el lujo y las luchas de la ambición? ¿Quién no promete evitar los palacios de los príncipes, el foro ruidoso y la inquieta é inconstante plebe? ¿Quién no desea irse á vivir á un cortijo con su inocente esposa, que hará allí el papel de una sabina, ordeñando las vacas, aprestando los no comprados manjares, y todas las otras

suavísimas rustiquezas que el poeta nos describe y que están oliendo á madreselva, á tomillo y á la flor del nemoroso brezo? El mismo Horacio sentía este deseo, este amor, este entusiasmo de la esquividad campesina, y este desengaño de las vanidades y las glorias de la tierra, al escribir su oda. La oda, sin embargo, es el discurso que hace el usurero Alfio cuando recoge el dinero que tenía dado á premio; pero, aunque ya casi se cree retirado en el campo,

«Jam, jam futurus rusti us»,

no bien acaba de recoger el dinero, busca á quién ha de prestarle con mayor ganancia en el mes siguiente.

«Omnem relegit idibus pecuniam;
Quaerit kalendis ponere.»

No se entienda que esto es una travesura de Horacio; es un acto de modestia y de pudor, una prueba más de su gusto exquisito. Aquel poeta cortesano, alegre, amigo de la sociedad elegante y de los más refinados placeres, aunque en un momento sintiese con sinceridad lo contrario, no podía aconsejarlo sin el correctivo de la ironía, sin la esfumación de lo humorístico, so pena de hacer que lo que es sincero y sentido apareciese como una declamación vana, falsa y amanerada. No en otra cosa reside el hechizo arcano de la poesía humorística. Sin duda que, siendo héroe, ángel, santo ó semidios el poeta, no ha menester del *humor;* pero, no siéndolo, vale más que, al mostrarnos sus pensamientos angélicos ó divinos, descubra la flaqueza y miseria de su condición humana, que no que truene, fulmine y hasta excomulgue, cuando se ve poseído del numen y agitado interiormente por el estro, sin acordarse de que era un mortal pecador

como nosotros momentos antes de tomar el tirso ó la lira en la mano, y de subir á la trípode inspiradora.

Sirva esto de justificación al género humorístico. Las poesías del Sr. Alarcón en este género son, á mi ver, las más lindas del tomo. Están lleno de gracia, de espontaneidad y de ternura.

El Sr. Alarcón ha atinado, además, con el estilo propio de dicho género de poesías, poco cultivado antes por los españoles. Teníamos el estilo jocoso, el satírico, el grave, el sentimental, pero no el humorístico, que es como una mezcla armónica y suave de todos ellos, donde no deben parecer duras y violentas las transiciones.

Viene en auxilio del buen ingenio del Sr. Alarcón, y de sus cualidades adecuadas á semejante modo de poetizar, la maestría dichosa con que maneja el lenguaje, empleando á veces con primor y acierto algunas frases vulgares, algunos idiotismos que prestan un candor chistoso y una ligereza delicada á lo que escribe.

Como el lector no ha de pararse en el Prólogo, sino que ha de leer y releer las poesías que vienen en pos, no quiero abultarle citando trozos de lo que más adelante verá entero. Sólo enumeraré los títulos de las más bellas é importantes de estas composiciones humorísticas. Son *Sueños de sueños*, *Una flor menos*, *Á la luna*, *Historia inverosímil*, *El día de año viejo* y *Ayer y hoy*.

En algunas otras composiciones, de las más sentidas, serias y graves, aparecen de vez en cuando rasgos felices del mismo *humor*, los cuales están tan bien traídos y tan hábilmente ajustados al cuerpo y al espíritu de toda la composición, que no la desentonan ni empañan su limpieza y hermosura, antes imprimen en ella un sello indeleble de sencilla verdad y de espontáneo afecto. Esto se nota principalmente

en la *Dedicatoria* del tomo á la mujer del poeta, en el *Adiós al campo*, en la alegoría *El cigarro* y en otras obrillas del mismo orden.

Lo más selecto del tomo es de lo que ahora se llama *subjetivo:* es poesía autobiográfica, si bien no tanto de los accidentes externos de la vida, cuanto de lo íntimo y profundo del corazón y de la mente, y de sus pasiones é ideas. Más que á la casta ó linaje de poetas doctrinales y que se dirigen al pueblo, como Píndaro, Solón, Tirteo, Schiller, Manzoni y Quintana, pertenece el Sr. Alarcón á aquella otra casta, cuyos versos no se asemejan á una homilía, sino á un monólogo, donde el poeta se da razón de sus impresiones, y hace, por decirlo así, examen de conciencia, deteniéndose un rato á considerarse, interrogarse y juzgarse á sí propio, en medio de una vida azarosa, agitada y aventurera. Bajo este aspecto, el Sr. Alarcón es como los antiguos trovadores y *minnesinger*, ó más bien como nuestros poetas mahometanos de la Edad Media, que corrían las aventuras; que eran soldados y peregrinos, y ya cantaban de una cita de amor, ya describían una orgía y otros deportes y devaneos, ya una batalla en que se habían hallado, como Ibn-Handis, y ya palacios y jardines; y ora hablaban de sus amores y de sus celos por culpas de alguna principal señora, como Ibn-Zeidun por la princesa Walada, ó como el célebre Tannhaüser por la misma Venus, transformada en *diabla* merced al cristianismo; ya se convertían á mejores costumbres, se arrepentían y hasta hacían penitencia, componiendo versos místicos y aun ascéticos. Algo semejante, salvo la diferencia de los tiempos, hay en las composiciones del Sr. Alarcón. Como viajero, describe el *Oceano*, el *Monte Blanco*, la ciudad de *Venecia*, *Roma*, el *Vesubio;* como soldado, ensalza la *Bandera de Ciudad-Rodrigo;* y como amante, produce gran abundancia de poesías, y

ya celebra sus favores, ya lamenta los desdenes, ó ya zahiere la coquetería y pícara condición de alguna dama, como la de aquella, más que tierna, vanidosa, á quien alude en las quintillas tituladas *Por vía de epitalamio*. Por bajo de todos estos versos palpita la vida misma del poeta y se esconden todos sus lances de amor y fortuna.

Recogido ahora á buen vivir y hecho un excelente padre de familia, muestra su ternura hacia los niños en versos tan dulces como los del soneto *Á mi hija, en sus días, El secreto* y *Camino del cielo*.

No es esto decir que el Sr. Alarcón sea siempre subjetivo y humorístico. Toca todas las teclas y registros, y ensaya, casi siempre con felicidad, todos los tonos. Tal vez es sentencioso, doctrinal ó gnómico, pero sin pecar en cansado ó prolijo. Á vuelta de sus bromas, se advierte que sueña en un amor inmortal, y frisa á menudo en el misticismo.

Á pesar de que la legítima trompa épica está abollada hace siglos y suena poco, el Sr. Alarcón soltó una vez el plectro para empuñarla y hacerla sonar, y lo consiguió, en cuanto cabe en este género de poesía, ahora artificial y anacrónico.

Su canto *El suspiro del moro* da testimonio de esta verdad, que el Liceo de Granada reconoció al premiarle con la Medalla de oro.

Aunque el Sr. Alarcón no se jacta de purista, y detesta lo rebuscado, y hasta parece que huye de todo atildamiento en la frase y de todo artificio en las palabras, su versificación es robusta y correcta, y su lenguaje castizo, elegante y propio.

Posee, por último, el Sr. Alarcón el don misterioso de la gracia y de la simpatía. Sus versos atraen al lector, y, después de atraido, le retienen y le embelesan. Este atractivo, esta virtud magnética, se siente mejor que se comprende; pero debe de consistir en la sinceridad. Es tan hermosa, tan rica,

tan noble, considerada en sí, no ya sólo el alma del Sr. Alarcón, sino casi toda alma humana, que si acierta á mostrarse sinceramente, sin aliños y sin mentidos afeites, en su desnudez limpia y pura, tienen por fuerza que interesarse en su favor y hasta que adorarla las demás almas. El toque magistral de la poesía lírica subjetiva está, pues, á no dudarlo, en arrancar al alma el velo con que se encubre y en mostrarla desnuda. Bienaventurado quien acierta á hacer esto con el decoro y la destreza que se requieren.

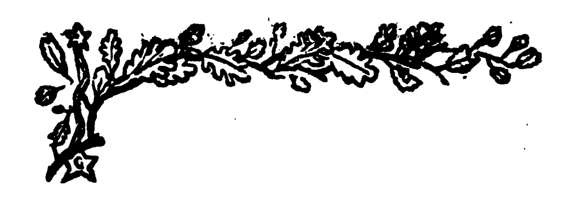
Desnudar un alma no es negocio tan hacedero. Algunas andan tan embozadas, vestidas y arropadas en la materia, que, según expresión del vulgo, tienen más conchas que un galápago y no se despojan ni á tirones.

Rarísimas, y éstas son las de los poetas, visten un cendal leve y vaporoso, que al menor soplo de una pasión ondea, vuela y deja patente la belleza recóndita. No proviene de otra cosa la poesía, y tal es la que encierra este tomo.

JUAN VALERA.

1870





Á MI MUJER

Entre cantares y alborozo y fiesta,
¡cuán pronto pasa el suspirado día
que bulliciosa turba en la floresta
dedicara al amor y la alegría!
¡Cuán pronto!.... Ved: la tarde moribunda
los párpados entorna en Occidente,
é inadvertida oscuridad profunda
va envolviendo al tropel indiferente...
Melancólico al fin lejos resuena
el toque de Oración, eco de un mundo
que á Dios acude en su constante pena,
y tétrica y medrosa,
la antes alegre turba bulliciosa
regresa á sus hogares
y al cotidiano afán de sus pesares.
¡Pasó, y no volverá! ¡Pasó aquel día
de vano aturdimiento y de locura
que les dispuso en la enramada umbría
el genio del placer y la hermosura!
—Helos tornar entre la sombra oscura...—

¡Feliz aquel que vuelve aprisionado
en las redes de amor, y enamorada
ve á la prenda querida que á su lado
suspira por la luz de una mirada!
  Pero, de tantas descuidadas risas,
de la danza frenética y del canto,
de los besos fiados á las brisas,
¿qué más le resta que mortal quebranto
al que en su pobre corazón vacío
tan sólo siente el gotear del llanto
que lento infiltra el implacable hastío?

  Así tornaba yo de los pensiles
de mis años floridos, contemplando
cómo aquellos quiméricos abriles
vinieron y se fueron tan callando.
Soñando entré en mis años juveniles;
soñando los pasé; salí soñando...;
y, al despertar entonces, me veía
solo, en la noche de un soñado día.—
  Detrás de mí, cerrada y misteriosa
quedaba, ya distante, una arboleda,
cuyas ramas mil veces cariñosa
meció para arrullarme el aura leda...—
¡Era mi juventud!—Sola y oscura,
como negra alameda
plantada entre una y otra sepultura,
ya al lejos la enramada aparecía...
¡Allí quedaba la corriente pura
que bullir entre céspedes veía;
allí la senda abierta entre las flores;

allí la sombra que gustar solía,
y el trino de los tiernos ruiseñores;
que nunca más ¡ay triste! ¡escucharía!...

La edad crüel en tanto me empujaba
por áridos senderos:
—¿Adónde caminaba?—
¡Sólo el recuerdo inútil me quedaba
de mis años primeros!—
¡El recuerdo no más!...—¡Oh vil memoria,
cómplice fiera del ajeno olvido!
¿Qué me valía la pasada historia,
si era ya el corazón desierto nido?
¿Quién habla de las aves pasajeras,
que huyeron hacia nuevas primaveras
al árbol en que ayer su amor cantaron?
¿Qué valen á las áridas praderas
las flores que sin fruto se secaron?
¡Fueron ¡ay! mis estériles venturas
leves nubes del cielo,
cuyas mudables tintas y figuras
arrastra el aire en su callado vuelo!
¡Y mis ídolos fueron sueños míos,
que yo, insensato, apellidé querubes;
y, á merced de mis propios desvaríos,
mudaron nombre, y forma, y atavíos,
como á merced del sol cambian las nubes!

Muerto en mi cielo el luminar del día,
borrados de mis sueños los antojos,
huérfano el corazón, solo y sin guía,

breñas y abismos viendo ante mis ojos,
¿cómo arrostrar la pedregosa vía,
cubierta de malezas y de abrojos?
¿Á qué existir? ¿á qué tan cruda guerra,
si era un desierto para mí la tierra?
En la dorada copa de la vida,
de grato néctar por el cielo henchida,
no quedaba ya más que la hez amarga
y el veneno fatal de la experiencia...—
¿Qué hacer de mi existencia?
¿Vivir... para morir? ¡Inútil carga!
¿Padecer sin amor? ¡Atroz violencia!
¡Cáncer cuyos dolores nunca embarga
el bálsamo eficaz de la paciencia!

Imagínate agora, esposa mía,
—tú, á quien mi alma reverente canto
en estos versos tímidos te envía,—
que, en tanta soledad y duelo tanto,
cuando más tenebroso mi camino
era y más triste mi ignorado llanto,
hubiese visto en el confín del cielo
alzarse blanca, pura, misteriosa,
la bienhechora luna tras un monte,
esclareciendo con su faz radiosa
la densa lobreguez de mi horizonte.
Imagínate el gozo con que viera
inundarse de luz la ingente esfera,
reaparecer el mundo ante mis ojos,
y, en medio de los ásperos abrojos,
serpentear la senda ya perdida...,
así como del alma agradecida

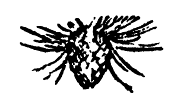
la emoción y contento
al verse acompañada y asistida
de la casta deidad del firmamento...
 Idólatra ó amante,
fijos mis ojos en aquel semblante
que una paz inmortal me prometía,
hubiérale sin duda abierto el alma,
diciendole: «¡Pon fin á aquesta guerra,
»y apártame por siempre de la tierra,
»tú que del cielo vives en la calma!
»¡Llévame de este mundo y de esta vida
»á otro mundo mejor, donde las flores
»no desparezcan en veloz huída
»al soplo de los vientos bramadores!
»¡Háblame de delicias inmortales;
»cuéntame las grandezas de esa altura;
»que vivos en mi alma los raudales
»aun están de la fe y de la ternura!»—

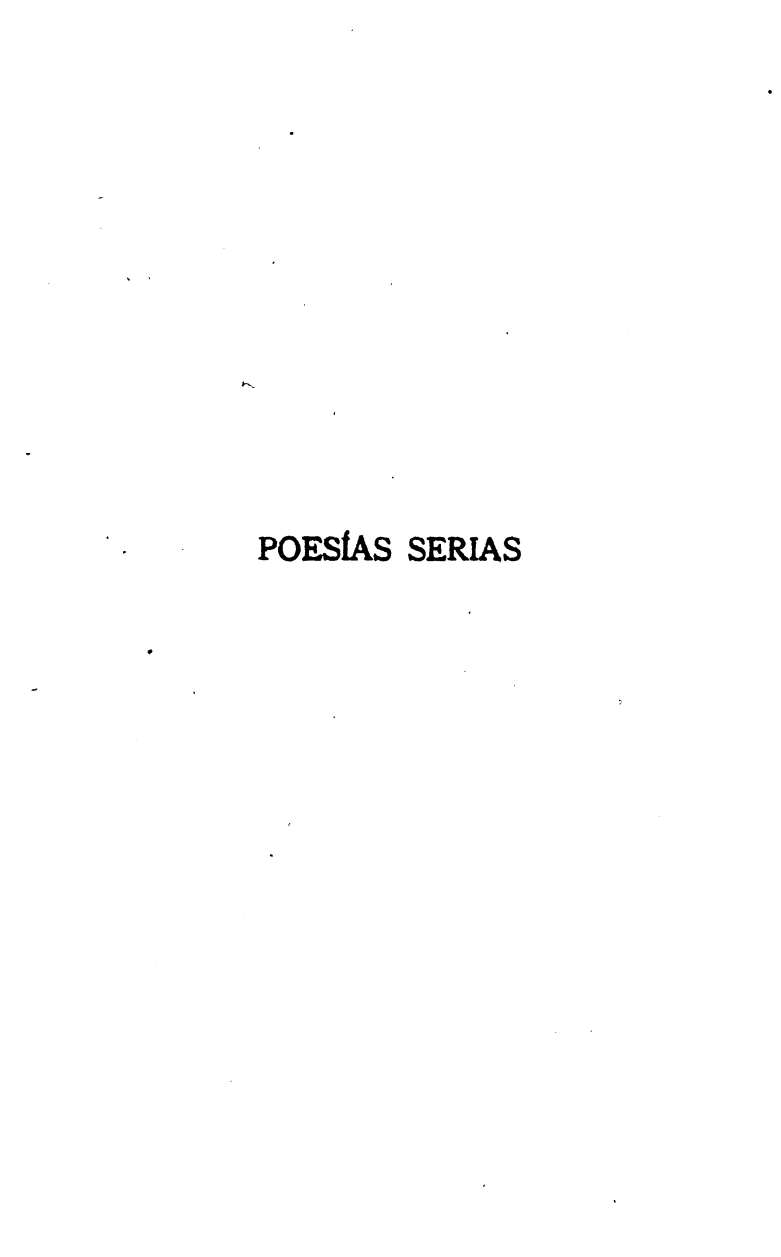
 Tal hubiérale dicho yo á la Diosa,
al verla aparecer...—Mas no era ella:
no fué la luna la deidad radiosa
que allí me apareció...—¡Cuánto más bella,
y cándida, y piadosa,
á mis ojos lució gentil doncella!...
—Pero mis labios sella
ese rubor que en tu mejilla casta
me ruega que no siga...
—¡No temas!... Yo también ¡oh dulce amiga!
tiemblo, y bendigo, y enmudezco...—Basta.

Ni ¿á qué más?—¿Por ventura, al dedicarte
estas desaliñadas Poesías,
faltas de inspiración, mofa del arte,
cosecha ingrata de los tristes días
que viví sin amarte,
fuera noble que gárrulas excusas
te diese, como suelen los conversos,
sobre la varia multitud de Musas
que verás invocadas en mis versos?
¡No! ¡Ni fuera cortés (y lo pasado
merece cuando menos cortesía)
renegar á la postre de ese coro,
ayer tan celebrado,
que vaga entre una y otra poesía,
ni tu propio decoro
semejante hecatombe aceptaría!

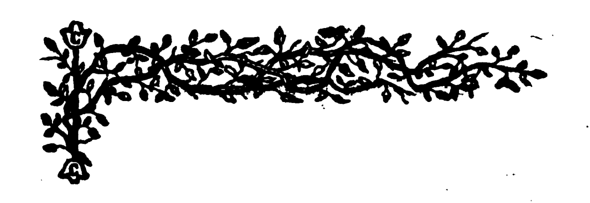
¡Baste decir que para ti he reunido
éstas que llamaré *marchitas flores,*
dispersas por el viento del olvido,
y que en todas cantara tus amores...,
si primero te hubiera conocido!

MADRID, 1870.





POESÍAS SERIAS



EL SUSPIRO DEL MORO [1]

Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro y el caballo y caballero.

(HERRERA.)

No la grandeza del empeño santo,
no la hazaña inmortal, no la memoria
de la egregia ISABEL: el duelo canto
del Rey sin trono, sin hogar ni gloria,
que, en vez de sangre, vergonzoso llanto
vertió á la postre de su infanda historia:
¡llanto sin fin que los anales cierra
de siete siglos de implacable guerra!

Madre afligida del Amor cristiano:
sé Tú la Musa que piedad me inspire

1 Este Canto obtuvo la *Medalla de oro*, primer premio del Certamen celebrado por el Liceo de Granada en 1867; y, como entonces acabara de nacer mi primogénita, Paulina, no solamente le dediqué el Canto, sino que le cedí el premio, y también una hermosa corona de plata que me regaló el auditorio el día de la lectura pública.

para que, enfrente del procaz pagano,
ni los de Dios ni tus agravios mire.
Está vencido, llora, y es mi hermano...
¡Haz que á su vez mi cítara suspire
cuando él dirija la postrer mirada
de eterno adiós á la gentil Granada!

Y tú que, errante, la infinita arena
de los desiertos cruzas, los tesoros
sin olvidar de esta región amena,
¡triste progenie de los reyes moros!,
deja que tu apenada cantilena
salve del mar los ámbitos sonoros
y preste al canto que mi voz te envía
su dulce son y vaga melodía...

Principiaba una fúlgida mañana,
de esas que alegran el adusto invierno,
cual bellas hijas que en edad temprana
la hiel endulzan del dolor paterno:
del monte excelso la cabeza cana
reflejaba del sol el rayo eterno,
y en la atmósfera azul, diáfana y pura
destacaba la nieve su blancura.

Por los barrancos de la ingente Sierra
mil arroyuelos nítidos corrían,
buscando el llano, en cuya arada tierra
su caudal fecundante repartían:
tranquilos ya, tras la finada guerra,
los labradores á su afán volvían,

y en medio de los densos olivares,
humeaban los rústicos hogares.

También las aves á sus dulces nidos
y á la paz que perdieron retornaban;
los rebaños, ayer despavoridos,
otra vez por las cumbres asomaban;
y cantos, y rumores, y balidos
el aire placidísimo poblaban,
cual si el pasado sanguinoso empeño
hubiera sido imaginario sueño.

Esa mañana refulgente y grata,
mientras el sol del aterido Enero
rizados hilos de escarchada plata
trocaba en perlas con su ardor primero,
de Moros numerosa cabalgata,
que el blanco lino y el bruñido acero
igualaban á un bando de palomas,
subía del Padul las mansas lomas.

Aquel cortejo, triste y misterioso,
de noche á Santa Fe dejado había,
y cruzado la vega silencioso
antes que el alba despertase al día;
pero, al salvar el punto montuoso
á que llegaban cuando el sol salía,
los Moros sus corceles refrenaron,
y atrás la vista con afán tornaron.

Iba al frente de aquella comitiva
un joven de extremada gentileza,
cuyo boato y majestad esquiva

señales daban de imperial grandeza.
Su noble palidez y frente altiva,
los negros ojos de oriental belleza,
su cándido albornoz y barba oscura
completaban tan clásica figura.

Siempre á su lado, como fiel esposa,
fijos en él los hechiceros ojos,
cabalgaba una joven tan hermosa,
que al lucero del alba diera enojos.
Mas de su rostro angelical la rosa
y de sus labios los claveles rojos
trocado había pertinaz la pena
en lirio mustio y pálida azucena.

Tras ella, blanco cual nevado armiño;
enhiesto, aunque raquítico y doliente;
único bien del paternal cariño;
temible ya, como león naciente,
sobre negro corcel marchaba un niño,
no llegado á la edad adolescente;
pero que ya maldijo su hado insano,
cautivo y solo en el Real cristiano.

Torvo el aspecto de la faz sombría,
parda la tez y la cabeza cana,
junto al niño impertérrita venía
una lujosa, gigantesca anciana:
su viril ademán y la energía
de su mirada fiera y soberana
descubrían en ella á la matrona
digna del cetro y la imperial corona.

Y, en fin, no lejos, en tropel brillante,
sólo por miramiento rezagados,
iban, con muerte y rabia en el semblante,
palaciegos, visires y criados.
Del sin ventura que subió delante
lamentaban empero los cuidados,
cual si humilde callara ante la ajena,
por temor ó lealtad, la propia pena.

Desde el lugar en que parado habían,
á la vez abarcaba la mirada
los rudos montes en que entrar debían
y la extendida vega matizada.
¡Un paso más..., y nunca ya verían
el mágico horizonte de Granada!
¡Un paso más..., y de su vista ansiosa
desparecía la ciudad hermosa!

El Moro aquel altivo y prepotente
se apartó de familia y servidumbre,
y silencioso, tétrico, doliente,
quedó como clavado en la alta cumbre.
La contracción horrible de su frente
retrataba su negra pesadumbre;
pero, en cárcel de orgullo preso el llanto,
negaba alivio á su mortal quebranto.

Fijos los ojos, cual queriendo en ellos
dejar grabados y por siempre vivos
de aquel paisaje los matices bellos;
mudo, inmóvil, alzado en los estribos,
el infeliz, del sol á los destellos,
vió pasar los instantes fugitivos,

sin poder separar la vista un punto
de aquel sublime, sin igual conjunto.

¿Quién era? ¿Iba á morir? ¿Por qué tal duelo?
¿Por qué á su alrededor no resonaba
ni una voz de esperanza ó de consuelo?
¿Por qué su esposa con rubor echaba
sobre la casta faz el blanco velo?
¿Quién era el triste que tan solo estaba?
¿Qué maldición cayó sobre aquel hombre?
¿Cuál era su infortunio? ¿Cuál su nombre?

¡Era Boabdil!... ¡Boabdil, el fruto airado
de Muley desdeñoso y de Aixa fiera;
el hijo por la madre aleccionado
contra su padre y rey á alzar bandera;
el ambicioso audaz y desalmado,
ladrón del solio á cuyo pie naciera,
que, al eco santo del paterno grito,
fué por su raza y por su Dios maldito!

¡Era Boabdil, cuya ominosa estrella
costó á sus padres sempiterno lloro,
rompió el encanto de la Alhambra bella
y el fin atrajo del Imperio moro!...
¡Mísero rey, tras cuya infausta huella
se hundió la tierra siempre, y llanto y oro
y sangre y honras devoró el abismo,
hasta que al cabo sumergióse él mismo!

¡Era Boabdil, que con indigna mano
dado las llaves de la Alhambra había
y su trono y su pueblo al Rey cristiano!...

¡Era Boabdil, que desde allí veía
plantar sobre la Vela al castellano
La odiada Cruz del Hijo de María!
¡Era Boabdil, que la postrer mirada
dirigía por siempre á su Granada!

¡Granada, la ciudad cuyas rüinas,
festoneadas de perpetuas rosas,
aun alegran las aguas cristalinas
que en sus cármenes entran bulliciosas!
¡La Ciudad que las fieles golondrinas,
como en tiempo mejor, buscan ansiosas,
pidiendo á los palacios derruídos
sombra y quietud para sus caros nidos!

Era, sí, esta Ciudad, que despoblada
hoy parece tal vez al que la mira
de hierba y rotos mármoles sembrada,
como Paesthum, Itálica ó Palmira:
La Ciudad que, entre flores sepultada,
pasmo y asombro al universo inspira,
mientras sus muros de labrada piedra
disputa el tiempo á la viciosa hiedra.

¡Era Granada..., rica y esplendente,
tal como fué... cuando Granada era!
Llamábanla *Damasco de Occidente,*
de la grey de Ismael *Roma* altanera,
de sus sabios *Atenas* floreciente,
de las artes lujosa primavera,
hija del Cielo, patria de las flores,
jardín de la hermosura y los amores.

Boabdil la contemplaba adormecida
en los cárdenos montes del Oriente,
de un alquicel blanquísimo vestida,
y de bermejas torres la alta frente,
cual de corona señorial, ceñida...
¡Allá quedaba lánguida, indolente,
adúltera sultana, infiel esposa,
mostrando al vencedor su risa hermosa!...

Y allá quedaban los amantes ríos
que plata y oro le tributan fieles;
el Dauro con sus cármenes umbríos,
y el Genil con sus cálidos vergeles;
del Albaicín los blancos caseríos,
la Antequeruela oculta entre laureles,
de la Alcazaba el recio baluarte,
y la Alhambra gentil, ¡sueño del arte!

¡La Alhambra! ¡Regio edén, huerto florido,
mágico alcázar, que su planta moja
del hondo Dauro en el raudal temido,
y cuyas torres de argamasa roja,
de las copas del bosque entretejido
salir se ven entre la verde hoja
y luego alzarse á la región del viento,
como ideal, aéreo monumento!...

¡Con vergüenza y amor y envidia y pena
Boabdil de aquel edén se despedía,
donde su infancia transcurrió serena
y entró aclamado, victorioso un día!
Entonces ¡ay! desde su fuerte almena
reinaba en la mitad de Andalucía...

Ya... sólo le ofrecía el hado cierto
un caballo... y la arena del desierto!

Luego miró la anchísima llanura...;
tapiz que bordan con vistosas tintas,
ora las huertas de eternal verdura,
ora las blancas y graciosas quintas,
ya de extenso olivar la mancha oscura,
ya de las aguas las fulgentes cintas,
aquí las torres de apiñada aldea,
allí el camino que tenaz serpea...

¡Cuadro grandioso, que mostraba unidos
de tierra y cielo todos los favores...;
—nieves perpetuas, árboles floridos,
verdes campiñas, nubes de colores,
un aire que arrobaba los sentidos,
un firmamento azul y un sol de amores!...—
¡Cuadro cuya magnífica hermosura
de Boabdil puso el colmo á la amargura!

Campo y Ciudad, cuanto á sus pies veía,
fué suyo, fué su vida, fué su encanto...
¡Y nunca más á verlo tornaría!...
¡Nunca más!—Al pensarlo, creció tanto
su dolor, y fué tanta su agonía,
que de sus ojos desbordóse el llanto,
y, con acento fúnebre y rugiente,
lanzó un suspiro que aterró á su gente...

¡Suspiro amargo, lúgubre, espantoso,
que aún en Granada sin cesar resuena,
turbando de los siglos el reposo

y de la muerte la región serena!
¡Y repítelo el viento caluroso
que raudo agita la africana arena!...
¡Y sonará implacable, tremebundo,
mientras se acuerde de la Alhambra el mundo!

Aixa, entretanto, la sublime altura
de *Mulhacen* miraba con recelo...
—¡Allí..., al amparo de la nieve pura,
en la sagrada vecindad del cielo,
yacía en misteriosa sepultura
Muley, su esposo, presenciando el duelo
de la airada consorte y del mal hijo
á quienes fiero al expirar maldijo!...

Pero, al ver la Sultana el triste llanto
del Rey, que entre suspiros repetía:
«*¡Allak-Akbar!...*», tan íntimo quebranto,
lejos de conmover su faz sombría,
inflamóla de un fuego que dió espanto,
y, mujer insensible, madre impía,
cuanto patricia indómita y severa,
dijo el débil Boabdil de esta manera:

«*¡Llora como mujer, desventurado,*
la pérdida del reino que has debido
cual hombre defender!... ¡Llora, menguado!»
Y, con desdén más fiero que el olvido
(¡tal vez con hondo amor desesperado!),
apartóse del príncipe afligido,
y, mirando colérica á Granada,
huyó vencida, pero no domada.

Como reo de muerte que á la vida
y al sol y al cielo como afán profundo
dirige la suprema despedida...,
así Boabdil, lanzado de aquel mundo
en que dejaba su ilusión querida,
«*¡Adiós!...*», dijo con aye moribundo,
é, inclinando la frente sobre el pecho,
huyó también, en lágrimas deshecho...

Y, tras él, en confuso torbellino,
partieron todos; y del sol la lumbre
vió, de polvo entre denso remolino,
desbocada correr de cumbre en cumbre,
huyendo de su lóbrego destino,
á aquella fastuosa muchedumbre,
á quien la desventura daba en arras
un rincón en las agrias Alpujarras.

Pronto, como blanquísima paloma,
mirábase, á lo lejos, de la Sierra
á un jinete salvar la última loma...
Era el fantasma horrible de la guerra...
Era el poder inicuo de Mahoma
que abandonaba la española tierra...—
¡Era Boabdil, herido por el rayo
Que allá en Asturias fulminó Pelayo!

Otro día..., del mar sobre la espuma,
sola cruzó desde Adra hasta Melilla
rápida nave cual ligera pluma.
Ganada, al cabo, la africana orilla,

vióse á mísero Moro entre la bruma,
doblar, al pisar tierra, la rodilla...—
¡Era Boabdil, á quien su negro sino
negó una tumba en suelo granadino!

Un día, en fin, que el déspota africano
luchaba por salvar su poderío
contra los dos Jarifes, un anciano
lidió por él con temerario brío,
hasta que, herido y sin aliento humano,
se hundió en las olas de opulento río...—
¡Era Boabdil, á quien su suerte dura
le negaba en la tierra sepultura!

AL OCÉANO ATLÁNTICO

ODA

¡Tú eres el mar sin término ni calma
que en sus delirios concibió la mente!
¡Tú eres el viejo Atleta poderoso,
á cuya voz rugiente
tiemblan los hemisferios!
¡Tú eres el mar incógnito y profundo
que dilata sus líquidos imperios
de Norte á Sur, de un mundo al otro mundo!
Tú eres el mar de inmensa lontananza,
patria sin fin del pensamiento solo;
guardador de la América fragante
y de los blancos témpanos del Polo.
Tú, encadenado, intrépido gigante,
sacudes en tu cárcel con fiereza
de la tierra los ejes de diamante,
y ardiendo escupes tu rabiosa baba
en las rocas inmóviles y solas
que la que ayer gimió tu humilde esclava
opone al tumbo de tus recias olas...
—Ó, rendido del áspero combate,
en la arenosa playa te reclinas,

y con desdén y majestad te duermes
del mundo que asolaste en las rüinas.

Yo contemplé aquel lago de esmeraldas,
aquel mar perezoso y cristalino
que del Veleta las azules faldas
plácido copia en éxtasis contino:
el mar de la Alpujarra y de Almería,
cuya extensión enamorados cruzan
suspiros de Granada y Berbería:
el mar, que al pie del rústico Apenino
sus mansas olas tienden lisonjeras,
donde se miran, de placer ufanas,
blancas ciudades, fértiles riberas,
ninfas de Etruria, náyades romanas:
el mar donde Parthénope reposa,
y se bañan las Islas de la Grecia,
cual bandada de cisnes adormidos,
donde surge fantástica Venecia
de en medio sus canales y lagunas,
y álzase, en fin, la Reina del Oriente,
coronada la sien de Medias lunas...

Mas ¡ay! aquel espejo transparente
de recuerdos de amor y de poesía;
estanque aprisionado, que el tridente
de Sidón y Cartago prepotente
puerto de sus galeras hizo un día;
del imperio latino en la porfía
charco de sangre, que bastaba apenas
á soportar las naves
de oro y cautivos y soldados llenas;
aquel golfo, palenque de la historia,

estrecho circo de la humana gloria,
cerrado panteón, fosa colmada,
no mitigó del alma arrebatada
la devorante sed... ¡No era el grandioso
mar inconmensurable
que prometía, con lejanos gritos,
al afán del espíritu insaciable,
páramos infinitos!...—
Opreso el corazón, yo lo veía;
y ver más anhelaba;
y agotarlo temía...—
¡Del África feroz la costa brava
imaginaba allá mi fantasía,
y ¡ay! en la costa aquella
si no la vista, la ilusión se estrella!

¡Aquí no! Melancólico y desierto,
al horizonte llega tu oleaje,
que sin recuerdos y sin nombre lanza
su ronco aliento ó su clamor salvaje.
Del Austro al Bóreas tu poder alcanza
y desde Ocaso á Oriente:
¡en ti se mira el sol desde que ardiente
de tu puro zafir trémulo nace,
hasta que mustio, tras el lento día,
vuelve á tus brazos y en tu seno yace!

¡Oh, sí!: tú eres el mar..., ¡tú solamente!—
Tú eres aquel Titán, pavor del Griego,
que el globo trastornara en una hora
cuando, selvas y cúspides talando,
cruzó los valles con arrojo ciego
de Calpe la corriente mugidora.

Tú eres la inundación y tú el diluvio;
tú el corazón del Orbe...
Torrentes van á ti de cielo y tierra,
y cielo y tierra tu ambición absorbe.
Son tus arterias los cansados ríos,
tu vida el huracán, tu voz el trueno,
y la luna tu amor...—Tus fieros bríos
calmas con verla, y al dormir sereno
de la alta noche en la quietud tranquila,
palpitante por ella el ancho seno,
aún, como tigre que durmiendo acecha,
revuelves en la sombra la pupila...
Mas si ausente la lloras, ó, de nubes
su faz velando, te la roba el cielo...,
¡al cielo en busca de tu amada subes,
gritos lanzando de furor y duelo!
Tiembla espantado el suelo;
rebrama el viento y resplandece el rayo
en la noche sin fin; de tu hondo seno,
hinchado de sollozos, se levanta
ebria y sañuda la pujante ola,
asordando el estrépito del trueno,
hasta que al fin... en los espacios, sola,
reaparece la luna,
y vuelves á dormir dulce y sereno
como apacible, diáfana laguna.
—¡Ay de la nave en tanto!
¡Ay del orgullo y de la altiva ciencia
del mísero mortal!.... ¡Como eco vano,
se perderá en tu atroz omnipotencia
todo el arrojo del poder humano!

¡ Infinito Oceano ! ¡ Aniquilada
cae mi lira en tu arena, y temblorosa
tu inmensidad magnífica saluda!
¡Cuánto soñó mi alma la hora hermosa
de contemplarte así, con pompa muda,
adormido león, cansado atleta,
grande cual nunca en su imperial reposo,
estrechar con tus brazos de coloso
la redondez ingente del planeta!

Hora es la tarde... Soñoliento y triste
recuesta el sol en tu apacible seno
la enrojecida frente fatigada...
¡Cuán amante y sereno
bebes ¡oh mar! su lumbre regalada,
y en tus plácidas olas reverberas
del Poniente las luces postrimeras!
¡Ay! Tu augusto desierto sin medida
infunde al alma insólita dulzura,
y vuelve al corazón la fe perdida...
¡De Dios..., del sumo Dios eres hechura !...,
y el espíritu audaz que me da vida,
inmenso como tú, cual tú sin calma,
ve á ese Dios en tu líquida llanura...;
que eres tú, melancólico elemento,
vívida imagen material del alma!

CÁDIZ, 1853.

A FRAY LUIS DE LEÓN

AL INAUGURARSE SU ESTATUA EN SALAMANCA

«*¡Gloria!*» las arpas, los salterios «*¡gloria!*»
resuenen por doquier... ¡Ved al poeta
surgir triufante, coronado atleta,
del seno de la noche mortuoria!
¡Él es!—Cual sueño fúnebre han corrido
trescientos años de pasada historia...
La tumba en pedestal se ha convertido,
y el pedestal en cátedra....—¡Silencio!
¡León, libre otra vez, como algún día,
desde el alzado puesto
mira al concurso con afable calma...;
la multitud lo aclama como entonce...,
y, con acento que percibe el alma,
«*Decíamos ayer...*» prorrumpe el bronce!

¡Él es, que torna á la vital arena,
no ya del fondo de prisión impía,
mas de los reinos de la muerte oscura,
rota mostrando al mundo su cadena,
íntegra y salva su doctrina pura!
¡Él es!..., el docto, el inspirado, el tierno,
seráfico agustino...,
el poeta divino

que, en coloquios de amor con el Eterno,
cantó la ansiada libertad del alma
y de caducos bienes el olvido,
cual ruiseñor que en la solemne calma
de la NOCHE SERENA,
de amor enloquecido,
entona apasionada cantilena,
única voz del mundo adormecido.

Jubilosa Natura
ya reconoce á su cantor amado...;
á aquel que, blandamente recostado
cabe la linfa de *fontana pura*,
las horas descuidado
pasaba, *ni envidioso ni envidiado*.
Y ufano el sol, extática la luna,
las flores de placer ruborizadas,
trémulo el bosque, y locas de alegría
las aves en sus copas anidadas,
saludan á porfía
la noble Efigie del ilustre vate,
cuando en el alto pedestal descuella,
del tiempo á resistir el fiero embate,
como la roca en que la mar se estrella.

Gozoso en tanto el pueblo salmantino,
con aplausos y vítores aclama
el triunfo nuevo y la perpetua fama
del cristiano David, segundo Aquino.
Y el raudal cristalino
del viejo Tormes, que los patrios lares
besó de tanto ingenio peregrino,
«¡Loor al Maestro que cantó á mi orilla!»,

murmura al alejarse hacia los mares;
«¡*Loor á Fray Luis!*», resuena por Castilla...;
«¡*Víctor!*», responden de la mar las olas,
al recibir el Tormes con el Duero,
y «¡*Víctor!*, claman en el mundo entero
cuantas naciones fueron españolas.

¡Noble ciudad, Atenas castellana,
Salamanca inmortal, aula del mundo!
Oye también mis plácemes, y acoge
en tan dichoso, memorable día
(sin ver la ruda mano que las coge),
las flores que á León Granada envía.
Hijas son de sus cármenes frondosos,
y de mi amor y mi entusiasmo prenda;
y entre ellas van como mejor ofrenda,
ó bien como rocío
en sus trémulos cálices guardado,
al par que el llanto mío,
las lágrimas de amor y de contento
del pueblo que debióle tanta gloria [1],
y donde tiene su inmortal memoria
en cada corazón un monumento!

GRANADA, 1868.

1 Hasta hace pocos años se ha estado en la creencia de que *Fray Luis de León* era hijo de Granada.

EN EL MULADAR

Mendigo: tu blasfemia me estremece...
¡Deja que olvide á Dios el venturoso;
pero tu labio hambriento y asqueroso
con renovada fe bendiga y rece!

Todo, menos su Dios, le pertenece
al opulento sano y poderoso;
y el pobre, miserable y haraposo,
de todo excepto, de su Dios, carece.

Dios es al cabo el único enemigo
del vano, del audaz, del sibarita,
y la sola esperanza, el solo amigo

de quien llora, padece y necesita...—
¡Sin Dios, el universo se anonada!
¡Sin Dios, el rico es Dios, y el pobre nada!

1855.

LA CAZA DEL SAURIO

(Á MARÍA BUSCHENTHAL) [1]

Del agrio risco solitaria dueña,
la diestra armada del arpón luciente,
ved á la hermosa indiana adolescente
tendida al borde de tajada breña.

La verdosa cerviz no bien enseña
cauteloso lagarto, diligente
le asesta el golpe, y, trémula, lo siente
forcejear, clavado ya en la peña.

Del monstruo herido, que tenaz porfía,
tiembla entonces la pérfida agresora,
y bárbara acelera su agonía...

Remátalo por fin, pero en mal hora;
que, al ver el cuadro de su hazaña impía,
tiembla de nuevo, se arrepiente... y llora.

1 Esta ilustre señora, y queridísima amiga mía, fué, allá en su tierra natal del Brasil, la cazadora de que se habla en el presente soneto, que improvisé á su presencia, en 1858, la noche que le oí contar el caso en su siempre famosa tertulia de Madrid.

LAS PALMERAS

Gentil palmera lánguida crecía
entre los muros de cercado huerto,
y, amortajada en su ramaje yerto,
cual alma sin amor desfallecía.

Luchó empero tenaz..., hasta que un día
consiguió descubrir el campo abierto,
y vió marchita, en medio del desierto,
otra palmera, que de sed moría.

Convalecer les hizo una mirada,
y el aura fué galante mensajera
del dulce amor que para siempre unióla*s*.

—Aprende el caso, niña desamada;
guarda el tesoro de tu fe, y espera;
que almas como la tuya no están solas.

LA MOÑA

(Á LA MARQUESA DEL SALAR)

¡Cuán airosa y ufana en la corrida
irá la noble fiera, engalanada
con tan bella divisa, regalada
por tan ilustre dama y tan garrida!

Cárdena sangre de la oculta herida
matizará la seda recamada,
y aun el toro, al mirarla disputada,
más sentirá el perderla que la vida.

¡Ay, si al coger la codiciada prenda,
tu corazón ganara y tu albedrío
el esforzado justador!... —¡Oh gloria!

¡Todos fueran al par á la contienda!...
¡Y yo, ante todos, redoblando el brío,
diera la vida allí por la victoria!

GRANADA, 1864.

PROMESA DE UNA SANTA

Estoy, Señor, de mí tan desprendida,
y de toda afición tan apartada,
que, por el don que os intereso, nada
sacrificar pudiera agradecida.

Voto os hiciera de dejar la vida,
si ya no fuese vuestra, y tan cuitada,
que, al perderla, creyérame premiada
con no vivir y verme á Vos unida.

Mas, pues no hay meritorio sacrificio
en quien vive sin dichas, yo os ofrezco,
si volvéis la salud al moribundo,

ceñirme la existencia cual cilicio,
codiciar una vida que aborrezco,
¡abrazarme á la cruz de aqueste mundo!

EL AMANECER

(CRESCENDO)

Blando céfiro mueve sus alas
empapadas de fresco rocío...
De la noche el alcázar sombrío
dulce alondra se atreve á turbar...
Las estrellas, cual sueños, se borran...
Sólo brilla magnífica una...
¡Es el astro del alba!—La luna
ya desciende, durmiéndose, al mar.

Amanece: en la raya del cielo
luce trémula cinta de plata,
que, trocada en fulgente escarlata,
esclarece la bóveda azul:
y montañas, y selvas, y ríos,
y del campo la mágica alfombra,
roto el negro capuz de la sombra,
muestran nieblas de cándido tul.

¡Es de día! Los pájaros todos
lo saludan con arpa sonora,
y arboledas y cúspides dora
el intenso, lejano arrebol.
El Oriente se incendia en colores...;
los colores en vívida lumbre...,
¡y por cima del áspera cumbre
sale el disco inflamado del sol!

EN EL HUERTO

(TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO)

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto.

Con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas,
que se doblaban al peso.
Yo subía detrás de *ella*,
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna seguían,
y *ella*, cantando y riendo,
les decía con sus ojos
á los míos:—*¡Estaos quietos!*

Luego hacia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo
suspendida una cereza;
y entre sus labios bermejos
trémula me la ofrecía;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella*, siempre sonriendo,
me dejaba la cereza
y se llevaba mi beso.

ARCAS Y PALEMÓN

IDILIO

(Traducción de Andrés Chenier.)

PALEMÓN

Detrás de Damalis andas,
sin mirar que su cabeza
al blando yugo de Venus,
amigo, aún no está dispuesta.
Damalis es una niña...;
de tus abrazos reniega,
y sus inocentes ojos
nada en los tuyos penetran.—
Tu becerra la más joven
no busca por las praderas,
ni á la orilla de las aguas,
sino la sombra más fresca...
Y con sus tiernos hermanos
juega durante la siesta,
de los mugientes esposos
sin escuchar las querellas.—
La vid ácida y temprana,
la fruta verde y acerba,
de tu paladar gastado
pican la avidez extrema...

¡Anda!.... El Otoño harto pronto
seguirá á la Primavera,
y te ofrecerá maduro
su más regalado néctar.—
¡Ah! Tú la verás entonces
lasciva, plácida, tierna,
tender á los dulces besos
la enamorada cabeza...—
¡Aguarda! Aún la espiga joven
su orla dorada no ostenta...;
del dulce moral la sangre
aún no mana... Amigo, espera...
La flor todavía no ha roto
su salvaje vestimenta;
el pajarillo no tiene
aún su plumaje de seda...
¡Quien anticipa el momento,
tal vez llegar no le deja!

ARCAS

¡El que lo deja escapar,
quizás ya nunca lo encuentra!
No hay flores en todas partes...
ni ya habrá más flores nuevas;
que del Abril, el Otoño
ha cumplido las promesas.—
El fruto está ya maduro,
y en su áspera piel encierra
del jugo un poco temprano
la dulce y grata crudeza.
Las alas del pajarillo
de pluma á cubrirse empiezan,

y el verde follaje brota
de las impacientes yemas.
Las rosas y mi Damalis,
en sus broches prisioneras,
rompieron un mismo día
el misterio de sus celdas;
y, encontrándola confusa
por el miedo y la vergüenza,
su madre se ha sonreído
y ha calmado su inocencia.
Himeneo ha reparado
que el seno de la doncella
podrá pronto de un amante
llenar la mano indiscreta...
Sobre el membrillo aromoso
dibuja la Primavera
un vello süave, intacto...,
y la granada, entreabierta,
en el fondo de sus cárceles
preciosos rubíes muestra.

ISLA LE CROISSY, 1860.

UNA NIÑA MENOS

Á la vuelta de las viñas,
de las viñas de mi pueblo,
Dolores se quedó atrás,
sola con sus pensamientos.
Delante mis cinco hermanas
iban cantando y riendo,
y yo me acerqué á Dolores
y la contemplé en silencio.

No era ya la alegre niña
que, rendida de sus juegos,
durmiéndose entre mis brazos,
me despidió con un beso....
Triste y muda la encontraba;
bajaba sus ojos negros,
y respeto me infundía
su voluptuoso cuerpo.

Juntos por los olivares
fuimos así mucho tiempo:
la soledad nos cercaba,
y la tarde iba cayendo,

—«*Dolores* (le dije entonces),
¿cuántos años tienes?»—«*Tengo*
(me respondió avergonzada)
diez y seis años y medio.»
Y volvimos á callar,
y salió el primer lucero,
y el canto de mis hermanas
sonaba lejos, muy lejos.

Me despedí de Dolores
al acercarse el invierno...;—
esta vez..., ¡oh pobre niña,
con lágrimas, no con besos.—
Pasados algunos años,
desperté de otros ensueños....—
Volví, y la encontré casada....—
Hoy me aseguran que ha muerto.—
Recuerdo cuando me dijo:
—«*Tú* ME MIRASTE *el primero,*
y desde aquella MIRADA
existió una niña menos.»

1864

DOCUMENTACIÓN DE UN AMOR

I

SINFONÍA

Tiene los ojos negros,
    ojos de luto...
¡Mi corazón lo lleva
    desde que es suyo!

II

Á UN ECO

Eco de estas montañas, que sonoro
mis suspiros repites á los cielos:
si entre las quejas de mi amargo lloro
decir me oyeres: «*Flérida, te adoro...*»,
¡calla, por Dios, ó moriré de celos!

III

SUPER NIVEM

Celoso de su blancura,
é imaginando eclipsarla,
cayó ese copo de nieve
en el hueco de tu palma...
Pero conoció ya tarde
que tu mano era más blanca,
y, de vergüenza ó de envidia,
expiró deshecho en lágrimas.

IV

BALADA

De rodillas en la tumba,
en la tumba de mi padre,
amor eterno
hoy me juraste...
Si al juramento un día
faltas, cobarde,
—te lo ruego, amor mío,—
¡no pases por la tumba de mi padre!

V

LA VÍSPERA

«Hasta mañana.»—*«Júralo.»*—*«Lo juro.»*—
¡Tal fué tu juramento!—*«Hasta mañana»*,
repetí yo temblando, hermosa mía.
Y, con la vista en el Oriente oscuro,
la noche lenta paso en mi ventana,
esperando la luz del nuevo día.

VI

AYER TARDE

Los álamos de aquel parque
perderán todas sus hojas,
y huirán á lejanas tierras
las aves que en ellos moran...

La escarcha secará el prado
que te vió conmigo á solas,
y un « adiós » dará el Otoño
á sus flores melancólicas...

La llama del sol amigo
que iluminó aquellas horas,
mañana verá el invierno
trocada en fúnebre antorcha...

Se borrarán en la arena
tus breves huellas, ¡oh diosa!,
que yo seguí hasta encontrarte
del bosque en la oscura fronda...

Y la blanca nieve intacta
cubrirá la dura roca
en que amantes nos sentamos
á esperar la luna hermosa.

¡Todo mudará!...,—y el tiempo
seguirá su marcha sorda...
Pasarán días tras días,
cual pasan olas tras olas...

De la vida el crudo invierno
vendrá con la edad traidora,
y morirán en el alma
bienes, cuitas y zozobras...—

Y, aún entonces, como estrellas
de un cielo de ardor y gloria,
relucirán en mi mente
las horas de ayer dichosas...

¡Aún fijos tendré y clavados
en el alma y la memoria
tus ojos negros y ardientes
como una cita en la sombra!

VII

RESENTIMIENTOS

¡Adiós! ¡Hasta el Otoño, prenda mía!
Adiós..., hasta que yerta
quede y sin hojas la alameda umbría...
¡Adiós !... Cuando, en las noches del Estío,
blanca la luna como virgen muerta
cruce del cielo el ámbito vacío,
cuéntale tus recuerdos de ventura,
¡y encontrará tu pensamiento al mío
en la extensión de la celeste altura!

¡Adiós..., que acaba ya la Primavera
y me llama la voz del Oceano!—
Tu mirada de amor... ¡es la postrera!
—No lo jures... ¡Fuera en vano!—
¡Cuando regrese á esta feraz pradera,
no hallaré ni una flor..., ¡ni una siquiera!—
¡Todas cruel las secará el Verano!

VII

DESPEDIDA

¡Todo pasó! Ya los campos
se tornan amarillentos:
el cielo entoldan las nubes...
¡Cuán triste será el Invierno!

El bosque perdió sus hojas,
como el alma sus ensueños...
Es la tarde: el sol se oculta...
¡Su *adiós* nos anuncia el nuestro!

¡Flérida! El último día
de amor y ventura ha muerto...
—Así murió la esperanza...
Así morirá el recuerdo.

IX

ADIÓS AL CAMPO

Los pájaros del bosque
tocan *diana*,
y, al eco de sus cantos,
despierta el alba...
¡Pobre alma mía!,
deja también tus locos
sueños de dicha.

Con su luz implacable
la nueva aurora
borra tu última noche
de amor y gloria...
¡Alza! ¡Despierta!
Llegó de la partida
la hora funesta.—

Dadme mi viejo báculo
de peregrino,

que los días de gracia
ya han transcurrido...
¡Cuán breves fueron!
¡Qué despertar tan triste!
¡Qué hermoso sueño!—

Adiós, verde montaña,
claro horizonte,
solitaria campiña,
fragante bosque...
¡Rocas agrestes,
pájaros y arroyuelos,
adiós por siempre!

Cuando la nueva luna
venga á este valle,
no me hallará escondido
bajo los árboles,
ni allí en silencio
mitigará mi cuita
con dulces besos.

Viajeros solitarios
somos, ¡oh luna!,
yo en la escabrosa tierra,
tú en esa altura.
Lejos y á solas,
aún podremos amarnos
con la memoria.

Y cante eternamente
nuestros amores
el río sonoroso
rey de estos montes,

dios de estos árboles,
sultán de las praderas,
alma del valle.—

Mas ¡ay!, que todo pasa,
y es nuestra vida
fugaz y transitoria
como la brisa,
como las nubes,
como esas transparentes
ondas azules.

Y atravesando el tiempo
van nuestros días,
como cruzan los mares
las golondrinas,
que un nido dejan,
y otro nido demandan
á extraña tierra.—

¡Ay del hogar paterno
que abandonara!
¡Ay del hogar que sueñan
mis esperanzas!
¡Vanos delirios!
¡*Cuna* y *tumba* se llaman
esos dos nidos!

Pero no te acongojes,
mi pobre vida,
y al borde de la muerte
duerme tranquila;

duérmete y sueña;
que el amor es el sueño
de la existencia.—

. . . .

Ya brilla el sol...—¡Ay, mísero!
Llegó el momento...—
Á dar el «adiós» último
voy á los ecos.—
¡Ecos del monte,
guardad en vuestras grutas
su dulce nombre!

De mi boca aprendisteis
á pronunciarlo,
y, cual yo, lo cantabais
enamorados...—
¡Ecos dormidos,
adiós!... ¡Poblad el aire
con mis suspiros!

POR VÍA DE EPITALAMIO

(UN AÑO DESPUÉS)

Por un puñado de oro...,
como á vil esclavo un moro,
cual Judas al Redentor...,
¡oh tú, la sola que adoro,
me has vendido y á mi amor!

Mi amor y yo—no lo niegues—
éramos tuyos... Mas *él*
hará que en oro te anegues
con tal de que nos entregues...,
—¡y nos entregas, infiel!

¡Por tan mezquino tesoro
nos das á mi amor y á mí!...
—¡á mí, que tanto te adoro,
que todo un mundo de oro
hubiera dado por ti!—

¡Quiera Dios que rica seas
cual no fué ningún mortal...;
que *oro* por doquiera veas...,
y todo lo que poseas
se trueque en áureo metal!

Y que yo arrastre una vida
miserable y escondida;
que de hambre y dolor suspire...
¡y que, en todo lo que mire,
tu imagen halle esculpida!

Que el pan que de puerta en puerta
logre tras ruegos prolijos,
en tu sombra se convierta...,
y, en cambio, tengan tus hijos
de *oro* el alma...,—¡dura y yerta!

Que si algún día los ves
reverentes á tus pies,
comprendas en el momento,
que los llevó el fingimiento
en alas del interés...

Y que, por verlos amantes,
de perlas y de brillantes
les den tus manos un río...
¡y no resulten bastantes
para vencer su desvío!

Que entonces logres llorar,
y no acudan á tu lloro...,
¡y suspires al mirar
que son, para tu pesar,
insensibles como el oro!

Que, cuanto más tú los quieras,
menos hagan por pagarte,
y, en tus horas postrimeras,
pidan á Dios que te mueras,
impacientes de heredarte.

Y que, al mirarlos así,
pienses entonces en mí,
que de balde te quería...,
y oigas decir: «*¡Todavía,*
todavía piensa en ti!»

EN LA ORGÍA

(IMPROVISACIÓN)

¡Dadme vino! ¡Dadme sueño!
¡Dadme muerte! ¡Dadme olvido!
¡Cese ya este loco empeño
en que el hombre nunca es dueño
del *presente* apetecido!

¡Ó dadme vida mejor,
en que, clavada la rueda
del tiempo devastador,
gozar sin recelo pueda
eternidades de amor!

¡Dadme esa vida que veo
al través de aquesta vida!...
¡Dadme esa vida en que creo...,
esa vida que deseo
como una Gloria perdida!

¡Dadme la vida inmortal!...—
y, si esto es mucho pedir,
prosiga la bacanal...
y en este frágil cristal
escanciadme el porvenir!

ADIÓS AL VINO

¡No más, no más en piélagos de vino
sepultaré, insensato, mis dolores,
velando con quiméricos vapores
de la razón el resplandor divino!

¡No más, hurtando el rostro á mi destino,
pediré á la locura sus favores,
ni, ceñido de pámpanos y flores,
dormiré de la muerte en el camino!

Arrepentido estoy de haber hollado,
vate indigno, con planta entorpecida,
el laurel inmortal y el áurea ropa...

¡Néctar fatal, licor envenenado,
acepta, al recibir mi despedida,
el brindis postrimer...—¡Llenad mi copa!

EL VIERNES SANTO

Solo, negado, escarnecido, muerto,
enclavado en la Cruz, ¡oh Jesús mío!,
la frente inclinas sobre el mundo impío,
en la cumbre de Gólgotha desierto.

Ebrio, entretanto, y de baldón cubierto,
el mortal, en su infame desvarío,
adora una beldad de aliento frío,
pálida y mustia cual cadáver yerto.

¡Perdónalo, Señor! Que si en tal hora
la majestad de tu dolor ultraja
é ingrato y loco tu Pasión olvida,

su espíritu inmortal se agita y llora
por sacudir del cuerpo la mortaja...,
y vive en él como enterrado en vida!

DIOS

¡Dios de los mundos!, ¿cómo no cantarte,
si llena está mi alma de tu nombre?—
¡Dios de la eternidad!, ¿cómo nombrarte,
cómo cantar tu gloria podrá el hombre?

¡Oh sumo Dios! El alma que me diste,
ni callar, ni cantar tu nombre osa...
¡Sólo sabe ofrecerte el llanto triste
que de este pobre corazón rebosa!

¡Llanto de amor, que en su amargura encierra
á la vez la desdicha y el consuelo!
¡Inmenso amor, sin Término en la tierra,
que, ansioso de su Bien, aspira al cielo!

Á PETRA

DE NUEVE AÑOS

Niña: mi fiera amargura
no mate tus ilusiones
en el bien y en la ventura;
pues siempre habrá corazones
ricos de amor y ternura.

Que es inmortal la inocencia,
y tiene su Abril cada año,
y no se compra la ciencia,
ni se enseña la experiencia,
ni se hereda el desengaño.

El sol, que hoy en Occidente
su sien fatigada hunde,
mañana vuelve al Oriente;
y desde allí alegremente
vida y juventud difunde.

Y, por más que un triste muera
desengañado de amores,
tendrá cada primavera
tantos pájaros y flores
como tuvo la primera.

DEVOLVIÉNDOLE SU ÁLBUM

SIN HABER ESCRITO EN ÉL

¡Me pones en las manos la dorada
cítara del amor, mujer impía!
¿Por qué, por qué de un alma desgarrada
buscas la postrimera melodía?

¿Por qué anhelas oir *lo que no ignoras,*
si yo no te pregunto *lo que sé?*
¿Por qué la herida hurgar que á todas horas
mana sangre... y que siempre te oculté?

¡Sí!, pérfida..., te adoro todavía,
y tú misma..., tú misma sofocar
no has podido el incendio que algún día
no supiste en tus lágrimas ahogar.

¡Sí!, nos amamos...; que tu acción infame
matar pudo la dicha, no el amor;
y, aunque necio rival suya te llame,
tú no eres más que mía y del dolor.

Deja, pues, deja al corazón herido
que á solas viva con su bien soñado...
¡Así jamás lo llorará perdido,
si bien jamás lo gozará logrado!

Á LA BANDERA

DEL BATALLÓN DE CIUDAD-RODRIGO [1]

¡Sombra y honor bajo tus pliegues dame,
noble enseña de Cristo y de Castilla!
Tu ley, que juro, hincada la rodilla,
en generoso ardor mi pecho inflame.

No más estérilmente se derrame
mi vida en torpe amor y vil mancilla...
¡Roja está de la patria la mejilla!...
¡Despierte el corazón de su ocio infame!

De un naufragio entre lágrimas y errores
salva mi fe, que combatida muere
por enemigo viento y mar contrario...

Sé tú el manto que envuelva mis dolores,
mi tienda en el desierto; y si cayere
en la revuelta lid..., ¡sé mi sudario!

MÁLAGA, 1859.

[1] El autor escribió este soneto cuando sentó plaza de soldado voluntario de la Guerra de África.

A CHORBY

POETA MARROQUÍ

I

Me preguntas quién soy, ¡oh Mahometano!...;—
y tú me cuentas que heredero eres
de aquellos Moros que en el suelo hispano
alzaron á su dios y á sus mujeres
de la Alhambra el alcázar sobrehumano.

Me preguntas quién soy...,—y, en tanto, lloras,
diciéndote extranjero y peregrino
en esta casa, do naciste y moras,
y me anuncias que al cielo granadino
volverán otra vez las lunas moras...—

II

Yo no sé ya quién soy, ¡oh Mahometano!...
¡Yo vi la luz donde morir tú quieres;
Yo soñé con tu raza en suelo hispano,
y hoy, que piso á mi vez suelo africano,
pienso que soy... el mismo que tú eres!

Extranjero en el África tú lloras...
Yo he llorado en España peregrino;
y hoy, huésped de la casa donde moras,
pienso mirar el cielo granadino
coronado otra vez de lunas moras.

TETUÁN, 1860.

CUENTO MORO

(ESCRITO, DE REGRESO EN ESPAÑA, EN EL ÁLBUM DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA CONDESA DE...)

Hurí de cabellos de oro:
dícenme que quieres tú
que te cuente un cuento moro...—
Uno sé que es un tesoro,
y me lo contó Benzú.
En África se lo oí,
de Abbás en el campamento:
óyelo, preciada hurí;
que es un peregrino cuento
el cuento que dice así:

Muy diestro en tañer la lira
ser pudo el esclavo Hassán;
pero no al poner la mira
en la princesa Zelmira,
hija del viejo Sultán.

Del atrevido cantor
ni aun sospechaba el amor
la altiva infanta moruna,
como no sabe la luna
que la adora el ruiseñor.

Ni el triste en su loco afán
soñó nunca mejor suerte;
pues, de revelarlo Hassán,
la hija del viejo Sultán
pagárale con la muerte.

Y morir, para el cantor,
era asesinar su amor...
¡era no ver á Zelmira
con el éxtasis que mira
á la luna el ruiseñor!

Y así la miraba él,
rebozado en su alquicel,
cuando, las noches de luna,
paseaba en su vergel
la altiva infanta moruna.

Pero al cabo sucedió
lo que suceder debía
(estuviera escrito ó no):
Zelmira se enamoró
y se casó el mejor día.

Se casó con Aliatar,
tan príncipe como ella,
poderoso en tierra y mar...,
y fué cosa singular
la boda de la doncella.

Sabedora allí Zelmira
del ingenio del cantor,
díjole:—«*Tañe la lira,*

y canta el ardiente amor
que el fiero Aliatar me inspira.»

Hassán maldijo su estrella;
sintió mortal agonía
á la voz de la doncella;
y, encarándose con ella,
armado de una gumía,

—«*¡Antes* (dijo) *que cantar*
la ventura de Aliatar,
cúmplase mi negra suerte!...»—
Y arrojó la lira al mar,
y él mismo se dió la muerte.—

Tal fué el caso que Benzú
me contó en Guad-el-Jelú,
y que yo te cuento á ti,
ya que quieres saber tú
lo que pasa por allí.

COPLAS

El día que tú te cases,
y no te cases conmigo,
¡que lástima le tendrá
el Amor á tu marido!

(DEL AUTOR.)

Sale el sol, y no te veo...
Ocúltase, y no te he visto...
—Si á esto remedio le llamas,
yo prefiero el daño mismo.

Me dices que no te vea,
para que olvide tu amor...—
¡Ay! Los que pierden la vista,
sólo piensan en el sol.

Sirviérame de consuelo
saber, cuando estoy ausente,
que el no verme te dolía
tanto como á mí no verte.

Antes que me lo dijeras,
conocí que me querías;
y siempre que te dejaba,
«*¡Me quiere!*», diciendo iba.

Nunca olvidaré el instante
en que, con los labios secos,
pálida como una muerta,
me dijiste:—«*Sí: te quiero.*»

Nó me engañaste al decirme
que á mi amor correspondías.
¡Nadie miente por llevar
una corona de espinas!

¡Ojalá no me quisieras!...,
que lo peor del infierno
no es abrasarse en sus llamas,
sino saber que hay un cielo,

De tanto fiero tormento,
el que no puedo sufrir
es saber que por las noches
llorarás pensando en mí.

¡Ojalá hubiera ignorado
que es mío tu corazón!
¡Los ciegos de nacimiento
no echan de menos el sol!

Dime: ¿qué piensas hacer
de la vida que nos resta?
¿Hemos de estar siempre así?
No me lo digas: no mientas.

Si imaginas olvidarme,
no lo pienses, que te engañas.
¡Se olvida lo que se tuvo;
pero nunca una esperanza!

Para no amarnos es tarde:
para olvidarnos, temprano.—
¡Tuyo seré y serás mía!...—
Yo no sé cómo ni cuándo.

¡NUNCA SOLOS!

Él y *Ella* (únicos nombres
que pueden darse *ella* y *él*
cuando piensan uno en otro,—
lo que á todas horas es)...,
años ha que, desde el alba
hasta el lento oscurecer
(hora mística y solemne
en que saben que se ven),
las tardas horas del día
cuentan con ansia cruel,
—«*Vendrá*», meditando *ella*,
y *él* repitiéndose:—«*Iré*».
Y años ha que cada noche
juntos al cabo se ven
(sentados entre otras gentes,
que, alrededor de un quinqué,
no se aburren..., porque nunca
vieron su vida cual es,
y estorbando ajenas dichas
cumplen su sino tal vez),
sin lograr los dos amantes
contemplarse á su placer,
ni cruzar otra palabra
que algún hipócrita «*usted*».

Nadie su secreto sabe...,
Nadie lo debe saber...

¡Ellos mismos no han podido
pruebas darse de su fe!
¡Nunca están solos! Sus almas
jamás templaron la sed
que sienten de confundirse
en un beso de embriaguez.
Siempre se ven rodeados
por aquel mundo cruel,
que los separa, y envuelve
de la rutina en la red,
frustrando todas sus dichas,
y malogrando su bien,
cual triste viento de otoño
seca el florido vergel.

Siempre se vieron así,
y siempre así se han de ver,
sin probar de sus amores
otra cosa que la hiel;
sin exhalar un suspiro,
ni una lágrimas verter:
tristes, mudos, aterrados,
como reos ante un juez.

Y llega la media noche,
y termina la *soirée;*
y «*¡Adiós!*», le dice *él* á *ella;*
«*¡Adiós!*», le dice *ella* á *él*...
Y ya no vuelven á verse
hasta que, el día después,
reemplaza á la luz del sol
la triste luz del quinqué.

LAS NUBES

¡Qué bellas sois, oh nubes
del apacible otoño!
¡Qué leves vuestras alas
de púrpura y de oro!
¡Oh dulces compañeras
del triste, que va solo
por los desiertos campos
llorando sus enojos!
¿Por qué cruzáis vosotras
espacios luminosos,
en tanto que la tierra
cansado yo recorro?

¡Qué gratos son al alma
los tintes melancólicos
con que veláis del día
los últimos sollozos!
¡Qué bien supo mis penas
aquese sol remoto,
cuyos fulgores miro
borrarse poco á poco!—
¡Así vi yo eclipsarse
la luz de aquellos ojos,
que heló ya para siempre
la muerte con su soplo!

¡Morir! ¡dulce esperanza!
¡deleite misterioso!...
¡Morir! ¡único puerto
del mar en que zozobro!
¡Predestinado instante
de recobrar el trono
que el alma echa de menos
entre el humano lodo!
¡De libertad y dicha
hora que espero ansioso
para volar al lado
de la que muerta adoro!

¡Oh plácido consuelo!—
¡Tal es, tal es el solo
que réstale á mi espíritu
en este valle lóbrego,
donde mi ausente amiga
dejóme en abandono,
sin más que sus recuerdos,
sin más que mis enojos!—
¡Llevadme, ¡oh, sí!, llevadme,
nubes de fuego y ópalo;
llevadme en vuestras alas
al mundo por que lloro!

¡De la terrestre atmósfera
desparezcamos pronto,
cual disipada esencia
que huyó del frágil pomo:
crucemos por el éter,
cual raudo meteoro;
dejemos á los astros

girar del mundo en torno;
lleguemos al Empíreo,
y ante el Divino Solio
postrémonos, deshechos
en lágrimas de gozo!—

Mas ¡ay!... La negra noche
borró vuestros contornos...
¡También me abandonáis
á solas con mi lloro!
¡Ya habéis desparecido
cual sueño vagaroso...,
cual aves pasajeras...,
cual desparece todo!—
¡Oh nubes disipadas
del apacible otoño,
llevad mis pensamientos
á la que muerta adoro!

Á LA POETISA VASCONGADA

DOÑA MATILDE ORBEGOZO

En tanto que el esplẽdido Oceano
terso mires cual diáfana laguna,
rendido en las veladas del verano
á las caricias de la insomne luna;

en tanto que, depuestos sus enojos,
se explaye en dulce y religiosa calma,
insondable y azul como tus ojos,
infinito y en paz como tu alma,

el lúgubre naufragio de mi vida
no cruce, no, Matilde, por tu mente,
ni turben tu existencia bendecida
las tempestades de mi pecho ardiente.

. . . .

Mas si, en los días del sañoso invierno,
por estas playas áridas y solas
triste cruzares, el clamor eterno
del Noto oyendo en las revueltas olas;

al ver el cielo cárdeno y sombrío,
el Oceano lóbrego y desierto,
y entre sus ondas, el cadáver frío
del náufrago que tarde llega al puerto,

acuérdate de mí, que, errante y solo,
—¡muy lejos, ay!—los mares de la vida
surcaré, sin hallar rumbo ni polo
á mi esperanza siempre combatida.

PORTUGALETE.

EL MONT-BLANC

¡Heme al fin en la cumbre soberana!...
Nieve perpetua..., soledad doquiera!...—
¿Quién sino el hombre, en su soberbia insana,
á hollar estos desiertos se atreviera?

Aquí enmudece hasta la voz del viento...;
profundo mar parece el horizonte...,
única playa el alto firmamento...,
anclada nave el solitario monte.

¡Nada en torno de mí!... ¡Todo á mis plantas!—
Oscuros bosques, relucientes ríos,
lagos, campiñas, páramos, gargantas...
¡Europa entera yace á los pies míos!

¡Y cuán pequeña la terrestre vida;
cuán relegado el humanal imperio
se ve desde estos hielos donde anida
el *Monte Blanco*, el rey del hemisferio!

¡De aquí tiende su cetro sobre el mundo!—
El Danubio opulento, el Po anchuroso,
el luengo Rhin y el Ródano profundo,
hijos son de los hijos del Coloso.

Debajo de él... los Alpes se eslabonan
como escabeles de su trono inmenso:

debajo de él... las nubes se amontonan
cual humo leve de quemado incienso.

¡Sobre él... los cielos nada más! La tarde
le envidia al verlo de fulgor ceñido...—
Llega la noche, y en su frente arde
con reflejos de un sol por siempre hundido.

Allá turnan con raudo movimiento
una y otra estación...— Él permanece
mudo, inmóvil, estéril.—¡Monumento
de la implacable eternidad parece!

Ni el oso atroz ni el traicionero lobo
huellan jamás su excelsitud nevada....
Huérfano vive del calor del globo...
¡En él principia el reino de la nada!

Por eso, ufano de su horror profundo,
dichoso aquí mi corazón palpita...
¡Aquí, solo con Dios..., fuera del mundo!
¡Solo, bajo la bóveda infinita!

¡Y qué suave, deleitosa calma
brinda á mi pecho esta región inerte!...
—Así concibe fatigada el alma
el tardo bien de la benigna muerte.—

¡Morir aquí! De los poblados valles
no retornar á la angustiosa vida:
no escuchar más los lastimeros ayes
de la cuitada humanidad caída:

---

desparecer, huyendo de la tierra,
desde esta cima que se acerca al cielo:
por siempre desertar de aquella guerra,
de eterna libertad tendiendo el vuelo...

Tal ansia acude al corazón llagado,
al mirarte, ¡oh *Mont-Blanc!*, erguir la frente
sobre un mísero mundo atribulado
por el cierzo y el rayo y el torrente.

¡Tú nada temes! De tu imperio yerto
sólo Dios es señor, fuerza y medida:
¡como el ancho Oceano y el Desierto,
tú vives sólo de tu propia vida!

La tierra acaba en tu glacial palacio;
tuya es la azul inmensidad aérea:
tú ves más luz, más astros, más espacio...;
¡parte eres ya de la mansión etérea!—

¡Adiós! Retorno al mundo...—Acaso un día
ya de la Tierra el corazón no lata,
y sobre su haz inanimada y fría
tiendas tu manto de luciente plata...

Será entonces tu reino silencioso
cuanto hoy circunda y cubre el Oceano...—
¡Adiós!... Impera en tanto desdeñoso
sobre la insania del orgullo humano!

CHAMOUNIX, 1860.

VENECIA

—

¡Lloras..., mísera reina destronada!
¡Lloras, y, al rayo de la triste luna,
se desliza tu góndola enlutada,
como negro ataúd, por la laguna!

¿Á dó vas, infeliz? ¿Por qué recorres
silenciosa los lúgubres canales,
y al pie te paras de las altas torres
ó de las viejas casas señoriales?

¿Por qué sollozas al pasar al lado
de la antigua *Piazzetta*, y mayor duelo
sientes al distinguir el *León alado*
que audaz parece remontarse al cielo?

Del *Palacio Ducal*, ¿por qué la vista
apartas con recóndita tristeza,
si es cada piedra gloria de un artista
ó te dice de un héroe la grandeza?

¿Por qué, al mirar la cúpula eminente
de la insigne Basílica, suspiras,
si tus empresas por el rico Oriente
en sus contornos reflejadas miras?

¿Por qué ocultas la faz entre las manos
al ver de *I Frari* el templo luctuoso,
donde tantos ilustres venecianos
honor te dan en funeral reposo?—

¡Llora, sí, llora! Tu dolor es justo...
Señora fuiste de quien eres sierva;
libre imperaste, y tu blasón augusto
te arrebató la usurpación proterva.

¡Llora tu agravio y tu dolor extremos,
pues vencida te ves y anciana y sola,
como al compás te dice de los remos
el gondolero en triste barcarola!

¡Ya no alegran vistosas mascaradas
el *Gran Canal* bogando en raudos giros,
ni resuenan lascivas carcajadas
bajo el puente fatal de los *Suspiros!*

¡Ya no es tu puerto el renombrado emporio
que el mundo entero á enriquecer venía;
ni en él celebra regio desposorio
tu Dux potente con la mar bravía!

¡Ya no despides desde el yermo *Lido*
la Cruzada que parte en tus galeras,
ni en el atrio del templo bendecido
su regreso triunfal gozosa esperas!

¡Llora, sí, llora, mísera viuda!...
El mar perdió tu anillo soberano,
y solitaria te quedaste y muda,
á merced de las iras del tirano.

¡Llora por tus calados monumentos,
que en las aguas reflejan sus rüinas,
como sombras que bajan de los vientos
á sumirse en las ondas cristalinas!

¡Llora, evocando la memoria grata
de tanto amor y placidos festejos
como estas olas de movible plata
miraron de esa luna á los reflejos.

Gloria, riqueza, libertad y trono
perdiste, y extranjeros te desdoran...—
¡Haces bien en llorar tanto abandono!...—
Pero tus hijos..., ¡Reina!, ¿por qué lloran?

¿Por qué, cruzadas las inermes manos,
gimen también en tu materno seno?
Si hombres son, y nacieron venecianos,
¿qué lauro aguardan del valor ajeno?

¿Qué libertad es esa que mendigan?
¿Cómo invocarla entre gemidos osan?
—¡Menguados! ¡Morid antes que os maldigan
los que en las urnas de *San Juan* reposan!

De pueblos cien feroces y aguerridos
fueron vuestros abuelos opresores...,
¡y viviréis vosotros oprimidos!
¡y pavor os pondrán vuestros señores!—

¡Despertad, vive Dios! ¡La dura lanza
empuñen esas manos suplicantes!
¡Id, si no á la victoria, á la matanza!...
¿Qué os importa morir, si matáis antes?

¿Sois pocos?—¡Por el cielo! ¿Cuántas vidas
tiene cada mortal? ¿Cuántos alientos?—
¡Sois pocos!... ¡Los Trescientos de Leonidas
no eran más, y murieron los trescientos!—

¡No hay libertad sin honra!—Algún día
la ley del Auxiliar truécase en yugo,
y su altiva forzosa compañía
mancha más que la mano del verdugo.—

Venecia esclava, en el humano seno,
si no entusiasmo, compasión despierta...
¡Venecia libre por auxilio ajeno
será la tumba de una raza muerta!

VENECIA, 1860.

ROMA

¡Sólo tú por dos veces el imperio,
¡oh Roma!, has ejercido en las edades!
¡Sólo tú de dos ínclitas ciudades
envuelves en la púrpura el misterio!

Dos veces asombrado el hemisferio
contempló tu grandeza ó tus maldades,
según fueron del orbe potestades
León ó Borgia, César ó Tiberio.

De Persépolis, Nínive y Cartago
no queda más que fúnebres rüinas,
cálida arena y solitarias palmas:

¡y tú, inmortal en medio del estrago,
al perecer las águilas latinas,
conquistaste el imperio de las almas!

ROMA, 1860.

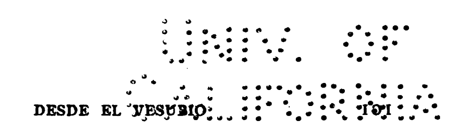
DESDE EL VESUBIO

¿Adónde voy?—¡Ay, triste!... Ya me aterra
aquesta agitación, aqueste anhelo...—
¿Qué busco en las entrañas de la tierra?
¿Qué busqué ayer en la región del cielo?—

Ayer mis pasos la nevada cumbre
hollaban del espléndido *Mont-Blanc*...—
¡Hoy huellan de los cráteres la lumbre
sobre la rota frente del volcán!

Ayer..., doquiera paz y hielo eterno,
sepulcral inacción, silencio mudo...—
¡Hoy..., el fragor y el fuego del infierno
y los bramidos del Titán sañudo!

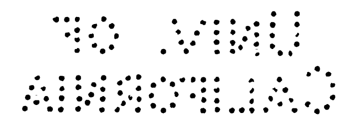
Allí... la muerte con su faz helada,
con su santa quietud y su dulzura...—
¡Aquí... la vida con su voz airada,
la pasión con su horrible calentura!



Y aquí y allí... ¡pavor, misterio ignoto...,
la misma pena, igual devastación!...
Dejé la Nada, y hallo el Terremoto...
¡Allí el no ser; aquí la destrucción!—

¿Adónde voy?—¡Ay, triste! ¡Ya me aterra
el temerario afán de aqueste anhelo!
¿Por qué del haz me alejo de la tierra?
¿Qué busco en los abismos ó en el cielo?

NÁPOLES, 1861.



Á POMPEYA

Dies irae.

Cuando amanezca el iracundo día
que en la mente de Dios leyó el Profeta,
y, al agrio son de la final trompeta,
abandone de Adán la raza impía,

ora el sosiego de la huesa fría,
ora los lares de la vida inquieta,
y pase el Juicio extremo, y del Planeta
quede la extensa faz muda y vacía,

no será tan horrendo y pavoroso
encontrar por doquier huellas del hombre
y ni un hombre en campiñas ni en ciudades,

como hoy verte, sin vida ni reposo,
desierta y mancillada por tu nombre,
expiar ¡oh Pompeya! tus maldades.

Pompeya, 1861.

EL LLANTO DEL SOLTERO

Sin ti..., ¡qué eternidad tan negra y larga
fué para mí la noche, amada mía!
¡Sin ti me encuentra el implacable día;
sin ti, y en honda soledad amarga!

Ya el sueño, que mis párpados embarga,
sin ti mis pasos hacia el lecho guía;
y pues no estás en él, en él querría
dejar por siempre del vivir la carga.—

Pero ¿quién eres tú? ¿Dulce quimera,
visión del bien perdido, ó vaga sombra
de un nuevo bien que al porvenir demando?—

¡No sé, no sé quién eres!—«*Compañera*»
te llama el corazón cuando te nombra,
¡y las noches sin ti paso llorando!

MADRID, 1863.

AQUÍ, QUE NO LO OYE...

Arde perenne en su ánima sencilla
el casto amor de la cristiana esposa;
cual de gótico templo en la capilla
lámpara solitaria y misteriosa,
símbolo de la fe, perpetua brilla.

Derrama en torno suyo á manos llenas
el bien que prodigáronle los cielos;
con sus lágrimas borra las ajenas;
y al triste da, por término á sus duelos,
la paz bendita de las almas buenas.

Es tan humilde cual la dócil caña,
que se dobla al impulso de la brisa;
como arroyo que el pie del sauce baña,
como violeta azul de la montaña,
que da su dulce aroma á quien la pisa.

Y es orgullo y sostén, luz y consuelo
del que, vencido en la mundana guerra,
dijo, al verla cruzar por este suelo:
—«Si los ángeles bajan á la tierra,
¿por qué no ha de subir el hombre al cielo?»

EL FRUTO DE BENDICIÓN

¡Cuántas veces fugaz la Primavera
vistió de flores mil el campo abierto,
hora tornado en árido desierto,
ni sombra ya de lo que en Mayo fuera!

En tanto aquella flor, la flor primera,
logro de afanes en cerrado huerto,
ve trocada el colono en fruto cierto,
de árboles mil semilla duradera.

¡Así la juventud! ¡Así la vida!—
La qué en vanos placeres se consume,
olvidada á la tarde desfallece:

en tanto que la fiel y recogida
que á un solo amor consagra su perfume,
más allá de la tumba reverdece.

Á MI HIJA PAULINA

EN SUS DÍAS

Por la primera vez hoy es tu día...—
¡Ven á mi corazón, prenda adorada...,
orgullo de la esposa más amada,
vida de mis entrañas, hija mía!

¿Qué te dirá de un padre la ufanía?
¿Qué te dirá tu madre embelesada,
sino verter del alma enajenada
lágrimas de cariño y de alegría?

Delicia de los dos..., ¡bendita seas!
¡Bendita seas, avecilla pura,
que alegras con tu canto nuestro nido!—

Y allá en los años *en que no nos veas*,
¡Dios te dé tanto bien, tanta ventura,
como tú con nacer nos has traído!

1868.

CAMINO DEL CIELO

La madre está de pechos
á la ventana,
viendo caer la nieve
lenta y callada.
Todo blanquea;
cabañas y rediles,
campos y breñas.

No teme que á la cuna
del tierno niño
lleve cuajados copos
el viento frío...
—¡Ay, pobre madre!
Aquella cuna encierra
sólo un cadáver.

Por eso miran tanto
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos...
Por eso exclama
con doloridos ayes:
«*¡Hijo del alma!*»

«¿Por qué no murió un día
de primavera
como flor que á los cielos
vuelve su esencia?
¡Ay, cuantos pájaros
fueran con él gozosos
aleteando!»

«¡Oh! ¡Pero en esta tarde,
solo y sin guía,
luchando con las nubes
y la ventisca,
mi pobre ángel
irá muerto de frío
por esos aires!»

. . . .

Es ya la media noche...
Sigue nevando...
La madre abriga al ángel
en su regazo...
De la ventana
voló en su busca al cielo...
—Ha muerto helada.

EL SECRETO

«*¡Yo no quiero morirme!*»
—dice la niña,
tendiendo hacia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca...—

Un silencio de muerte
la madre guarda...
¡Ay, si hablara, vertiera
mares de lágrimas!
Besa á la niña,
¡y aun le fingen sus labios
una sonrisa!

Del cuello de la madre
la hija se cuelga,
y, pegada á su oído,
pálida y trémula,
con sordo acento,
dícele horrorizada:
—«*Oye un secreto:*

¿Sabes por qué á morirme
le temo tanto?
Por que luego me llevan,
toda de blanco,
al cementerio...,
¡y de verme allí sola
va á darme miedo!»

—«*¡Hija de mis entrañas!*
(grita la madre),
Dios querrá que me vivas...;
y, aunque te mate,
descuida, hermosa,
que tú en el cementerio
no estarás sola.»

GLORIA

—Dime: ¿por qué suspiras,
bendita madre,
cuando de regocijo
tiemblan los aires?
Di: ¿por qué lloras?
¿No oyes que las campanas
tocan á gloria?

—¡Oh! Dejadme que llore...
Dejad que muera...
¡Al hijo de mi vida
ya se lo llevan!
¿No veis mi duelo?
¿No oís que las campanas
tocan á muerto?

—Tu pobre niño enfermo
triste gemía
ayer entre tus brazos,
madre bendita...
¡Y hoy ya no llora!...
¡Hoy por él las campanas
tocan á gloria!

—¡Ah! Sí... Su alma de ángel
allá me espera...
Pero su cuerpo hermoso
yace en la tierra...
Ya no le veo...
¡Para él tocan *á gloria!*
¡Para mí, *á muerto!*

AL RECIBIR MI RETRATO

(PINTADO POR MI AMIGO EL SR. D. IGNACIO SUÁREZ LLANOS)

Al verte, ¡oh grave pintura!,
entrar en mis lares hoy
con mi edad y mi figura,
no sé qué vaga tristura
siento al decir: «*Así soy.*»

Tal vez pienso que mañana,
cuando de mi edad lozana
rastros queden sólo en ti,
dirá mi vejez ufana
á mis hijos: «*¡Así fuí!*»

Tal vez pienso que algún día
(cuando Dios llamarme quiera)
buscará tu compañía
esta dulce esposa mía,
para decir: «*¡Así era!*»

Tal vez pienso que quizá,
al cabo de muchos años,
nadie te conocerá,
y un extraño á otros extraños
dirá al verte: «*¿Quién será?*»

Y que, al comprarte, atraído
por lo antiguo de tu traje
ó por tu buen colorido,
les dirá: «*¡Este personaje
no debe haber existido!*»

1869.

Á ALFONSO XII

RESTAURADO EN EL TRONO DE SUS MAYORES

¡Alfonso! ¡Hijo de España! ¡llega! ¡mira!
¡contempla el haz de tu nativo suelo!—
¡Doquier devastación y sangre y duelo,
frutos de la soberbia y la mentira!

Cundieron los incendios de la ira
de América al Pirene en raudo vuelo,
y, escándalo del mundo, horror del Cielo,
arde la Patria cual inmensa pira.

¡Oh! Llega, nuevo Alfonso, y á tu nombre
cesen los odios en que hierve España...
¡Sé tú de amor y de justicia prenda;

soldado y rey que al universo asombre;
rayo en la lid contra invasión extraña;
iris de paz en la civil contienda!

Enero de 1875.

Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII

EN LA MUERTE DE SU AUGUSTA ESPOSA
DOÑA MERCEDES DE ORLEANS

Si Rey de España no fueras,
y Alfonso no te llamaras,
y en tus veinte primaveras
el trono honrado no hubieras
con tus virtudes preclaras:

si de la Patria el amor
no te diese ya el dictado
de *Rey Pacificador*
á ti, su primer soldado
y en el Consejo el mejor:

si de esa patria querida
no fueses sostén y vida
y paladín ejemplar,
por quien espera tornar
á la grandeza perdida,

¿qué consuelos ofrecerte
pudiera nadie, señor,
hoy que la implacable muerte
trueca en sombra y polvo inerte
á la prenda de tu amor?

¿A qué la vida sin ella?
¿Dónde un alma como aquella?
¿Dónde su fe y su ternura?
¿Quién tan piadosa, y tan pura,
y tan amante, y tan bella?

«*No hay para tu mal consuelo*
(dijérate, al ver tu duelo),
»*y ya sólo anhelar puedes*
»*que pronto benigno el cielo*
»*te llame junto á Mercedes.*»—

¡Pero eres el Rey, señor!
¡Eres el primer soldado;
y de la Patria el amor
te exige que, denodado,
sacrifiques tu dolor!

Eres defensa y egida
de nuestra España querida,
su paladín ejemplar,
y por ella sabrás dar
tu dolor como tu vida.—

¡Tal ha de ser tu consuelo!
¡Tal tu gloria!...—Y si así puedes
calmar de la Patria el duelo,
tu heroísmo desde el cielo
bendecirá tu Mercedes.—

Octubre, 1878.

EN EL XIX ANIVERSARIO

DE LA MUERTE

DEL EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ

solemnemente celebrado en Vivero.

¡Cantores de Galicia! No os asombre
que, de tan lejos y bañado en llanto,
venga yo á unir mi canto á vuestro canto
como obsequio filial al grande hombre

Ni el alto genio que le dió renombre,
ni su gloria y su prez muévenme á tanto...
¡Más humilde y más hondo es el quebranto
con que bendigo en mi dolor su nombre!

El me amó como padre: fué mi amigo,
mi maestro, mi amparo...; y yo, de hinojos,
¡ay triste!, de su muerte fuí testigo...

Heláronse en mis brazos sus despojos...;
y, huérfano ya de él, solo conmigo,
¡cerré por siempre sus nublados ojos!

1882.

Á LA MARQUESA DE LA PEZUELA

Anoche en aquel salón,
donde, graciosa y discreta,
eras un nuevo blasón
del insigne campeón
y esclarecido poeta;

allí, donde compartías
con tus dos bellas hermanas
las últimas alegrías
de aquel que ciñe á sus canas
coronas de tantos días;

allí, donde á vuestro lado,
de amor y de honor dechado,
estaban los adalides,
hijos del viejo soldado,
con fe y alientos de Cides;

allí, donde toda gloria,
todo bien, toda ventura
tiene viva ejecutoria:
las Letras patrias, la Historia,
la virtud y la hermosura...:

en aquel salón, repito
(que por algo te he descrito),
fué donde anoche, Marquesa,
te hice, en pena de un delito,
de estos versos la promesa.

Y, pues van cinco quintillas,
y no he dicho maravillas,
y temo causarte enfado,
te suplico de rodillas
que me des por indultado.

27 de Diciembre de 1880.

EN EL ALBUM

DE LA INSPIRADA POETISA

DOÑA JOSEFA UGARTE DE BARRIENTOS

Si Júpiter soberano
hubiérate conocido,
un pastor de juicio insano
perdición no hubiera sido
del noble pueblo troyano.

Pues ni á Jove le ocurriera
dudar de aquella manera,
ni se abriera tal certamen,
ni de Paris el dictamen
discordias mil produjera.

Antes con desinterés,
Minerva, Venus y Juno,
declararan á tus pies
que aclamarte era oportuno
como reina de las tres...

Y Júpiter la manzana
te diera, y el alma, y todo,
según la usanza pagana...,
redactando de este modo
su sentencia soberana:

—«Proclamo que esta mujer,
»reina de mi corazón,
»de Juno tiene el poder,
»de Venus la seducción
»y de Minerva el saber...

»Y mando que, á nombre mío,
»le rindan en tierra y mares
»los reyes su poderío,
»los poetas sus cantares
»y los hombres su albedrío.»—

Con lo cual, visto no habría
el mundo aquella tramoya,
ni yo, al verte á ti, diría,
como digo cada día:
—«*Corazón: ¡aquí fué Troya!*»

Á LA MARQUESA DE VALMEDIANO

INUTILIDAD DE ESTE ÁLBUM

Si eres tú la primavera,
¿qué flores podré yo darte?
Si eres el Sol de la esfera,
¿qué luz podrá retratarte?

Si eres tú la Poesía,
¿qué voz dirá tus encantos?
Si eres la eterna Armonía,
¿qué falta hacen otros cantos?

Si eres Diosa del Amor,
¿quién podrá brindarte amores
que acrecienten el fulgor
de tus propios resplandores?

Si eres, en fin, la Virtud,
y la virtud ejemplar,
¿cómo hará ningún laúd
mejor cosa que callar?—

Tu debido elogio, pues
(te lo dice el moro viejo,
que humilde besa tus pies),
lo hallarás en un espejo
ó en los ojos del Marqués.

OBRAS SON AMORES

(EN LA CORONA POÉTICA DE BRETÓN DE LOS HERRERO S)

Dignum et justum est, ¡oh compañeros!,
que toda hispana cítara ó avena
el luto cante de la patria escena,
huérfana de Bretón de los Herreros...

Bien está que con ayes lastimeros
digamos nuestro espanto y nuestra pena,
tendido al ver y exánime en la arena
al titán que luchó con los mejores...

Mas no es sólo de llanto el homenaje
debido á su grandeza soberana:
¡honor más alto se le rinda al genio!

¡Venguemos, como exequias, el ultraje
de la noble Talía castellana,
y echemos á los *bufos* del proscenio!

CARTA

Á MI DESCONOCIDA AMIGA ELIA [1]

Elia: tu, que de mi amigo
ya eres la parte mejor,
pues tuya has hecho su alma
y tuyo su corazón:
Elia, vida de su vida,
cara prenda de su amor,
que á ser vas su compañera
por el tiempo que os dé Dios:
oye lo que, en las solemnes
vísperas de vuestra unión,
piensa el que, en vez de *su amigo*,
ya es *amigo de los dos*.

Cuando, en apacible *tarde*,
baja al Occidente el sol,
poniendo término á un *día*
de paz y de bendición,
¿pensar te ocurrió en que el último
rayo de aquel esplendor
era para otro hemisferio
de la *aurora* el arrebol?
Y ¿no es verdad que, contenta
del día que ya pasó,
cuanto agradecida al cielo

[1] Esposa muy luego de mi querido amigo y compañero Luis Alfonso.

por su constante favor,
al astro rey le pediste
que, en aquella otra región,
dichas sin cuento alumbrase
como las que aquí alumbró?

Si tal meditaste, ¡oh Elia!,
¿á qué más explicación?—
Sentido y sabido tienes
todo lo que pienso yo,
á los quince años cabales
de un casamiento de amor,
en las solemnes y clásicas
vísperas de vuestra unión.
—Gozoso á los cielos pido...
(y no en las tinieblas, no;
sino cuando de mi dicha
resplandece aún vivo el sol;
cuando de amorosa tarde
dora el plácido fulgor
la pura frente de aquella
que de ángeles me cercó);
gozoso, digo, á los cielos
pido con alegre voz
que, en esa que á emprender vais
larga peregrinación,
halles los males y bienes
en la proporción que yo;
¡pues si este bien no es completo,
no conozco otro mayor!

Quiero decir, Elia amiga,
que halléis, por gracia de Dios,

pan y paz, calma y trabajo,
mutua fe y abnegación:
ni venturas de uno solo,
ni de uno solo un dolor;
los gustos y los pesares
partidos siempre entre dos;—
lo cual da por resultado,
en el álgebra de amor,
que los gustos se duplican
y es *cero* toda aflicción.—
Con esto tendréis bastante
para ir de la dicha en pos
por el que *valle de lágrimas*
santamente se nombró:
valle de delicias lleno
para quien probó el dulzor
de las lágrimas ajenas
que con las suyas borró;
y donde trocarse mira
cada abrojo en una flor
quien, por librar á otro de ellos,
los clava en su corazón.

Adiós, celebrada Elia;
incógnita amiga, adiós;
y Él quiera que, cuando cuentes
los años que cuento yo,
digas tú á las nuevas jóvenes
prometidas del amor...
lo que acaba de decirte

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

1.º de Diciembre de 1880.

LA INUNDACIÓN DE MURCIA

POST NUBILA

Pasó el diluvio... ¡Ya hay suelo!
Ya la paloma del arca
va de una en otra comarca,
nuncio de paz y consuelo.
Doquier que posa su vuelo
cesa la calamidad;
dones vierte la piedad
y el sol de la dicha asoma...,
¡porque esa blanca paloma
es la santa *Caridad!*

1879.

VERSOS IMPROVISADOS

DURANTE LA GRAN PROCESIÓN HISTÓRICA DEL CENTENARIO DE CALDERÓN

—

¿Es realidad ó ilusión?
¿Estoy soñando ó despierto?
¿Qué dice esa aclamación?
—«*¡Viva! ¡Viva* CALDERÓN!...»—
Pues qué, ¿CALDERÓN no ha muerto?

—

¿No lo vimos enterrar
hace ya doscientos años,
y en su túmulo y altar
no ha corrido sin cesar
llanto de propios y extraños?

—

¿Un sueño, como su vida,
fué por ventura su muerte,
y el ánima entumecida
se quedó en el cuerpo inerte,
como savia adormecida?

—

¿Ó el vate ha resucitado
con su hábito clerical,
la roja cruz al costado,
y su espada de soldado
y su laurel inmortal?—

No: ni el hombre ha revivido,
ni el tiempo ilusión ha sido:
su ley la muerte cumplió,
y dos siglos han corrido
desque Don Pedro murió.

Pero el antiguo adalid,
rey de la española escena,
triunfa muerto como el Cid,
y, ante su sombra, Madrid
de aplausos el aire llena.

Que, si murió Calderón,
viven su genio profundo
y la excelsa inspiración
con que dió decoro al mundo
y leyes al corazón.

Y el mundo jamás olvida
la memoria bendecida
del noble ingenio que lanza
en los surcos de la vida
la siembra de la esperanza.

Á LA EXCMA. SRA. BARONESA DE CORTES

QUE REGALÓ UN ABANICO Á MI HIJA PAULINA

De vuestras manos,
que, por lo bellas,
manos parecen
de estatua griega;
de aquesas manos,
que así manejan
la docta pluma
como la rueca;
manos de dama,
de ricahembra,
que al par labora,
cura y gobierna.
De vuestras manos,
que á un tiempo llevan,
así en los duelos
como en las fiestas,
de honrada casa
cortas las riendas,
del limosnero
flojas las sedas,
franco el aplauso
que al bueno premia,
y del socorro
pronta la venda...

De tales manos,
¡oh Baronesa!,
vuestro abanico,
próvido emblema,
cetro de oro,
vara hechicera,
hoy á las manos
de mi hija llega.

Es esta niña
la luz primera
que mis amores
diéronme en prenda.
Fué, tras los sueños
de mi existencia,
de la esperanza
cumplida oferta:
¡tierno capullo
de otra flor bella
que es de mi vida
fiel compañera!—
Ambos tenemos
puestos en ella,
no ya los ojos,
el alma entera...
Y nuestras ansias,
las preces nuestras,
cuanto afanamos
sobre la tierra,
es porque flores
sigan su huella
cuando á su lado
ya no nos vea...

No, pues, palabras
hay en mi lengua,
sino temblores
del alma mesma,
cuando mis ojos
ven, dama egregia,
noble cantora,
maga benéfica,
que el abanico,
próvido emblema,
cetro de oro,
vara hechicera,
de vuestras manos
pasa á las de ella.

Dulce hija mía,
bien del poeta,
luz de mi alma,
mi primogénita;
noble Paulina;
flor de mi idea;
prez de mis canas;
sol que me alegras:
ve, y á la diosa
que de esa prenda,
para tu dicha,
te hizo heredera
(dándole un beso
y un *Excelencia)*,
dile...; en fin, dile
lo que tú quieras.

EL ÁLBUM HEREDADO

Nobles hermanas, á la par gentiles,
discretas á la par y candorosas,
que el dulce encanto de los veinte abriles
mostráis en faz y gracias juveniles,
como pareja de entreabiertas rosas:

¿qué álbum es éste tan precioso y rico
(bordado de seguro por las hadas),
donde encuentro (y á fe no me lo explico)
autógrafos, pinturas y baladas,
que tienen ya de fecha treinta y pico?

¡Cantan aquí la gracia y la hermosura,
con el ardor de sus mejores años,
Quintana, Gil y Zárate y Ventura;
y, haciendo coro al general Castaños,
Martínez de la Rosa amor murmura!

¡Astros fulgentes de la patria fueron,
que nunca ingrato eclipsará el olvido!...—
Pero ¿cómo estas coplas os hicieron,
si algunos de ellos ¡ay! hasta murieron
cuando vosotras dos no habíais nacido?

«Voces son de otros sueños y otros días...»
—responde un eco de la edad pasada.—
¡Ah! ¡Ya lo entiendo todo, amigas mías!...
¡Este libro de flores y poesías
el álbum fué de vuestra madre amada!

En él un tiempo á la gentil doncella,
que hoy es provecta y ejemplar matrona,
una corona, por afable y bella,
tejiéronle esos vates, ¡y hora ella
os da con alma y vida su corona!

Y en él hoy vienen á deciros flores
otros poetas y otros amadores,
como, del bosque en el ramaje umbrío,
nueva generación de ruiseñores
canta nuevos amores cada estío.

Por eso ya se dijo que, aunque muera
cada otoño un ejército de amores,
«tendrá cada primavera
»tantos pájaros y flores
»como tuvo la primera» [1].

[1] Véase mi composición titulada «Á PETRA, *de nueve años*».

A CLARA

Son las flores del mundo flores de un día,
y es la santa inocencia flor inmortal...—
¡Bien haces que no cambias, hermana mía,
la flor que nunca pierde su lozanía
por las que arrastra secas el vendaval!
¡Bien haces, que desdeñas del mundo amores,
soñándolos eternos en el Edén!...
¡Bien harás, si los versos llenos de flores
que aquí te pongan vates y trovadores,
ofreces á las plantas del Sumo Bien!

POESÍAS HUMORÍSTICAS

SUEÑOS DE SUEÑOS

Vine á verte, y dormías;
y dormías tan muda y mansamente,
que una rosa cerrada parecías.

Era la siesta.—La morisca fuente,
sola en el patio, conturbaba apenas
la quietud de las anchas galerías,
de fresca sombra y de silencio llenas.
Las aves en sus jaulas; el ambiente
embargado entre opacas celosías;
el perro fiel y el gato negligente
reposaban también...—Calma y pereza
era todo en redor...—¡Tan sólo el vuelo
del zumbador insecto recordaba
que el sol, en tanto, vívido lanzaba
mares de lumbre desde el alto cielo!

He dicho que dormías;
y dormías tan muda y mansamente,
que una rosa cerrada parecías.

Dormías...., y, aunque amante desdeñado,
próximo alguna vez á aborrecerte,

te admiré en aquel sueño sosegado...,
¡sin desear que fuera el de la muerte!
Quizás más bien compadecí tu suerte,
y perdón te pedí de mis antojos...
—«¿Por qué (dije), por qué tan perseguida?
«¿Culpa es acaso de su mansa vida
»inspirarme este amor que le da enojos?
»¿Obra fué de sus ojos,
»ó de los míos, mi fatal herida?
»—¡Obra mía no más! Yo soy el reo...
»Ella baja la vista por no verme...,
»y hasta vuelve la cara, si la veo...
»—¡Duerme, pues, duerme; pobrecita, duerme...;
»que, diga lo que quiera mi deseo,
»obligación no tienes de quererme.»

En esto un aye leve y fugitivo
lanzaste al modo de suspiro tierno,
y parecióme que tu pecho esquivo,
cándido y frío como helado invierno,
se entreabría al cariñoso rayo
que en ti fijaban mis amantes ojos,
como su cáliz de matices rojos
entreabre una rosa al sol de Mayo.

Lo que quiere decir que, aunque dormías,
dormías tan turbada y tiernamente,
que una rosa entreabierta parecías.

¿Qué soñabas?—¡Lo vi!... De mis pesares
al cabo condolida,
imaginabas de pasión y gloria

la que te ofrezco venturosa vida.
Suspensa, enternecida,
amorosa... (perdóname), soñabas
estar en brazos del amor prendida...
y de temor y gratitud llorabas,
y mi nombre, gimiendo, pronunciabas.
—¡Ay! Aquel dulce generoso llanto
cayó en mi corazón como el rocío
sobre el árida arena del desierto...
¡Nunca te he amado tanto!
¡Yo por aquellas lágrimas, bien mío,
mil veces con placer hubiera muerto!
—Por poco te despierto.

Perdónale este agravio
á tu propia locura,
y perdóname á mí, si tal ventura
se atreve á pronunciar trémulo el labio...
Pero lo vi... Mi espíritu sin calma
era ya de tu espíritu un reflejo...
Toda tu alma se copió en mi alma,
como desnuda ninfa en claro espejo.—
¡Oh, sí! Tu pecho ardía
en este amor que siempre desdeñaste...
Me nombrabas..., llorabas..., eras mía...,
¡y lisonjero ensueño te fingía
las dichas que despierta me negaste!...
—¡Burla fué del destino
aquel falso espectáculo halagüeño!...—
¡Yo sé que todo sueño es desatino,
y el tuyo no pasó de ser un sueño!...

Pero ello es que dormías
y dormías tan dulce y blandamente,
que ya una rosa abierta parecías.

La monótona fuente,
única voz de la callada siesta,
murmurando seguía
su cántiga modesta,
y, del toldo á la sombra,
con mil líquidas perlas recamaba
del verde césped la mullida alfombra.

Retratarte olvidaba.—
Sobre un sofá dormías: una mano,
suave apoyo á tu cabeza daba,
y el otro brazo lánguido colgaba,
envidia siendo del cincel pagano.
—Vestías una bata de verano.—
Sobre tu frente pálida y serena
la aureola de oro
de un ángel tu cabello parecía:
tus mejillas de rosa y azucena
aún ostentaban del reciente lloro
dos perlas que la aurora envidiaría;
y el cándido tesoro
de tu inocencia púdica, que, aleve,
indiscreto cendal diera al olvido,
como palomas que el amor conmueve,
palpitaba al compás incierto y breve
de tu dichoso corazón dormido.
Tus puros labios, de caricias nido;
tus dientes, gotas límpidas de hielo;

tu lindo pie, soltando inadvertido
el árabe chapín de terciopelo,
todo era bello y tentador..., y todo
me enajenó de modo...,
que hubiera dado por tu amor la vida,
aun no siendo mi vida tan cuitada...
—¡Ay! ¡Tú, prenda adorada,
no te has visto dormida!

¡Nunca tan hechicera
me pareció tu angélica hermosura!
¡Nunca tan noble y celestial!... Y era
que el amor le prestaba su dulzura...;
¡era que amabas por la vez primera!—
¡Oh, tú me amabas, sí! Tardes serenas
de soledad conmigo te fingías:
noches de encanto y de misterio llenas,
y allá lejanos, bonancibles días,
en que contarnos las pasadas penas.
Libres éramos ya como las aves,
libres como los céfiros suaves,
como las amapolas en los trigos,
y ni parientes, ni tutores graves
eran fieros testigos,
de nuestras expansiones enemigos.
Ya podíamos vernos
en mis pupilas tú, yo en tus pupilas,
y ahogar suspiros con suspiros tiernos,
y luego en dulces pláticas tranquilas
pasar instantes de ilusión eternos.
Y ya eran frutos las primeras flores;
ó bien de nuestro amor nuevos cariños
brotaban cual capullos seductores:

ó, por mejor decir, nuestros amores
se convertían en alegres niños...

. . . .

Y á todo esto dormías;
y dormías tan quieta y hondamente,
que una rosa marchita parecías.

Tal soñaste....: y, en tanto,
la tarde deslizándose había ido
por la triste pendiente
de la sombra, el silencio y el olvido.
Y su velo tupido
tendía ya la noche; y el ambiente
agitaba sus alas bienhechoras...,
mientras que murmuraba más sonoras
sus quejas melancólicas la fuente.—

Entonces *desperté... Ya era de día.*—
Tu sueño recordé...—Mas ¿dónde estabas?
¿Dónde, mi bien, que ya no te veía?...
—¡Ay, desdichado! *¡Yo era el que dormía,
y yo era el que soñaba que soñabas!*

AYER Y HOY

EN EL ÁLBUM DE LA CONDESA DE FUENRUBIA
HIJA DEL MARQUÉS DE BENALÚA DE GUADIX

¿Á quién le pides versos? ¿Al tímido poeta
que, de sus quince abriles en el risueño albor,
al pie del alta cima del cándido Veleta,
feliz cuanto ignorado, cantó el primer amor,

ó al vate cortesano, político incipiente,
señor de una rüina que fué su corazón,
que, en baile aristocrático, ceremoniosamente,
bailó, gentil Condesa, contigo un rigodón?

¿Á quién le pides versos? ¿Á aquel rústico niño
que, en pastoril zampoña, temblando de inquietud,
cantó el cielo, y las flores, y el maternal cariño,
y de la edad pasada la clásica virtud,

ó al grave publicista que baila y filosofa,
vestido de etiqueta como un simple mortal;
que del dolor se olvida y del placer se mofa,
y estudia en los amores problemas de moral?—

Si es al campestre bardo, sabrás que á la otra orilla
del río que el pie besa de su ciudad natal,
reclínase indolente tu solariega villa,
nombrada hoy *Benalúa*, y enantes *Ben-al-guad.*

(Quien dice «*Benalúa*, ha dicho «*Hija del Río*»;
pues *río* es GUAD en árabe; *el,* AL; é *hija,* BEN.
—No olvides este dato, descubrimiento mío,
y aclámame académico, si te parece bien.)

Decíate, señora (ó bien decir quería),
que, en los hermosos años de mi pasado abril,
soñaba ya contigo mi joven fantasía
en las amenas márgenes del plácido *Guadix.*

En tanto que allí humilde la multitud villana
me hablaba de su ausente, magnífico señor,
forjaba yo á mi antojo la bella castellana
que aquí compartiría su nombre y su esplendor.

Consorte ó *fija* suya, quién fueses ignoraba;
mas ser y forma y nombre en mi ilusión te dí.
Feudo al señor la villa solícita pagaba...
¡Yo en mis canciones feudo te tributaba á ti!

Y en ti, sin conocerte, la espléndida poesía
cifraba de la Corte mi ardiente inspiración,
y todas las novelas y cuentos que leía,
en ti los encarnaban mis sueños de ambición.

Y tú para mí fuiste la altiva castellana
cantada por Zorrilla, Walter Scott y Ossián;
la reina, la cautiva, la monja, la sultana...;
¡y yo me entristecía de no ser... ni sultán!—

¡Oh!... ¡si en aquellos tiempos, gentil señora mía,
mostrado te me hubieras en tu feudal mansión,
y oir de mis cantares la tierna melodía
hubieras deseado, al pie de tu balcón!...

¡Oh Dios! ¡Qué trova entonces mi lira diera al viento!
¡Cuán dulce y regalado sonara mi laúd!
¡Qué versos te diría!...—Mas hoy (mucho lo siento)
recuerdo en triste prosa mi ausente juventud.

Hoy soy un cortesano, político incipiente,
que casi se avergüenza del joven en cuestión...
¡Hoy... con la sombra aquella que imaginó mi mente
me he visto mano á mano bailando un rigodón!—

No esperes, pues, señora, suavísimos cantares
del arpa arrinconada de un trovador de frac:
espera, sí, requiebros y flores á millares...,
en cuanto lo permita *la buena sociedad.*—

Tú eres hermosa y pura, discreta y elegante,
y afable, y distinguida, y atenta, y *comm'il faut*,
y el ideal realizas de la ilusión brillante
que en los paternos bosques mi alma idolatró.

Sí, sí; tú eres, cual fuiste para el poeta un día,
la musa, la sultana, la náyade, la hurí...—
¡Yo soy el desdichado! ¡Yo soy, dulce María,
quien no se reconoce..., al conocerte á ti!

1863.

HISTORIA INVEROSÍMIL

Leves los años pasarán, Marquesa...—
¡Vaya si pasarán!... ¡Pasaron tantos!—
¡Fría ceniza, pálida pavesa,
pronto serán del alma los encantos:
las alegrías, llantos;
los palacios, rüinas;
fétido polvo los soberbios reyes;
momias las madres, tías las sobrinas,
y licenciados los que estudian Leyes!—
Tal es, Marquesa, de la triste vida
la suerte universal... Tal es, Marquesa,
la vida del amor..., y convencida
vas á quedar de que tu suerte es esa.
Para tamaña empresa
no he menester históricas verdades,
ni mayor ó menor filosofía...:—
que, en asuntos de amor y de poesía,
se prueba mucho más con falsedades.—
Con falsedades probaré la nada
de todo humano afecto; y un apólogo

te dirá, inocentísima coqueta,
que Dios es Dios, Mahoma su profeta,
y el amor humo vano...—Fin del prólogo.

Amaba una laguna
á la inocente luna:
el astro aparecía,
y el agua sonreía;
y la luz y la onda se besaban;
y la onda en la luz se embebecía,
y unidas á la orilla caminaban.
Al despuntar la aurora
se iba la luna, y el amante lago,
gimiendo hora tras hora,
alzaba al cielo su sollozo vago,
ó, ronco y turbulento,
lanzaba gritos de dolor al viento.—
En coloquios de amor, plácidamente,
pasó el cuarto *creciente*,
ó la *luna de miel*, que alguien diría;
pero llegó el *menguante*,
y la luna inconstante...
(perdona si la ofendo, prenda mía)
rayaba en el Oriente,
cada vez más hermosa y transparente...,
¡ay, sí; pero más tarde cada día!
Y era que la *paloma del misterio*
(como dijera en tiempo de mis tíos
algún poeta melenudo y serio)
se había aficionado á otro hemisferio
rico en lagunas, abundante en ríos.
Y allí, jugueteando,

sus luces en mil aguas repartía,
lisonjeros cristales contemplando,
y á veces perezosa se dormía
de arroyo adulador al eco blando...
—*Et c'est pour ça* que el argentado coche
de la mudable ninfa,
llegaba al margen de la inquieta linfa
más tarde cada noche.

Crüel he sido acaso,
crüel y hasta indiscreto
(dicho sea de paso),
de una deidad contándote el secreto...
Pero sabe que yo y la blanca luna
(la blanca luna y yo fuera más culto)
tenemos muchas cuentas atrasadas,
pues su luz apacible y amorosa
me ha jugado también *malas pasadas,*
como suele decirse... hablando en prosa.
¡Tiernas memorias y rencor oculto
despiertan en mi pecho sus miradas,
y el recuerdo insepulto
evocan de venturas malogradas!—
¡La luna! ¡Cuántas veces mi deseo
aduló lisonjera,
fingiendo al alma en dulce devaneo
dichas que huyeron cual fugaz quimera!
¡Oh! ¡Cuántas, cuántas alumbró tranquila
mi plácida ilusión, rielando ardiente
de una mujer amante en la pupila,
y después, con qué muda indiferencia
alumbró su callada sepultura,
dejándome á la luna de Valencia!—

(Hermosa, ten paciencia
si, por hablar de mí, dejé mi historia;
pero mi pobre y destemplada lira
tan pronto toca á muerto como á gloria;
ora ríe, ora canta, ora suspira;
y, como digo en la dedicatoria,
suspiro, risa y canto son mentira.)—

Conque vuelvo á mi cuento.—
El astro macilento
aún acudía á sus amantes citas;
¡ay!; pero cada noche eran más tarde,
y, por tanto, más cortas sus visitas.—
(¡Aprended, señoritas!)—
Ya el sombrío oleaje
no alcanzaban sus cándidos reflejos:
sólo la fimbria de nevado encaje
de su púdica veste
veíase á lo lejos
en el confín de la región celeste.—
¡Ay, soñados amores!
¡Ay, cuitada laguna!
—Así, flotando en duda y esperanza,
pasó una noche y otra: llegó una
en que no vió brillar en lontananza
la pura faz de la menguada luna,
y, en noche oscura, lóbregas las olas,
velaron tristes, con su pena á solas.—

«*Nadie muere de amores...*»
(dicen de nuestro siglo los doctores).
Mas, cuando bien se quiere,

muere el alma de amor,—ó el amor muere;—
¡y debe ser incómodo, por cierto,
llevar siempre en el alma un amor muerto!—

El tiempo (ave sin nombre,
Que huye espantada al respirar el hombre...
—tal diría un cantor grandilocuente—),
con su presencia impía,
hizo llorar tres veces á la aurora...
(¡oh pájaro inclemente!),
y otras tres apagó la luz del día.
Era esa dulce, bendecida hora,
que presagia el ocaso de la vida,
en que muere la flor, el cielo llora,
y se queja la selva estremecida...:
la hora de los recuerdos inmortales,
de los vagos anhelos infinitos,
en que se alzan, cual ecos funerales,
de las ruinas del alma extraños gritos...
Era la tarde, en fin.—La luna nueva
brilló en el cielo, y los amantes ojos
dirigió á la laguna;
mas sólo un valle de aridez y abrojos
encontró en su lugar la nueva luna...—

¡El lago abandonado,
á fuerza de llorar..., se había secado!

UNA FLOR MENOS

Á la orilla de plácido arroyuelo,
que en sus cristales nítidos retrata
el verde margen y el tranquilo cielo...
—lengua armoniosa de fulgente plata,
que siempre está contando sin recelo
de aquella soledad la vida grata,—
cierta noche clarísima y serena
brotó una melancólica azucena.

Esto pasó en *Abril.*—El sol de *Mayo*
miróla ya, formada y entreabierta,
beber ansiosa el matutino rayo,
cual alma joven que al amor despierta...
Y ya las brisas, con falaz desmayo,
de su fragancia virgen, leve, incierta,
los primeros efluvios le robaban...,
¡que con frías lisonjas le pagaban!

En *Junio*, la magnífica azucena,
sultana favorita entre las flores,
gala y encanto de la orilla amena,
hechizo de los céfiros traidores,

ya prodigaba, de ufanía llena,
al aire... sus balsámicos olores,
su candidez... al sol, su risa... al cielo,
y su imagen... al lúbrico arroyuelo.

Y, en pago, la besaba el sol ardiente;
suspirando halagábala la brisa;
requiebros le decía la corriente
que á sus pies deslizábase sumisa;
las aves la cantaban tiernamente,
y aplacíase el cielo en su sonrisa...:
mas la luna (tal vez por experiencia)
velaba sin sosiego su inocencia.

Una tarde de *Julio*, en que su velo
el crepúsculo al cabo recogía,
sin que por ello levantase el vuelo
el aura que en los árboles dormía;
al extinguirse en el confín del cielo
la postrimera claridad del día,
dobló la flor su frente nacarada,
pensando... ¿en qué?—Seguramente en nada.—

Y no porque era flor:—que una doncella
tampoco suele meditar gran cosa
cuando está enamorada y es muy bella.—
Dobló, pues, la cerviz la flor hermosa,
y durmió, ó no durmió... ¡Sábelo ella!
Yo diré que yacía silenciosa,
cuando poco después de media noche
la despertó de su letargo... ¡un coche!—

Era el carro de plata de la luna;
la cual aparecía por Oriente,
como hermosa duquesa que á la una
regresa del teatro muellemente.
—Un trovador (acaso sin fortuna)
alzó en esto su cántico doliente...—
¡Era aquel ruiseñor que siempre canta
cuando la tarda luna se levanta!—

¡Noche temible!—Suspiraba el viento...;
hablaba el cielo amor...; besos de llama
se enviaban allá en el firmamento
las remotas estrellas...; no había rama,
ni flor, ni ser, ni piedra, ni elemento,
madriguera, cubil, nido ni cama,
que amor..., eterno amor no respirase,
amando cada cual según su clase.

¡Cómo temblaba la azucena pura!
Su lánguida cabeza reclinaba
sobre otra flor de espléndida blancura...;
el aura leve apenas les tocaba...:
la luna, deteniéndose en la altura,
besos de claridad les enviaba,
y el ruiseñor trinando les decía:
«¡Amad..., amad..., que aún falta mucho al día!»—

¡Noche estrellada! ¡bendecida hora!
¡lágrimas que envidioso el firmamento
sobre esas flores que se abrazan llora!
¡exhalaciones que cruzáis el viento!
¡espíritus que el céfiro atesora!
¡calor, perfume, plática ó aliento

que de esas azucenas se desprende!...
¡misterios de su amor!... ¿quién os comprende?—

Al otro día... *¡Agosto* principiaba!—
Amaneció... Y el sol (que de las flores
á castigar los vicios empezaba,
fulminando sus rayos destructores
sobre las *femeninas* que encontraba
faltas de sueño y pálidas de amores)
vió mustia y ojerosa á la azucena,
y de un flechazo la tendió en la arena.—

¡Mísera flor! ¡Cuán breve fué su historia!
—¡Y cuán pronto olvidada!—¡Ni la luna,
ni el sol, ni el viento, guardan su memoria!...—
Pero, en verdad, razón no encuentro alguna
para que guarden tan común historia...
Si ayer murió una flor, ó más de una,
hoy los prados de flores están llenos...—
¿Qué importa una flor más ó una flor menos?

Que fué muy bella..., porque Dios la hizo...—
¡Gloria es esa de Dios, pero no de ella!—
Que amó, y que alguno le robó su hechizo...—
¡Esto es frecuente en la que nace bella!—
Que el sol, furioso, entonces la deshizo...—
¡Muera así toda impúdica doncella!—
Que el *otro* está por *otra* moribundo...—
Y que haya un *caso* más, ¿qué importa al mundo?

EL CUERPO Y EL ALMA

IMITACIÓN DE CIERTOS POEMISTAS AL USO

I

Amaba un Capitán de Cazadores
á la incurable tísica Dolores:
él parecía un San Cristóbal, y ella
una Virgen de *Giotto*, flaca y bella.

Llegado había y transcurrido el plazo
en que unirlos debiera santo lazo;
y, en vez de ir al altar, iba la hermosa,
con su madre y su novio, á Panticosa.

¡Desdichada! Las veinte primaveras,
no con alegres rosas hechiceras
retrataba el Amor en sus mejillas,
mas con lúgubres rosas amarillas.

La descarnada tabla de su pecho,
como la tapa de ataúd estrecho,
su ardiente corazón ya comprimía...;
¡y aún soñaba la joven! ¡aún reía!

La madre y el amante, ¡oh cuadro horrendo!,
del porvenir le hablaban sonriendo;
y ella, ignorante de que estaba muerta,
tomaba la ficción por dicha cierta.

II

Como fúnebre carro, ya de España
ganaba el coche la postrer montaña,
y á lo lejos se vía, entre la nieve,
de Panticosa el horizonte breve.

El recio Capitán de Cazadores
clavó entonces sus ojos en Dolores;
y los dos se miraron de tal suerte,
que el Amor hizo escarnio de la Muerte...—

Aquel angosto y frígido paraje,
término no era sólo de un viaje...
¡También pudiera serlo de una vida,
ó del amor la tierra prometida!

¡Allí estaba el Hotel de cien ventanas
en que vivir pensaban tres semanas!...
¡melancólico Hotel, inútil puerto,
en donde tantos náufragos han muerto!

¡Allí estaba el Hotel, en que á otro día
la del número quince moriría!...
—¡Ay, triste Capitán de Cazadores,
no tomes ese número á Dolores!

III

Se lo tomó...—Y allí, como perfume
que en devorantes ascuas se consume,
ó como flor tronchada por el viento,
Dolores exhaló su último aliento.

Murió, sí;—y, al morir, la desgraciada
bendijo de su amante la mirada...
¡la funesta mirada del camino!...,
y envidió de otras hembras el destino...—

¡Así acabó, sin principiar, la historia
de una posible madre, que esté en gloria!
¡Así tuvieron que enterrar con palma
un cuerpo que no pudo con su alma!—

¡Qué diferencia entre esta pobre tísica
y el amplio alarde de opulencia física
de aquellas mocetonas de alquiler
que vienen *á criar* de Santander!

UN MORISCO DE AHORA

Insomne y soñoliento; con bufanda
(recuerdo del turbante) en el estío;
ajeno su magnánimo desvío
del siglo á la ruidosa propaganda;

adversario pasivo del que manda,
y absoluto señor de su albedrío;
Sultán, en fin, sin éxtasis ni hastío,
de las mozuelas con que á vueltas anda...

Tal, en Madrid, el último almohade
pasa por el rosario de la vida
horas indiferentes grano á grano...—

¿Qué quiere?—Nada quiere. Sólo añade
tinieblas á una crónica perdida,
oculto bajo un nombre castellano.

VASALLAJE

En el callado abismo de tus oscuros ojos,
en el fatal misterio de tu serena tez,
en la sonrisa triste que cela tus antojos,
y en esa que te envuelve, como un velo de enojos,
sombría cabellera, más negra que la pez,

en tan augustos signos y egregios caracteres,
no bien pasé á tu lado, tu alcurnia conocí;
y, aunque en Madrid *marquesa* de los cristianos eres,
por reina de las turcas y arábigas mujeres
te proclamé, diciendo:—*Quaddach ma chuf-tek chi* [1].—

¡Bendiga Allah, señora, tus íntimos secretos!—
Yo soy un noble moro debajo de este frac;
y, á fuer de moro y noble, te ofrezco mis respetos;
pues tú, como otras gentes de que ambos somos nietos,—
aunque mujer, hoy reinas por el favor de Allah.—

Quien diga que profesas la fe de Jesucristo;
quien dude de que guardas las llaves de Stambul;
quien niegue tu linaje, de moro y turco mixto;
¡aquese desgraciado sin duda que no ha visto
brillar tus negros ojos detrás de un velo azul!

[1] ¡Cuánto tiempo he pasado sin verte!

Aquese no ha seguido tu imagen hechicera
las tardes de verano, como la sigo yo,
cuando, encogida y muda, cual lánguida pantera,
dormitas en el fondo de asiática litera...,
que hoy llaman estos perros cristianos *un landó*.

Aquese no ha entrevisto la gloria musulmana;
aquese no codicia los besos de una hurí,
ni, vuelto hacia el Oriente, rezó por la mañana,
y alzó luego su tienda, y en larga caravana
cruzó el ancho desierto soñando siempre en ti.

¡Soñando en el abismo de tus oscuros ojos!
¡Soñando en el misterio de tu serena tez!
¡Soñando en la sonrisa que cela tus antojos,
y en esa que te envuelve, como un velo de enojos,
sombría cabellera más negra que la pez!

———

EL CIGARRO

(Á D. ÁNGEL MARÍA CHACÓN)

¡Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida
que arde, muere; muere, y en seguida
tiro la punta, bárrenla, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y resulta en la partida
un cadáver.—El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que arderá después..., su loco anhelo.

¡Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyo lanza;
pero el aroma... piérdese en el cielo!

MÁLAGA, 1854.

CARTA

AL SR. D. GREGORIO CRUZADA VILLAAMIL

No á la orilla del agua (pues sospecho
que este el origen fué de las tercianas),
!oh caro Villaamil, mi carta fecho,—

aunque sé que las Musas castellanas
despachan el correo comúnmente
á la margen de un río... (¡y no son ranas!).

Féchola, sí, á catorce del corriente,
en la *Vega de Pas*... (y no en la vega,
sino en mi casa, de la vega enfrente).

—Lánguido el Pas las hortalizas riega
que cultiva, y se come á dos carrillos,
la famosa en Madrid hembra pasiega.

Viérasla aquí, entre chotos y novillos,
arar, sembrar, coger..., ¡siempre á la espalda
el cuévano cargado de chiquillos!...;

ó bailando en los campos de esmeralda,
los domingos y fiestas la hallarías,
con las trenzas más largas que la falda,

recios los huesos, las miradas frías
y rebosando del corpiño el pecho,
rica promesa de robustas crías...—

Mas, ¡oh cálculo vil!..., sólo provecho
buscando en el amor, franco de porte
abren á estos gaznápiros el lecho;

¡y, sin que el hijo luego les importe,
anuncian *leche fresca* en el Diario
á las bellas *madrastras* de la Corte!

—Pero ¿adónde mi humor atrabiliario
me lleva ya?...—Perdona, amigo mío,
las digresiones de mi estilo vario...

Te hablaba de estos campos y este río,
do, de rocas y selvas sombreado,
eterna primavera es el estío.

Flores esmaltan el verdor del prado,
que el rudo monte con su planta oprime;
mécese el aire puro y regalado...,

y allá, á la tarde, cuando todo gime,
los pájaros, el agua, el bosque, el viento,
alzan á Dios un cántico sublime.

Entonces ¡ay! su rayo macilento
manda á la tierra, donde triste moras,
la luna desde el alto firmamento...

¡Si amor sentiste ó desengaños lloras,
probado habrás la religiosa pena
que acude al alma en tan solemnes horas!

Aquella luz fantástica y serena
reflejo es de la dicha malograda
que el corazón con sus memorias llena...—

Pero poco te importan, y á mí nada,
mi antigua fe ni la beldad que lloro...—
Conque hablemos un poco de Granada.

—Verte me finjo del Imperio moro
la historia descifrar, que sus rüinas
guardan en letras de carmín y oro...

¡Aún, de Alepo y Damasco peregrinas,
llegan las bendiciones del Profeta
en las alas de fieles golondrinas!...

¡Aún oirás, en tus sueños de poeta,
de Boabdil el patético suspiro
resonar en la cumbre del Veleta!

Silencioso y extático te miro
frente á esa sierra en que rodó mi cuna...,
¡de mi paterno hogar santo retiro!...

Ahí, contemplando la ciudad moruna,
mientras yo busco aquí la luna entera,
buscando estarás tu la *Media Luna*...—

Que así los dos de nuestra edad primera
la fe empleamos y el afán de gloria
en perseguir quimera tras quimera...

Y así, en los brazos de la madre Historia,
ó de la tierra en el regazo amante,
sin esperanza tú, yo sin memoria,

solos y ajenos al presente instante,
corremos lo futuro y lo pasado,
tú mirando hacia atrás, yo hacia adelante.

—¡Ah!... ¿Por qué? ¿Ni á la Patria ni al Estado
(que sinónimos fueron algún día)
falta hace un hijo, un mártir, un soldado?

Méjico, Gibraltar, la raza impía
que, afrentando la sombra de Cisneros,
con júbilo cruel nos desafía,

¿será que siempre nos aguardan fieros
sin que salten ¡oh Dios! á la venganza
trémulos de la vaina los aceros?—

¡Creyendo voy que sí..., y aun se me alcanza
que hacemos como sabios, pues vivimos,
yo sin memoria, tú sin esperanza!—

También nosotros nuestro tiempo hubimos
de falaz ilusión... (¿quién dijo miedo?),
¡y acaso el mundo estremecer quisimos!

¡Con qué afición y militar denuedo
el manejo aprendimos y los trances
de las viejas espadas de Toledo!

¡Cuántos soñados y posibles lances!
¡Cuántos héroes trocados en *molinos!*
¡Qué ocasión de epopeyas y romances!

—Pasaron ¡ay! los sueños peregrinos
de tan noble ambición..., y halló la mente
de otra ambición los cálculos mezquinos.

¿Qué mucho, pues, que, en ocio indiferente,
los que nacimos ó temprano ó tarde
seamos extraños á la edad presente?

—¡Extraños, sí! Ya el fuego aquel no arde
que arrojó al Español á altas empresas:
flaco yace el León, viejo y cobarde;

y ni ruegos, ni golpes, ni promesas
harán que brote la extinguida llama
del perdido entusiasmo en las pavesas.—

¡Oh! ¡Quién nos diera de la antigua fama
digno un lugar, en que la estéril vida
rendir en feudo á *Patria, Dios y Dama!*

¡Quién el desierto de la edad perdida
poblar pudiera de esforzados hechos,
dignos de un alma á batallar nacida!...

La fe, el honor, la patria, los derechos
del débil contra el pérfido tirano,
siempre animaron juveniles pechos...

¡Oh..., sí!... La cruz del Héroe valenciano,
ó de JAVIER el báculo bendito,
empuñar: al hidalgo lusitano

seguir, cuando en el piélago infinito
demarcaba del África el lindero;
ó, respondiendo al angustioso grito

de Italia ó de Polonia, allí, el primero,
pelear y morir..., ¡propio sería
de un español cristiano y caballero!...—

¡Y, si esto no es de moda ya en el día,
fuérame igual, para llenar el hueco
de mi existencia pálida y vacía,

dejar el mar Mediterráneo seco,
ó subirme á las barbas del dios Marte
por el cañón de un telescopio sueco!...—

Pero ¡inútil afán! ¡Aun para alzarte
de nuestro siglo á la altitud mezquina,
debes ir con la música á otra parte!

Vuelve los ojos: la muralla china
rompiendo están los héroes de Crimea:
en África el Francés entra y domina:

sangre de los cristianos, que aun humea,
ya lavó con la suya el Agareno,
tras inútil y bárbara pelea [1]:

los rudos Andes, que corona el trueno,
paso presto darán á los rivales
mares sin fin citados en su seno:

de Asia y Libia los lazos perennales
rotos antes serán, que ya impaciente
gime la nave opresa entre arenales...:

y hoy..., salvando del mar la voz rugiente...,
bajo sus olas mil..., ¡el grito humano
pasa del uno al otro Continente!—

¡Vencido está el indómito Oceano!
¡La vela y el vapor su frente hirieron:
su corazón el fuego soberano!

—Entretanto, Cruzada, los que vieron
virgen aparecer ante su vista
aquel mundo que imbéciles perdieron,

[1] A la sazón castigaba Francia las agresiones de los islamitas contra los cristianos del Líbano.

no aspiran á más gloria ni conquista
que saber (la cuestión es de importancia)
¡si el Conde [1] es moderado ó progresista!

Y no habrá ni negocio, ni ganancia,
ni honor, ni dicha, que urja como eso:
¡que se hunda el mundo, que nos coma Francia,

los debates del próximo Congreso
serán... sobre qué dió más gusto á Roma,
si esa *Moderación* ó ese *Progreso!*

—¡Oh fe del alma, mística paloma,
que en torno de la mente del poeta
nubes agitas de impalpable aroma!...,

¿qué restará de ti cuando te meta
(pues todos á la postre nos cansamos)
en tu jaula á ganar una peseta?—

¡Famoso porvenir! ¡Los que abrigamos
tan altiva ambición, al fin vendremos
siervos á ser de semejantes amos!...—

¡Deliremos, Gregorio, deliremos,
emigrando á la Historia, ó en el arte
dando á nuestra pasión goces supremos!...—

¡Tú en Granada feliz! Ahí su estandarte
clavó la ilustre Reina de Castilla,
del moro en el hundido baluarte....

[1] O'Donnell, Conde de Lucena.

Ahí verás la primera maravilla
de la rica oriental arquitectura...
Ahí verás..., ahí verás... (*Véase* ZORRILLA.)

—Las de ojos negros y gentil cintura
te recomiendo yo, pálidas diosas...
(transposición se llama esta figura):

¡hijas del cielo, del Profeta esposas,
aman desde el nacer á quien las mira,
como desde el nacer huelen las rosas!

Poesía es el amor (mas no mentira)
en ese viejo Edén, donde aún no es raro
antes del Sacramento ver la *Egira;*

donde puedes pasar la noche en claro,
recibiendo de un labio balbuciente
dulces promesas en tu labio avaro,

y donde nace la española ardiente
que vió á sus plantas la imperial corona,
¡ó á la que vence al vencedor de Oriente!

—¡Ah! Goza, triunfa, de galán blasona,
admira, estudia, alégrate, y olvida
la política vil en esa zona;

mientras que yo, cansado de la vida,
consumido de tedio y de pereza,
yazgo, como Reinaldo en los de Armida,
en brazos de mi fiel Naturaleza.

Septiembre de 1858.

¿LLORAMOS Ó REIMOS?

(LEÍDA EN EL LICEO DE GRANADA)

No quiera el Cielo,—ilustre bisabuelo
de las célebres hijas de Granada
(las cuales son, si no del todo hielo,
nietas de la gentil Sierra-Nevada),—
que de mi alma el importuno duelo
figure en este cántico por nada...—
¿Para qué? ¡Ya el dolor no está de moda,
y llora cada cual su pena toda!

Antaño, las beldades granadinas
se bañaban en llanto de poetas,
y lágrimas de amor (¡oh perlas finas!)
derramaban tal vez las más discretas.—
¡Hoy han sonado aquí trovas divinas,
tiernos suspiros de ánimas inquietas,
y no os he visto al genio dar consuelos,
ni aun siquiera alargarle los pañuelos!

Por la inversa; al oirle sus dolores
ha poco relatar llorando á mares,
¡señoras!, en sus mismos sinsabores

hais hallado el mejor quitapesares.
Cuanto penaban más los trovadores,
más placer os causaban sus cantares;
de donde yo colijo, ¡oh suerte negra!,
que dudáis de su mal, ó que os alegra.—

Amar, llorar, cantar...; ¡verbos augustos!
¡sublimes afecciones abolidas!—
La nueva sociedad tiene otros gustos...
—¡Así también tuviera un salvavidas!—
Mas no lo tiene; y vemos, entre sustos,
que hay ya menos poetas que suicidas,
y que al triste que cae bajo la rueda,
todos le dicen: *¡Sálvese el que pueda!*

¡Amar, llorar, cantar!—Decid: ¿no es cierto
que estos verbos son ya tan de mal tono,
que nadie los conjuga en el desierto
del siglo del Señor décimonono?—
¿Será verdad que la poesía ha muerto?—
¡Dios la perdone!—¡Yo no la perdono!...
Yo hago más: yo la abrazo y la bendigo,
me declaro su cómplice, y la sigo.

La sigo hasta el cadalso ó el destierro;
parto su proscripción; sufro su insulto:
si presa está, en mi corazón la encierro;
si está muerta, en mi alma la sepulto.—
Mas no temáis que aquí cometa el yerro
de tributar á esa infelice culto...
¡He dicho que el dolor no está de moda,
y guardo para mí mi pena toda!—

Pero, ya que no llore los reveses
de las ínclitas Letras sin fortuna,
tolerad que con fórmulas corteses
salude esta poética tribuna,
donde hace ya diez años y unos meses
tuvo mi vida literaria cuna,
y donde, como dicen los Autores,
«¡mis primeros canté dulces amores!»—

Fueron muchas mañanas como ésta...—
¡Oh juventud hermosa!...—¡Conmovido
pulsaba yo mi cítara modesta,
y el aplauso primer sonó en mi oído!—
¿Dónde están ya las reinas de la fiesta?
¿Dónde tanto cantor enardecido?—
Algunos me oyen en silencio mudo...
Á los muertos y ausentes... los saludo!

Aquí de *Andreu* dominó el consejo:
Moreno Nieto habló: su triste canto
alzó *Soler:* con singular gracejo
leyó *Palacio:* del concurso encanto
fué el docto *Ivón*, y de la historia espejo
González, el poeta de Lepanto;
y lucieron *Bedmar*, *Paso* y *García*,
y *Salvador*,—que trova todavía.

Aquí, desde esta cátedra, á las puertas
de la gloria mortal llamé confuso;
aquí me oyeron diosas inexpertas,
que luego se casaron, como es uso;
aquí me oyeron *vivas* que hoy son *muertas*.
feas cuyo rostro el interés compuso,

é infinidad de niñas candorosas
que empiezan á no serlo... y á otras cosas.

Y aquí, en fin, me escuchaba yo á mí mismo;
yo, que mi voz ya extraño si la escucho;
yo, que del tiempo en el profundo abismo,
para escapar con alma, dejé mucho;
yo, que, sin realizar el idealismo
de mi ambición de gloria, lucho y lucho...,
mientras mis camaradas de la infancia
son ya... ¡hasta Jueces de primera instancia!

. . . .

Concluyo.—¡No murió la poesía;
como no muere Dios cuando le niegan!
¡Aún hay almas sedientas de armonía
que al sentimiento plácidas se entregan!...
Verdad es que, por culto á la ironía,
su semblante las lágrimas no riegan...—
Mas ¿quién sabe si el mismo que así escribe,
dentro del corazón tendrá un aljibe?

GRANADA, 28 de Mayo de 1864.

EN EL ÁLBUM DE CONSUELO

Sé que ya tienes la edad
que previene el reglamento:
sé que te adornan talento,
gracia, inocencia y bondad:
sé que eres una beldad;
que son tus ojos de cielo;
que es como el oro tu pelo,
y tu faz de rosicler...—
¡Sólo me falta saber
por qué te llaman *Consuelo!*

SEGUIDILLA MANCHEGA

PARA GUITARRA

Ayer te he visto en cuerpo:
¡qué cuerpo tienes!
Ayer te vi en el baile...
¡cómo te mueves!—
¡Es una burla
que haya en cuerpo tan pícaro
alma tan pura!

DE LA MANO Á LA BOCA

¡Lloras! ¡Callas! ¡Tu mano
tiembla en las mías!...—
¡Qué pura y que süave!...
¡Dios la bendiga!
¡Déjame, hermosa,
que esta mano de nácar
lleve á mi boca!—

¡Oh, qué tierna! ¡Qué rica!...
¡Parece raso!—
¿Qué serán tus mejillas,
si así es tu mano?
¡Serán dos rosas!...—
¡Dos rosas son!...—¡Dios mío!
Pues ¿y tu boca?...—

Pero ¿por qué me huyes?...—
¡Ahora te alejas,
cuando ardiendo en tus labios
mi alma te llevas!...—
¡Traidora! ¡Ingrata!
¡Devuélveme mi beso!
¡Dame mi alma!

PROFECÍA

«Los bellos días de Aranjuez pasaron.»
(SCHILLER.)

Noches vendrán cuya quietud grandiosa
no turbaremos ya... ¡Noches de olvido!
Sólo la blanca luna silenciosa
sabrá lo que yo siento y tú has sentido.
Y, al ver mi nombre en funeraria losa,
y en otra ¡ay, Dios! tu nombre fementido,
nadie sospechará que *aquel finado*
vivió de *aquella muerta* enamorado.

Pero la luna, al reflejar su rayo
de nuestras tumbas en el mármol frío,
las tardes ¡ay! recordará de Mayo
en que tu nombre, unido con el mío,
extendieron con plácido desmayo
las brisas por las márgenes de un río....
Y la luna dirá:—«Jóvenes fueron:
»él la amó demasiado...., y se murieron.»

1862

NUEVOS DATOS

PARA LA HISTORIA DE UNOS AMORES CÉLEBRES

Lucía era tiple,
y Edgardo tenor:
lo cual ignoraba
Sir Walter Scott.

AL VOLVER UNA ESQUINA

DRAMA EN UN ACTO

—¿Tienes el alma, niña,
como la cara?
—Yo, señor caballero,
no tengo alma.

(La Policía interrumpe el diálogo.)

AMOR ETERNO

¡Carta tuya!...—¡Oh bondad!—¡Y en ella leo
que *te acuerdas de mí!*...—¡Pues ya lo creo!
¿Cómo olvidar al que te quiso bien,
y siempre dijo *Amén* á tu deseo,
y luego á tus perjurios dijo *Amén*?—

Dices que *me amas menos*, vida mía...—
¿Lo ves? ¡El tiempo calma las pasiones!—
En cambio..., sigue *el mismo* todavía
aquel mi amor sin celos ni ilusiones,
que tan *glacial* ayer te parecía.—

No me lo dices tú; pero me han dicho
que tienes otro *amor*...—Seré sincero:
¡no eres de eso capaz!—Por lo que infiero
que tu *segundo amor* será un capricho...
que pasará, como pasó el *primero*.

Y un estúpido déspota sería
quien te impusiese el título de esposa,
por vincular tu voluntad un día...—
¡Los que te quieran ver siempre dichosa,
déjente en libertad..., como yo hacía!—

Tú eres, mi bien (aunque de poco busto),
demasiada mujer para un mortal;
y el que tratase de *fijar* tu gusto,
dormiría en el lecho de... Procusto,
¡incómodo, á mi ver, para nupcial!

¡Por eso no te amé *cuanto pedías*,
ni tú me quieres ya *cuanto pensabas*;
y por eso repito, aunque te rías,
que, si mañana con *el otro* acabas,
en mí tienes... *al mismo* que tenías!

¡Eres tan linda!... ¡Y aunque no lo fueras!...
¡Eres tan dulce, plácida y graciosa,
que, hagas, digas ó pienses lo que quieras,
nunca te faltará este amor *en prosa*...
que no creyó en tus lágrimas primeras!

¡Necio, pues, será el hombre que te aflija
(á ti, tan fácil, tierna y cariñosa),
ó con rostro de juez cuentas te exija!...—
¡Tú dar cuentas de amor! ¡Tú cuentas, hija!...—
¡No pienses nunca en semejante cosa!—

Conque más no te ocurra ya quejarte
de mi tibieza y lentitud de ayer;
pues, si hubiera yo dado en adorarte...,
hoy, que vas con la música á otra parte,
me vería...—¡figúrate, mujer!

¡Lágrimas de despecho y amargura
celoso... miserable derramara...,
y aún quizá te matase en mi locura!...—
Mientras que así..., ¡bendita sea tu cara!,
me hace gracia tu nueva travesura.—

Adiós.—Mil besos á tu faz rosada
y á tus ojos de luz....—Á tu alma..., ¡nada!
¡Nada á tu corazón!—Pero si ves
que está *el otro* delante y que se enfada...,
dale sólo mis besos á tus pies.

OTRO AMANECER

El gallo canta..., y la mañana impía
despierta con su luz á los humanos,
haciéndoles trocar delirios vanos
por el forzoso afán de un nuevo día.

Tornan, pues, á embestirles con porfía
la ambición y el amor, fieros tiranos,
los ímprobos trabajos cotidianos...,
la deuda, el jefe, el tedio, la manía...

Y, en tanto, al amador desposeído,
que en sueños compartía la almohada
con tal ó cual mujer que hubo querido,

el implacable día lo despierta
para hacerle mirar á su examada
vieja, monja, casada, loca ó muerta.

LA CITA SOÑADA

NOVELA EN VERSO, DEDICADA Á MI QUERIDO AMIGO
EL EXCMO. SR. D. RAMÓN CAMPOAMOR

El año mil y más después de Cristo,
cruzaba cierto monte un caballero
solo y sin servidumbre, mas provisto
de cuanto ha menester un pasajero:
armas, caballo, el equipaje listo,
juventud, buen humor, mucho dinero,
vino para la sed, y para el hambre
queso, pan, salazón y algún fiambre.

Llegado á un chorro de agua cristalina,
que entre adustos peñascos retozaba,
donde la sombra de gigante encina
fresca y verde la hierba conservaba,
sintió el joven que el aura matutina
la gana de almorzar le despertaba,
y, atando allí el caballo de la rienda,
extendió sobre el césped la merienda.

Sentado también él en aquel suelo,
al almuerzo principio dió en seguida,
sin más compaña que el callado cielo

y las propias memorias de su vida;
ora bebiendo el agua como hielo
de la pura corriente allí escondida,
ora de la amplia bota de camino
soberbios tragos de bermejo vino.

El sol en tanto por la azul esfera
su indiferente marcha proseguía,
trocando la mañana placentera
en sofocante caluroso día.
Á dormir convidaba la pradera,
y el sueño al caminante acometía...
Tendióse, pues, sobre la verde alfombra,
y de la encina se durmió á la sombra.—

Mirémosle dormir; y mientras duerme,
y su espíritu vuela hacia otra zona
(dejando allí olvidado el cuerpo inerme,
como al bridón el équite abandona),
la Musa de que suelo yo valerme
noticias nos dará de esta persona,
de su carácter, condición y estado,
y de su calidad, por de contado.—

Muy gallardo era el joven y arrogante;
bien que su juventud ya navegaba
de la santa niñez algo distante.
Treinta años contaría: se llamaba
don Luis de Peñaflor y de Escalante,
y era Marqués de Agrón y la Alcazaba,
huérfano, rico, militar, soltero,
pródigo, enamorado y pendenciero.

Y, pues la Musa todo lo adivina,
sépase, con perdón, que el tal viaje
era en busca de Inés la campesina,
hermosa como un sol, Venus salvaje,
que ovejas guarda en la heredad vecina...;
¡de Inés, que, tras indigno corretaje,
aquella noche, al precio de vil oro,
iba á venderle su mejor tesoro!

Entrado en tentación don Luis había
cierta mañana que con mucha gente
cruzaba el monte en son de cacería.
Madre venal y astuto confidente
ejercieron la infame tercería:
pagado estaba el crimen previamente:
la cita... era de Inés en la cabaña;
la hora..., al ponerse el sol tras la montaña.

Tiempo al joven quedábale sobrado
para dormir seis horas que quisiera,
y llegar al paraje concertado
antes que el sol sus rayos escondiera.
Á pierna suelta, pues, y sin cuidado
siguió durmiendo la mañana entera,
del agua esquiva al pertinaz murmullo
y de aves mil entre el amante arrullo.

Y (cosa natural en casos tales):
en tanto que el corcel, atado á un leño,
se aforraba de rústicos fresales,
el alma del Marqués, firme en su empeño,
perseguía sus propios ideales,
á las crines asida de un ensueño,

y, al hecho anticipándose, gozaba
la misma realidad que codiciaba.

Soñó, sí, que de Inés, puesta de hinojos,
los pudibundos ruegos desoía,
y que él, audaz, sonrojos á sonrojos
con mano y labio ardientes añadía:
que el puro llanto de hechiceros ojos
con sed amante y sin piedad bebía,
y tesoros de rústica inocencia
eran rico botín de la violencia.

Que Inés, por el rubor aconsejada,
luchó hasta el fin; pero vencer no pudo;
pues del amor, cuando el amante agrada,
la sencillez es cómplice, no escudo:
y que, mal de su agrado, enamorada
del propio afán de su enemigo rudo,
pagábale á la postre sus excesos
con dulces nombres y sabrosos besos.

Por cierto que, del sueño en la ventura,
y en los deliquios á que á veces lleva,
proclamaba don Luis que una hermosura
tan cabal, tan magnífica y tan nueva,
sólo Adán, del Edén en la espesura,
pudo gozar, al tropezar con Eva...;
pues Inés era un cielo de delicias,
hecho para el amor y las caricias.—

Con esto se volvió del otro lado
y cesaron un punto sus gemidos,
quedando como muerto ó desmayado,

el pulso y la color desfallecidos.
Pero, en el golfo de mayor cuidado
ya zozobrantes ánimo y sentidos,
gritos de horror y espanto lanzó al viento,
que no amorosos ayes de contento.

Soñaba entonces que de Inés la afrenta
el cielo pregonó dándole un hijo,
y que el padre de Inés pidió á Inés cuenta,
é Inés el nombre del Marqués le dijo.
Y que el viejo, en su cólera violenta,
cien veces al Marqués y á Inés maldijo,
y que, al morir de pena, en la agonía
aquellas maldiciones repetía!

También soñó que Inés, llevando en brazos
á un infante que de él la imagen era,
rogábale por Dios que en santos lazos
los lazos naturales convirtiera:
y que él de su castillo á latigazos
los expulsó á los dos como una fiera,
y ella, feroz también con tal ejemplo,
al niño expuso en el compás de un templo.

Y que el niño era hombre, y, ¡caso extraño!,
siempre el Marqués al lejos lo veía,
sin poder advertirle ningún daño,
ni salvarlo en los riesgos que corría...
Pues dado al juego, al robo y al engaño
el mancebo salió; por lo que un día
subió al cadalso y á la plebe dijo:
¡Maldito el padre que abandona á un hijo!

Soñó además don Luis que Inés, en tanto,
por la codicia maternal ganada,
á honrado esposo en matrimonio santo
infiel se unió sin revelarle nada:
mas que éste un día con furor y espanto
llegó á saber la liviandad pasada;
ahorcó á Inés y á su madre, y en seguida,
colgado entre ambas, se quitó la vida.

Y, en fin, soñó que de estos cuatro ahorcados
oscilaban sobre él los cuerpos muertos,
con los fríos cabellos erizados
y los ojos sin luz, turbios y abiertos:
que, cual remordimientos de pecados,
le golpeaban con sus remos yertos,
y gritaban, colgados de la encina:
—¡Anda á buscar á Inés la campesina!

Aterrado, convulso, delirante,
púsose en pie...—Despierto aún no se hallaba;
pero oía, veía..., y, anhelante,
los siniestros cadáveres buscaba...
—Y sólo halló una atmósfera radiante,
un cielo azul, el agua que jugaba,
y en la encina inocentes pajarillos
que entonaban sus cánticos sencillos.

El corcel, medio oculto en la espesura,
al verlo alzarse, relinchó gozoso,
fiel compañero en más de una aventura,
de seguir el viaje ya ganoso.
—Llegó el Marqués; ciñóle la montura;
lo agasajó con golpe cariñoso;

cogió la crin, y, alzando la rodilla,
pisó el estribo y se montó en la silla.

Y, fuese que á su alma aquel ensueño
diera aviso y lección con sus horrores,
ó que el sopor, cual plácido beleño,
templara de su sangre los ardores,
el caso es que don Luís cejó en su empeño,
y que, á Inés renunciando y sus favores,
en lugar de seguir aquel camino,
retrocedió, y se fué por donde vino.

Se fué, sí: y á la tarde, en su vivienda
(al ver ponerse el sol tras la montaña,
como rey que encerrárase en su tienda
á descansar de un día de campaña),
miró á lo lejos la amarilla senda
que llevaba de Inés á la cabaña...,
y lágrimas sus ojos derramaron,
que Dios y Lucifer se disputaron.

Á SAN RAMÓN NON-NATO

Tú, que á Dios te pareces y á mis nietos
por tu rara excepción de *no-nacido;*
segundo Adán (pues nadie te ha parido);
de Jonás viceversa en los aprietos;

retoño de la Nada en los efetos,
si la *Nada* es igual al *haber sido;*
desfacedor de agravios de marido;
patrono y abogado de los fetos:

vuélveme el pelo; quítame el bigote;
arráncame los dientes; la comadre
haz que me vista el primitivo hato;

y, trocado en inerte monigote,
sepúltame en el vientre de mi madre...;
que mejor que *nacido*, es ser *non-nato*.

EL DÍA DE AÑO VIEJO

«*Año nuevo*», ¡qué sandez!,
hoy pregona el añalejo,
sin ver que es un año viejo
que va á servir otra vez.

(*En 1861.*)

Año..., ¡te vas, y me dejas!
¡Y sois treinta los ingratos!—
Id con Dios, perdidos ratos,
que no os seguirán mis quejas.—
¡Oh tú, de mis moralejas
lector!, oye lo que digo:
el tiempo es un mal amigo...,
pero no riñas con él;
que manda el Dios de Israel
perdonar al enemigo.

¡Treinta y uno de Diciembre!...
¡Suma equivalente á cero
para aquel que cada Enero
locas esperanzas siembre!

Mas para quien no remembre,
como no remembro yo,
ni el Enero que pasó,
ni haber sembrado en tal fecha,
esa falta de cosecha
no es una pérdida, no.

Que al alma ya prevenida,
al alma experimentada,
no puede importarle nada
el *déficit* de la vida.
Si el amor va de corrida,
también va la juventud:
la ilusión y la salud
se pierden á un tiempo mismo,
y en el final cataclismo
sobrenada el ataúd.

Padres, amigos y amadas,
¡cuán aprisa de mí os vais!...
Mas, por mucho que corráis,
yo sigo vuestras pisadas.
Dentro de pocas jornadas
de fijo os alcanzaré...
¿Á qué, pues, llorar? ¿á qué?—
¡Llorara si no supiera
que en esta vital carrera
ninguno se queda á pie!

¡Oh, cuán triste y funeral
á mis ojos luciría
la clara antorcha del día,
si me volviese inmortal!

¿En dónde una pena igual
á pensar en tanto muerto,
y no ver en el desierto
de la fatigosa vida
ni descanso, ni salida,
ni luz, ni arrimo, ni puerto?

¿Qué hacer, qué creer, qué amar
en otras generaciones?
Las perdidas ilusiones,
¿en quién ni en dónde encontrar?
¿Cómo volver á probar
la juvenil embriaguez,
cuando no haya más que hez
en la copa, un tiempo llena,
de una vida... sólo buena
para vivida una vez?—

¡Misericordioso Dios!
Nos cupo una suerte amarga...;
pero ni fija, ni larga,
en que, velados los dos,
corre el bien del mal en pos,
la flor tapa los abrojos,
la fe endulza los enojos,
la duda engaña al deseo...,
y morimos, como reo
á quien le vendan los ojos.

¡Pena cruel! ¡Suerte horrenda
fuera desandar lo andado,
después de haber apartado
de nuestros ojos la venda!

Los abismos de la senda
viéramos ya por doquier;
tras el amor... la mujer;
detrás del amigo... el hombre;
cada cosa tras su nombre,
¡y el tedio tras el placer!

¡No viéramos (como veo,
al través de *treinta años*
de felices desengaños)
purificarse el deseo
de todo vil devaneo;
fundirse el torpe metal
del ídolo terrenal;
descorrerse el infinito...,
y á Dios mirar de hito en hito
el espíritu inmortal!—

¡Adelante y no temer!—
¡Quédense en buen hora atrás
apariencias que jamás
debimos apetecer!
¡Adelante..., y no caer
en tanto que estemos vivos!—
Que, pues los hados esquivos
no son, por fortuna, eternos,
lo primero es mantenernos
derechos en los estribos.

1863.

SUPONGAMOS...

Á UNA BAÑISTA

¿Qué buscas afanada cuando la mar se aleja,
sus olas recogiendo de nácar y zafir?
¿Qué buscas en la orilla que silenciosa deja
y abandonada y sola el piélago al huír?

¿Qué buscas en la playa? ¿Qué bien se te ha perdido?
¿Qué mágico tesoro te arrebató la mar?
¿Tal vez hallar pretendes las huellas de *un olvido?*...
¿Tal vez perder tus huellas pretendes... y *olvidar?*

¿Qué buscas en la playa?—¿Misterios de otro mundo?
¿mensajes de un ausente? ¿recuerdos de su amor?
—¿Ó bien de las arenas revuelves lo profundo,
para enterrar en ellas un íntimo dolor?

¿Qué buscas y no encuentras? ¿Tu náufraga esperanza?
—Las olas no la oculta, ni está de ellas en pos...
¡No aguardes, no, que cruce su vela en lontananza!...
Quizás esté á tu lado... ¡Busquémosla los dos!

¡Sí, deja ya la playa! ¡No más del Oceano
te agrade y embelese la adusta inmensidad...
¡Los bosques y los ríos, el valle, el monte, el llano
te ofrecen su gustosa y amiga soledad!

Ven al risueño mundo que Dios cubrió de flores...
—No sólo el goce muere: también muere el dolor.—
¡Ven, sí!; que, por halagos que aquí busques ó llores,
más tuyos y del alma serán los de mi amor.

. . . .

Todo esto es suponiendo que al mar á buscar vayas
las cosas que he supuesto y acabas de leer...—
Mas si chinitas buscas y conchas en las playas...,
supón que nada he dicho..., ¡y es mucho suponer!

Á MERCEDES

EL DÍA QUE SE PUSO DE LARGO

«¡Vedla!—dijeron las Hadas.—
»Su corazón ya palpita...;
»languidecen sus miradas,
»y sombras enamoradas
»cruzan se frente bendita.

»Efluvios de primavera
»circulan ya por su alma,
»y en su mejilla hechicera
»súbito rubor altera
»la dulce, inocente calma.

»Melancólica ilusión
»persigue con raudos giros
»su inquieta imaginación,
»y curioso el corazón
»se entreabre á los suspiros.

»Como el rosal en Abril,
»por sus venas otra vida
»siente que cunde sutil...,
»y en la rama estremecida
»brota la rosa gentil.

»¡Colmada está de hermosura!...,
»Promesas de amor las flores
»son y nuncios de ventura...:
»¡luzca para esta hada pura
»la estación de los amores!...»—

Así las Hadas dijeron...;
¡las Hadas que tan hermosa
en la cuna te mecieron
y á tu adolescencia dieron
sueños de color de rosa!...

Y luego añadieron:—«Pues
»que Hada cual nosotras es,
»vistámosle nuestras galas,
»alargándole las alas
»hasta que tapen sus pies.»—

Y te vistieron de largo,
muy de largo..., que es el tono:
y estás muy bien... Sin embargo,
¡se nos va á hacer muy amargo
no ver tu pie, que es tan mono!—

¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!
Te has convertido en mujer,
como yo me vuelvo viejo...;
y, por de pronto, un consejo
oye..., que te ha de valer.—

Los fantasmas de colores
de la rica juventud
son espectros vengadores

cuando del Abril las flores
no dan frutos de virtud.

Locura es y vanidad
cuanto se palpa y se mira...:—
lo invisible es realidad...,—
el cuerpo es fugaz mentira,
y el alma... ¡eterna verdad!

Dichas no busques ansiosa;
nadie la dicha nos da:
la dicha es perla preciosa
que en el corazón reposa
del que buscándola va.

El fulgor de la inocencia
y la paz de la conciencia
son toda la dicha humana;
¡luzcan siempre en tu existencia
cual lucen en tu mañana!

Mírate en el claro espejo
de tus ínclitos mayores...:—
y aquí termina el consejo;
que tengo gana, aunque viejo,
de volver á echarte flores.

GRANADA, 1863.

LA LUNA...

(AL GENERAL ROS DE OLANO)

Esta, Fabio, ¡oh dolor!, que ves ahora
blanca, limpia, mondada calavera,
un tiempo fué poblada, seductora,
romántica, sombría cabellera.
«*Agravio fiero de la edad traïdora*»,
César llamó á su calva (¡y *César* era!)...—
No haré yo tal; pues desde edad muy verde
vivo, como quien dice, al ganapierde.

No la muerte; la vida me acobarda;
y, en mi viaje desde niño á viejo,
suspiro por la orilla que me aguarda,
no por la orilla que á mi espalda dejo:
y el viento débil y la nave tarda
halla siempre el afán con que me alejo;
pues sé, ¡triste verdad!, que de la vida
sólo es hermosa la porción perdida.

Jamás, por eso, en su fulgente cuna,
bajo el alegre pabellón del alba,
complace al hombre el sol de su fortuna,
cuando los montes del oriente salva,

como después, al asomar la luna,
ó el despuntar la *luna* de su calva,
lo recuerda, envidiando tristemente
la misma luz que desdeñó en oriente.

¡No! Nadie, nadie su dolor pasado
ni por memorias de placer cediera;
como ninguno en desandar lo andado
y repetir su vida consintiera:
si alguien nacer de nuevo ha deseado,
ha sido por vivir de otra manera...—
—¡La vida es mosto insípido y dañoso,
que al fin se trueca en bálsamo gustoso!

Tampoco diera yo mi calva fría
por los antiguos bucles de mi frente...—
¿Para qué? ¡Cuando á mano los tenía,
apenas los miraba indiferente,
y hoy por ellos amor, pena, ufanía,
el corazón enajenado siente!...
—Tal es la dicha: sombra transitoria
que agranda con su prisma la memoria.

Pensando ha poco, por ejemplo, estaba,
que los veinte cumplidos no tenía,
cuando, imitando á Byron, me quejaba
de que tan prontamente encanecía;
mientras que ya sin duelo recordaba
que cierto ingrato bien del alma mía,
con su mano de nácar transparente,
apartó aquellas canas de mi frente.

Ó con sus dedos, albos como armiño,
me las iba arrancando una por una,
cual nos arranca el maternal cariño
una tras otra pena inoportuna...—
¡Blancas pavesas de la sien de un niño!
¡Cabellos agostados en la cuna!...
¿Qué fué de esa mujer?—¡Otra pavesa!—
Murió..., y entonces me pelé á la inglesa.

Murió, sí, poco después, la hermosa ingrata
que cuidaba mis lánguidos cabellos...—
Hoy no los tengo negros ni de plata...—
¡Mis ilusiones simbolizan ellos!—
No es la tijera ya la que los mata,
ni frustra ya el dolor mis sueños bellos...—
¡Lo que hoy sucede en la cabeza mía,
es que ni sueños ni cabellos cría!—

¡Mejor! Así con tiempo me habitúo
á mi futura, irremediable suerte
(que igual á la de todos conceptúo);
y cuando exhumen mi osamenta inerte
para echarla al osario, y algún buho
cante sobre ella el himno de la muerte,
no será nuevo hallar mi calavera
hueca por dentro y calva por afuera.

Y si, al fin, de un doctor en Medicina
enriquece el lujoso escaparate,
ó, á solas en su cueva, la examina
un monje del breñoso Monserrate,
podrán más bien, tras su aridez calina,
cándida como busto en yeso mate,

reconocer mi cráneo, ya sin seso,
y darle el monje ó el doctor un beso.

¡Beso piadoso, que en el alma mía,
cualquier que sea entonces su morada,
despertará recuerdos de alegría
de la existencia terrenal pasada!
—¡Y aún más vivo mi júbilo sería
si del doctor, un día, la criada,
al despolvar el cráneo, lo volcase...,
y, por cogerlo, al seno lo estrechase!—

¡Oh..., sí! Es muy dulce usar en esta vida
el último peinado...., el de esqueleto,
y una parte mortal llevar perdida
y otra inmortal ganada en tal conceto.
Pues si el alma, del cuerpo desprendida,
es más bella y más digna de respeto,
quien suelta parte del humano lodo,
pierde en suma la parte por el todo.

Por lo demás, no temás, Fabio mío,
que yo me porte con mi pelo muerto
como el viudo que celebra impío
segundas nupcias en su lecho yerto.
¡No; no lo temas! Á pesar del frío
y de las moscas, y aunque el gran desierto
de mi calva se extienda hasta la nuca...,
¡jamás—lo juro—me pondré peluca!

1864.

EN VARIOS ABANICOS

I

Lo que hayas de mirar por las varillas,
míralo cara á cara:
que la virtud no debe ser avara
del suave carmín de las mejillas....
—¡ni mirar á hurtadillas!

II

Cuando mires estos versos
al tiempo de abanicarte,
piensa que la dicha es humo,
piensa que la vida es aire.

III

¿En dónde habrá un abanico
semejante á un *solo* á copas,
de espada, malilla, basto,
punto, rey, caballo y sota?

IV

¿Á qué llevas abanico
si, en tu casa y en la calle,
suspiros y bendiciones
siempre están abanicándote?

V

Cuando tú te abanicas,
sopla en la Corte,
si estás triste, *Solano;*
si esquiva, *Norte;*
si airada, *Noto,*
y si amorosa y tierna,
dulce *Favonio.*

VI

No tanto te abaniques
que de ti huya
la atmósfera tranquila
que te circunda:
bendita atmósfera
de virtud y de ciencia,
de amor y gloria.

Abanícate, empero,
niña preciosa,
cuando te cerque el humo
de la lisonja...;
que la modestia
es la mejor compaña
de la inocencia.

Á UNA GRAN PIPA DE JEREZ ANTIQUÍSIMO [1]

¡Detente, pasajero! Aquí reposa
el Adán de los vinos jerezanos,
padre de tantos ínclitos ancianos
como duermen en torno de su fosa.

¡Enterrado está el sol bajo esta losa!...
Pero no se lo comen los gusanos,
sino que vida y alma los humanos
aún piden á su llama generosa.

«Abolengo» se nombra aqueste vino,
y en cada gota concentrado encierra
de mil generaciones el destino...—

Si las cuitas del mundo te hacen guerra,
cátalo media vez, ¡oh peregrino!,
y jurarás que el cielo está en la tierra.

[1] Este soneto se halla colocado, dentro de cuadro muy lujoso, sobre la pipa principal y más antigua de la bodega mayor de los señores Condes de Bayona (Misa), en la ciudad de Jerez de la Frontera.

LAS EXEQUIAS DEL AMOR

Ó SEA

EL DÍA DE LA LUNA

I

¡Oh misterio! Es alta noche,
y en sus horas más augustas
no reinan el mudo sueño
ni las tinieblas nocturnas...
No viste, no, como suele,
negras tocas de vïuda
la Tierra desamparada,
del muerto Sol en la tumba...
No la acompaña el silencio,
testigo fiel de su angustia,
velando para que nadie
su hallada paz interrumpa...
Ni el hermano de la muerte,
mientras piadoso la arrulla,
soñados bienes le finge,
con que sus males endulza...—
Es alta noche, ¡oh misterio!,

y en sus horas más augustas,
despiertos Cielos y Tierra,
¡de amor y placer fulguran!

II

Insomne, bella, gozosa,
Naturaleza relumbra,
como regia desposada
en las fiestas de sus nupcias.
Olas de argentado encaje
doquier desata la Luna,
colmada y resplandeciente,
llena de amor y ventura.
Los rutilantes luceros
y las estrellas innúmeras,
como en extático eclipse,
muestran su luz moribunda...
Y del infinito espacio
tras la bóveda cerúlea,
móviles se transparentan
del Olimpo las columnas.—
¡No; no es de noche en los cielos!...
Sus leyes trocó Natura,
y el hemisferio asombrado
contemplaba un Día de Luna.

III

Tampoco en la Tierra es noche...
¿Qué importa que el Sol no luzca?...
¡Despiertos están los hijos
del Amor ó de las Musas!

Despiertas están las aves,
aunque en sus nidos ocultas,
cantando, como si el día
rayase ya en las alturas.
Despiertas están las flores
que al Sol siguen á la tumba,
y aquellas que una mañana
(¡sólo una mañana!) duran.
Despiertos están los céfiros,
jugando con las más púdicas,
y, entre una y otra lisonja,
el casto aroma les hurtan.
Despierto está el arroyuelo,
que enamorado susurra
al pie de altivas palmeras
ó entre las fragantes juncias...
Y despierta la cascada,
que, desvalida en la altura,
cual de otra peña de Léucades,
sollozando se derrumba.
Despiertas están las vírgenes,
las vírgenes andaluzas,
asomadas á la reja
do de amor la ciencia estudian...
Y despiertos los galanes,
que no saben lo que juran,
ó al son acordado cantan
de guitarras y bandurrias.—
¡Oh misterio! Es la alta noche,
y en sus horas más augustas,
«*Amor*...», suspira la Tierra;
«*Amor*...», el cielo murmura.

IV

Duermen en tanto los tristes
que el amor ya no conturba,
y aquellas infortunadas
almas que no amaron nunca.
Los espíritus apáticos
yacen en su paz estúpida;
el viejo en su frío lecho;
el niño en su mansa cuna.
También duermen los dichosos
que, bajo santa coyunda,
del hondo río del olvido
cruzaron las ondas turbias...
Duermen los *padres-tiranos*;
duermen las madres adustas;
duermen los sepultureros...;
¡duerme la muerte sañuda!—
¡Sí! La muerte está dormida;
y abiertas se hallan las tumbas
de las que expiraron jóvenes,
ricas de amor y hermosura...
Como inmortales Julietas
que de su destino triunfan,
las amantes heroínas
surgen de la fosa oscura...
¡Y, tan bellas como fueron,
trocado el sudario en túnica,
su trágica historia olvidan
al resplandor de la Luna!

V

Aquí un *Jardín* se descubre,
allá un *Bosque* se columbra,
y entre los dos un *Palacio*
sus blancas líneas dibuja.
Mágico hechizo doquiera
filtra su delicia suma
con los fulgores de plata
que el diáfano ambiente inundan.
De taza en taza de mármol
besos amantes simula,
al verterse de alta fuente,
destrozada el agua fúlgida.
Las trémulas ramas fingen
abrazos en la espesura,
y entre las hojas se oyen
conversaciones confusas...
Erguidas sobre sus tallos,
las gayas flores ondulan,
y hasta parece que andan,
y que al andar se saludan...
Severos troncos de árboles
y marmóreas esculturas,
inmóviles se vigilan,
palpitando en la penumbra...
Y, entre el murmurio süave
de hojas y de aguas, se escucha
del ruiseñor arrobado
la tierna y amante música.

VI

Un hombre, una sombra, un alma...,
recorre con planta muda
el *Jardín de los amores,*
y frente al *Palacio* cruza.
Detiénese allí anhelante,
y en las ventanas oscuras
fija una larga mirada
llena de infinita angustia...—
¡Abiertas están y solas,
como profanadas tumbas!...
Nadie mora en el alcázar...
—«*¡Nadie!...*»—el Viajero pronuncia.

VII

Un hondo suspiro lanza,
y va á marchar..., cuando súbita
iluminación diabólica
tras las ventanas relumbra;
y fantástica aparece
una sombra en cada una,
repitiendo aquel suspiro
con inefable tristura.
—«*¡Ellas son!*» (dice el Viajero,
llorando y las manos juntas).
«*¡Las mujeres de mi vida!...*
¡Las sombras de mi ventura!...»
Y el ruiseñor en su rama
canta con sangrienta burla:

—«*Tuyas fueron...*»; y, sarcástico,
el viento responde:—«*¡Suyas!...*»

VIII

Como de retablo gótico
religiosas esculturas,
en actitudes dramáticas,
las hornacinas ocupan;
la fachada del *Palacio*
ornan aquellas figuras,
aunque jerárquicamente,
según su clase y alcurnia.—
En el balcón principal
campean las nueve *Musas,*
primer amor de los hombres,
hadas que mecen su cuna.—
En las contiguas ventanas
están sus hijas convulsas,
las trágicas *Heroínas*
de la amorosa ternura;
aquellas que los Pòetas
vistieron de eterna púrpura,
destinándolas al culto
de las edades futuras;
las que hallaron en la Historia;
las que inventó su facundia,
y á más las que de ellos mismos
ángeles fueron ó furias.—
Allí *Helena, Dido, Safo,*
Cleopatra y *Mirra* están juntas,
y toda la antigua y clásica
pléyade medio desnuda.

Allí están *Elisa* y *Flérida* [1];
de Escocia la *Reina* impura;
la *Julieta* de Verona,
y de *Rímini* la Adúltera.
Ni faltan *Beatriz, Armida,*
Laura, Angélica y *Rosmunda,*
ni *Aspasia, Lais* y *Frynea,*
no obstante su inverecundia.—
Allí del genio romántico
se ven todas las hechuras,
con lágrimas engendradas,
concebidas en la duda.
Allí están del triste *Byron*
las cien víctimas inultas,
y la amada de *Espronceda,*
y *Elvira,* amante y perjura [2].
Allí gime *Inés de Castro;*
Carlota calla y escucha [3];
reza la triste *Desdémona;*
llora *Isabel de Segura...*
Y allí están *Lelia, Eloísa,*
Ofelia, Leonora [4], *Julia* [5],
y la ideal *Dulcinea*
de *El de la Triste Figura.*

[1] Las de *Garcilaso.*
[2] La de *Macías,* drama de Fígaro.
[3] La de *Werther.*
[4] La de *Tasso.*
[5] La de *Rousseau.*

IX

Todas allí están, y todas
ciñen blancas vestiduras,
y al Cielo elevan los ojos,
que las lágrimas anublan.
Orlan su noble cabeza
trenzas, ya negras, ya rubias,
y, en ademán de plegaria,
cruzan las manos ebúrneas.
Santas parecen... (y acaso
hubiéranlo sido algunas...)
—Son las deidades gentílicas
y las románticas musas.
¡Las Santas son de los vates!—
¡El Arte lavó sus culpas,
y las ha canonizado
la bella Literatura!!!

X

Á más de las nueve Diosas
que el balcón de en medio ilustran,
y de las cien legendarias,
amorosas Thaumaturgas
que en el frontis del *Palacio*
ventanas de honor ocupan,
trocándolo en paraninfo
de viviente arquitectura,
vese (en esfera ya humilde,
como es su mortal alcurnia)

detrás de las amplias rejas
de estancias bajas y oscuras
  (cual apariencia fantástica
de expectantes andaluzas),
otra blanca y misteriosa
constelación de Hermosuras.—
  Deidades ya no son éstas,
del alto Olimpo oriundas,
ni, de eterna fama ansiosas,
Heroínas insepultas...
  Mujeres nada más son,
que de la muerte no triunfan
sino en la amante memoria
del triste que las saluda:
  Mujeres que del Viajero
el corazón aún perfuman
con los recuerdos lejanos
de las pasadas venturas:
  las *Mujeres* de su vida;
de su juventud la suma;
las flores de su existencia...,
¡como su existencia mustias!...

XI

  Mas no entonces—que las mira
resucitadas y fúlgidas,
como en la feliz mañana
en que lució cada una...—
  No entonces—que vuelve á verlas
jóvenes, cándidas, puras,
como en los dichosos días
en que Amor las hizo suyas...

XII

Y, sin embargo, allí están
las que no amarán ya nunca;
las que el tiempo ha marchitado;
las que holló la desventura;
las que no existen, ó existen
de ajeno destino súbditas;
las monjas y las casadas,
las loças y las difuntas.
Allí están las que á los cielos
alzaron sus almas pulcras,
restituyendo á la tierra
incólume su hermosura...
Y las que en áurea carroza
al Cielo y la Tierra insultan,
y al viejo esposo acarician...,
de un buen testamento en busca.
Allí están las que, magnánimas,
sus ilusiones apuran,
doblando sobre los libros
la frente llena de arrugas...
Y las que su fe inmolaron
á una prosa vil é insulsa,
con la cual se creen felices...
porque el vulgo así lo juzga.
Allí están las que sin nombre
fueron á la sepultura,
huéspedas de muchas almas,
no lloradas de ninguna...
Y allí las que sucumbieron
bajo el puñal de la duda,

fieles amantes de un alma,
lloradas luego de muchas.
  Allí está la que le dijo,
con una mirada impúdica:
«ELÉVATE HASTA MIS LABIOS...»,
al que lo creyera injuria...
  ¡La misma que agora, impávida,
le desconoce y se encumbra...;
águila caudal que lleva
un corazón en las uñas!
  Y allí también está *aquella*,
inmortal, innata, única,
que, al amanecer del alma,
el *primer amor* incuba...
  ¡Eva, del hombre congénita,
que surge bella y fulgúrea
del adolescente espíritu,
como Venus de la espuma!

XIII

  ... Todas allí están, y el triste,
el mísero sin fortuna
que el *Jardín de los Amores*
solo y pensativo cruza,
  reconócelas á todas;
sus caros nombres murmura.
—«*¡Heme aquí solo!*», les dice,
y por su amor les pregunta.

XIV

Inmóviles tras las rejas
permanecen las figuras,
como estatuas sepulcrales
apoyadas en sus urnas...
Y el ruiseñor en su rama
canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron...*», y, sarcástico,
el viento responde:—«*¡Suyas!*»

XV

En esto, sonó *las cuatro*
el reloj de una *Cartuja*
que asomaba tras el *Bosque*
su melancólica cúpula:
dijo luego «*Ave María*»
una campana vetusta,
y añadieron «*Gratia plena*»
los monjes desde sus grutas...
Por los cerros de Occidente
traspuso entonces la Luna,
y el *Palacio* al mismo tiempo
se volvió á quedar á oscuras.
Dispersáronse en el acto
tantas vírgenes y adúlteras
como acababan de estar
por la vez primera juntas,
juzgando yo que se irían

á su Parnaso las *Musas*,
las *vivas* hacia sus casas,
y á sus nichos las *difuntas*.

XVI

Lo que sé es que amaneció
una mañana de lluvia;
mañana sin rosicleres,
parda, fea, triste, sucia,
que parecía la noche
de aquella noche tan fúlgida,
ó el día que abrirá paso
del mundo á la noche última...
Y lo que sé es que el Alcázar
de faz renegrida y turbia,
¡estaba solo y cerrado
como una olvidada tumba!

XVII

El Viajero (que era un hombre
lleno de canas y arrugas,
mas no viejo todavía
de una manera absoluta...)
alzó de la tierra el báculo,
la esclavina hizo capucha,
y, saliendo del *Jardín*,
se encaminó á la *Cartuja*.

DICTAMEN PERICIAL

EN EL «PLEITO DEL MATRIMONIO» [1]

Digo yo, Pedro Antonio de Alarcón,
antiguo solterón,
hoy ya con trece años de casado,
ó sea de servicios al *estado;*
de cuatro y media décadas de edad,
y de esta vecindad;
padre de siete soles (tres difuntos),
y con madre política... (dos puntos):

Que, bien pesado todo,
no hay en este planeta mejor modo
de esperar otra vida
digna del alma á nuestro cuerpo unida,
ni más noble manera
de apaciguar los ímpetus de fiera
del barro al alma unido,
que el hábito ceñirse de marido.

Porque, debo advertir á quien lo ignore,
Para que luego no blasfeme y llore,

[1] Pleito de broma seguido por casi todos los poetas contemporáneos españoles, y publicado en dos tomos por el distinguido literato Sr. D. Teodoro Guerrero.

que el casarse no es ramo de recreo,
como el ir á paseo;
ni caso de jolgorio y venturanza,
como el festín, la música ó la danza;
ni excursión de placer, como la pesca;
ni solaz, como un baño de agua fresca
en mitad del estío;
ni fortunón como heredar á un tío
(aunque algunos así lo consideren,
y casen con mujer á quien no quieren,
trocando el matrimonio en oficina,
cuyo jefe reside en la cocina);
ni tampoco el casarse (para un hombre
que merezca este nombre)
es el capricho, efímero quizás,
de complacerse en *una mujer más;*
ni ocasión de los mimos eternales
con que sueñan los *perros* orientales...—

Casarse es profesar. Es á la vida
dar un adiós de alegre despedida,
renunciando á sus dichas transitorias,
por más seguras y envidiables glorias.
Es consagrar la mísera existencia
á generosa y digna penitencia,
buscando, en vez de inútiles placeres,
el placer de ser útil á otros seres.
Es cargar con las penas
y desdichas ajenas,
renegando del tétrico egoísmo
de cuidarse á sí mismo.
Es, en unión de santa compañera...
(El que tope con *diabla*, ¡que se muera!...;

pero buenas y santas
¡hay tantas en el mundo! ¡tantas! ¡tantas!);
es, digo, en sociedad con otro ser
(que ya es mejor que vos, por ser mujer),
arrostrar de esta vida los abrojos,
fijos de cada cual siempre los ojos,
no en la espina que al paso le ataraza,
sino en el mal que al otro le amenaza,
compitiendo de entrambos la ternura
en ciega abnegación constante y pura.—

Eso es casarse, y si, benigno el cielo,
colma de estos dos héroes el anhelo,
haciendo que sus almas y sus vidas
en nuevos seres nazcan refundidas...;
si, al ver cómo los cónyuges se aman,
los ángeles de Dios á su hogar llaman,
mensajeros de paz y de alborozo,
que el aire llenan de entusiasmo y gozo;
si hijos tienen, en fin, en quien ufanos
poner ojos y manos,
y los labios, y el alma,
que ya sin ellos nunca tendrá calma...,
el matrimonio entonces es el cielo:
¡triunfos son los afanes de este suelo,
gloria el trabajo, premio el sacrificio,
goce el dolor, y púrpura el cilicio!
—¡Vivir..., morir por ellos!... ¡Oh dulzura!—
¡Una lágrima ahorrarles!... ¡Qué ventura!—
¡Ver lucir en sus ojos la alegría!...—
¡Qué orgullo! ¡Qué contento! ¡Qué ufanía!

¡Orgullo, sí! ¡Que no hay sobre la tierra
blasón igual al que esa dicha encierra,
y es, de cuantos dictados lleva el hombre,
el título mayor de *padre* el nombre!
—El *padre* (pero *padre* en buena ley)
es de sus hijos rey...;
¡casi su Dios!—¡Un mundo son que él hizo,
y complacerse en ellos es su hechizo!—
Guiarlos, sostenerlos, enseñarles
el bien y la verdad; la vida darles
del alma, como dióles la existencia;
velar por su endeblez y su inocencia,
y ver trocarse en hombre al tierno niño,
fruto feliz del sol de su cariño...;
¿dónde grandeza tal? ¿quién soñaría
más alta jerarquía?—
¡Eso ya no es vivir ni envejecer!...
¡Es triunfar de la muerte! ¡Es renacer!
¡Multiplicar su vida ya mermada!
¡Es la inmortalidad anticipada!—

Dígame agora el pobre solterón
que muere en un rincón,
rodeado de fámulas é ingratos,
ansiosos de ponerse sus zapatos;
ó aquel que juzga que el amor consiste
en estar *él* contento y *ella* triste,
tristes los hijos, que á la ley oculta,
y triste el mundo, á quien procaz insulta
(si no es que vive revolviendo lodos
con mujeres ajenas ó de todos,
mendigo del placer, que come apriesa
platos ó sobras de segunda mesa);

díganme todos los que así se apañan,
ó, por mejor decir, así arrebañan
del clandestino amor en la escudilla
viles goces revueltos con mancilla,
si probaron jamás la dulce calma
de esos afectos plácidos del alma,
con que les brinda, pésele al demonio,
la austera religión del matrimonio.
—¡No la probaron, ni probarla esperan!...,
y el día que se mueran,
voluntarios expósitos, que *nada*
son de nadie al final de su jornada;
reos de lesa familia, condenados
á morir, como el paria, despreciados,
exclamarán: «*¡Oh Dios! ¿Á qué he existido?—*
Nadie vivió de mí!—¡Yo no he vivido!»

Cásese, pues, quien tenga corazón
para abrazar aquesta religión,
donde el profeso vive en los demás
y no muere jamás;
donde su nombre pasa
á su esposa, á sus hijos, á su casa;
donde no es del amor programa el vicio,
sino el rigor, la lucha, el sacrificio,
y donde padecer es mayor gloria
que pasear mozuelas en *victoria*.—
Cíñase, digo, el hábito de esposo
quien tenga vocación de *religioso*,
y el que no esté de humor de hacerse fraile,
siga de mono bailarín... ¡y baile!

1878.

AL GENERAL CABALLERO DE RODAS

(EN EL ÁLBUM DE SU DIGNA MUJER)

Soltero y coronel te he conocido;
de brigadier y novio te he tratado:
hoy eres, que yo sepa, Diputado,
General, Director, padre y marido.

En la paz y en la guerra siempre he sido
tu amigo, tu cronista, ó tu soldado,
y hoy me siento en las Cortes á tu lado,
á seguirte al infierno decidido.

Pues bien (dicho *inter nos* aquesto sea):
jamás te hallé tan grande y tan hermoso
(ni en medio de las bombas y granadas),

como al verte, á la vuelta de Alcolea,
embelesado padre y fiel esposo,
recrearte en tus prendas adoradas.

1869.

EN EL ÁLBUM

DE LA SRTA. D.ª VIRGINIA MONTESINOS

—«¿Qué es *Amor?*»—le has preguntado
al diablo de Campoamor,
y el poeta laureado,
casi, casi te ha dejado
á oscuras sobre el *Amor*.

Yo te voy á descifrar
sus palabras misteriosas,
ó bien te voy á explicar
que el *Amor* es varias cosas...,
según el modo de amar.—

Con uniforme de *Amor*,
y usando su dulce nombre,
disfrázase el impudor,
y anda haciendo oficio el hombre
de demonio tentador...

Mientras que *Amor*, en verdad,
es gozosa caridad,
iris en la humana guerra,
consoladora piedad
que hace un cielo de la tierra.—

En el viejo mundo griego,
Amor era un chico ciego
que en dioses y hombres clavaba
las saetas de su aljaba,
cual banderillas de fuego...

Y en nuestro mundo cristiano,
Amor es bien soberano
que todos los males calma,
de dos almas hace un alma
y del pobre al rico hermano.—

Amor es un caballero
con levita y con sombrero,
que vuela de rosa en rosa,
y en la niña más hermosa
tan sólo estima el dinero...

Y *Amor* es ángel divino
que, aplacando los rigores
del más adverso destino,
siembra de perpetuas flores
de la existencia el camino.—

Amor es fiero pirata
que la inocencia arrebata,
la honra más limpia desluce,
y con engaños seduce
y con desengaños mata...

Y *Amor* es noble guerrero,
paladín del ser amado,
su amigo y buen caballero,

que ufano muere primero
que darle pena ó cuidado.—

Amor es torpe egoísmo
de aquel que en la hermosa prenda
de su vil materialismo
tan sólo mira una ofrenda
con que obsequiarse á sí mismo...

Y *Amor* es heroicidad,
holocausto, adoración,
cuando á la amada mitad
le da más felicidad
que le pide el corazón.—

Amor es poesía, ensueño,
romance, ilusión, locura,
cuando del alma el empeño
cifra en terrena hermosura
un porvenir halagüeño...

Y *Amor*, en fin, bella amiga
(el que yo quiero que alcances),
es prosa... (¡Dios la bendiga!),
superior á esos romances...
—¿Qué más quieres que te diga?

CARTA MORISCA

CONTESTANDO Á OTRA EN VERSO, FELICITÁNDOME EN MIS DÍAS, QUE ME DIRIGIERON LOS SRES. D. ESTEBAN GARRIDO, D. RAMÓN DE CAMPOAMOR, D. JOSÉ SELGAS, DON EUSEBIO BLASCO, D. ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO, D. JOSÉ DE NAVARRETE Y D. JOSÉ CAMPO ARANA.

VAL-DE-MORO, 11 de Julio de 1878.

¡Quiera Alá, nobles poetas,
quiera Alá propicio daros
(ya que no cien odaliscas
de pechos muy apretados
y lascivos ojos verdes
y gruesos lúbricos labios)
tantos cientos de naranjas,
tanta miel y tanto grano,
tantas cántaras de leche,
tantos higos y duraznos,
tantos borregos y ovejas
(de tanta lana colmados),
tanto café, tanto azúcar,
arroz y dátiles tantos,
que en envidia se conviertan
(ved si pongo extremo el caso)
la gratitud y el contento
que en mi pecho despertaron
vuestras dulcísimas trovas
la víspera de mi Santo!

Bajo la lona del toldo
que fresco mantiene el patio,
recordándome las tiendas
de los valles africanos;—
ayer, mientras que del pozo
los dos cubos alternados
agua benigna sacaban,
de la garrucha al son agrio,
y macetas y arriates
iban en tandas regando
(gozosos del bien que hacían)
mis hijos y mis *esclavos;*—
á las siete de la tarde,
cuando buscaban los pájaros
sus nidos en las acacias
del jardín y del traspatio,
cantando, no sus amores
(que ya todos empollaron),
sino el placer de estar vivos
después de un sol de cien grados;—
en tal sitio y en tal hora
fué cuando llegó á mis manos
vuestra poética epístola
la víspera de mi Santo.

Puse sobre mi cabeza
documento tan preciado;
vuestras firmas una á una
llevéme luego á los labios;
me calé las antiparras
(pues mis ojos van fallando),
y á la sultana Paulina,
hija de padres cristianos

(á la cual me he reducido
hace más de doce años),
le leí vuestras estrofas,
que mucho nos solazaron,
moviéndonos juntamente
á risa y á dulce llanto.
Rasquéme luego las piernas
(sobre que estaba sentado);
tomé un sorbo de café;
metí en la pipa tabaco,
y quedéme pensativo,
soñoliento al poco rato...,
y, al cabo de media hora,
dormido como un gusano.

Alá os conceda á vosotros
esta paz y este descanso;
sultanas como la mía
á los que andáis aún *mudando;*
hijos tan bellos y afables
como mis cuatro muchachos,
y amigos sabios é ilustres,
como los que á mí me ha dado
en vosotros seis, de quienes
era ya humilde vasallo
antes de leer vuestra carta,
la víspera de su Santo,
Al-Arcón-Ben-Al-Arcón...
(Perico entre los cristianos.)

CÁMARA DE LOS LOROS

SESIÓN DE CORTES, ESCRITA EN EL PERIÓDICO «EL BELÉN», PUBLICADO POR EL SR. MARQUÉS DE MOLINS LA NOCHEBUENA DE 1857.

CORTES.—CÁMARA DE LOS
LOROS.—*Presidencia del*
SEÑOR COTORRA.—*El mantel*
se pone antes de las dos.—
Á fin de hacer paladar,
se sirvió el anterior acta,
y la Cámara compacta
la tragó sin rechistar.—
Se manda, por un descuido,
pasar á la Comisión
una caja de turrón,
para ver el contenido.—
VARIOS DE LOS COTORRONES:
—¡Que se abra! ¡Que se abra!—
EL DIRECTOR DE TURRONES:
—¡Cómo!...—¡Pido la palabra!
EL SEÑOR CATACOLMENAS
(MIEMBRO DE LA COMISIÓN):
—Señores... *(Gran confusión:*
se oye al orador apenas.)
EL PRESIDENTE *(En sus trece):*
—¡Orden! ¡Esta boca es mía!

(Entre tanta algarabía
el turrón desaparece.—
Gritos y campanillazos.
Á poco el tumulto cesa,
y queda sobre la mesa
una caja hecha pedazos.)
PRESIDENTE:—Orden del día.—
EL SEÑOR ÚNICO-DIENTE:
—Antes, Señor Presidente,
pido la palabra á usía.
PRESIDENTE:—¿Para qué?
DIENTE:—Para preguntar,
ó más bien interpelar
al Señor Ministro de
los Anfibios, acerca
del bautizo del jerez.
EL PRESIDENTE:—¿Otra vez?
¡El Ministro está en su alberca,
donde se ha armado un motín,
porque pretenden los patos
sacar los pies de los platos
y no entrar en el festín!
(Aparece en el salón,
de gran uniforme, un viejo
COTORRÓN, *muy cotorrón,*
PRESIDENTE DEL CONSEJO
DE MINISTROS.—*Sensación.*
Hablan ambos PRESIDENTES;
sube el viejo á la tribuna,
y, calándose los lentes,
dice):—Queridos oyentes:
Ha poco, entre doce y una,
el Gobierno ha recibido

este parte de Belén:
«La Virgen Santa ha parido
»un Niño; el Recién nacido
»y la Madre siguen bien.
»Se añade que unas criaturas
»con alas, andan á oscuras
»gritando de sierra en sierra:
«¡GLORIA Á DIOS EN LAS ALTURAS,
»Y AL HOMBRE PAZ EN LA TIERRA!»—
Por lo que pueda tronar,
hemos doblado el retén,
y el Gobierno piensa obrar
con energía... *(¡Muy bien!*
¡Muy bien! ¡Eso es gobernar!)
PRESIDENTE:—Orden del día.—
Prosigue la discusión
sobre dar una pensión
á las viudas de Pavía.—
Tiene la palabra en pro
el general Papagayo.
PAPAGAYO:—¿Por qué no?
Señores, yo no desmayo...
VARIOS LOROS:—¡Trueno y rayo!—
¡Yo sí me desmayo!—¡Y yo!
EL PRESIDENTE:—¡Paciencia!—
Señores, se está guisando
la cena...—¡Ay, Dios!... *(Bostezando.)*
(«¡Orden en la Presidencia!»)
PRESIDENTE:—Siga usía.
PAPAGAYO:—Iba diciendo
que no desmayo, aunque entiendo
que pronto será de día.—
Yo no vengo aquí á luchar

por la parte que me toca,
pues soy un ave ejemplar
que sólo suele cenar
por la noche y con la boca.
Hoy por la primera vez
en estas lides batallo,
y un pájaro soy, ¡pardiez!...,
como todos..., que me callo
cuando me dan buen jerez.—
Contaré á la Comisión
mi historia día por día:
Preso estuve en un balcón...
PRESIDENTE:—¡Á la cuestión,
y no haga su biografía!
PAPAGAYO:—Dispensad.—
Pues bien: no hallo dos ochavos
de razón ni de equidad
en que tengan viudedad
las viudas de los pavos.
¡Sólo se comprendería,
quedando ellas obligadas
á perecer en su día,
cuando ya tuviesen cría
y se hallasen bien cebadas!
(Señales de aprobación.)
UN LORO MUY AMARILLO
(MIEMBRO DE LA COMISIÓN):
—Señores: *(Grande atención.)*
Agua y un azucarillo.—
Caballeros: ¿Dónde estamos?
¿Qué república tenemos?
¿En qué ciudad habitamos?—
¡Bien se conoce que semos...

(Silbidos.) ¡Semos ó samos,
ó somos!—¡Dejad que hable!—
Yo desprecio esos rumores...—
Decía que es lamentable
lo que sucede, señores.
Hay detrás de esta cuestión,
llamada de municipios,
una cuestión de principios
de difícil digestión.
Conviene, pues, tratar antes...
(Señores, nadie se asombre...)
si le es permitido al hombre
comerse á sus semejantes.—
¿Es por su *constitución*
carnívoro este animal?—
¡Ya veis con cuánta razón
llamé *Constitucional*
á esta difícil cuestión!—
La Constitución de Adán,
promulgada en el Edén,
¿le exigió engañar el pan,
tostando en una sartén
desde el cerdo hasta el faisán?
Yo leo en crónicas viejas
que el hombre, en tales dominios,
y vestido de pellejas,
comenzó sus latrocinios
por la miel de las abejas,
la leche de las ovejas
y otros varios lacticinios.—
Concedamos que abusase
el hombre así de su clase,
comiéndonos sin piedad...—

Era en usufructo..., ¡pase!—
Pero ¡diablo!, ¡en propiedad!—
¡Así fué! Los inhumanos
pronto hallaron modo nuevo
de explotar á sus hermanos,
y se comieron, ¡villanos!,
á nuestros hijos en huevo.
En fin: la torpe afición
es ya tanta, que en alhóndigas
nos venden hechos jamón,
picados en salchichón,
y ¡lo que es más!..., ¡en albóndigas!—
¿Por qué esta inquina tirana?
¿No dábamos á esos fieros
marfil, plumas, seda, lana,
cerdas, almizcle, badana
y cuernos... para tinteros?
¿No eran dueños absolutos
De la tierra y de sus frutos?
¿No les sobraban legumbres?—
Pero ¡comerse á los brutos!...—
¡Así marchan las costumbres!—
Esta es toda la cuestión,
clara, concreta y distinta:
¡la abolición de la quinta!
¡Sí, señor, la abolición
de esa atroz contribución
de sangre, que á tantos bravos
condena á morir esclavos
entre guisantes y habas!...
¡La cuestión no es de las pavas!
¡la cuestión es de los pavos!
Papagayo:—¡Teorías

absurdas y paradójicas!
¡delirios! ¡filomanías!
¡disparates! ¡utopías!
¡invenciones demagógicas!—
¡Abolir todo alimento
animal!...—¡No lo concibo!—
¡Y abolirlo un Estamento
de Loros!...—¡Risible intento,
tan sandio como nocivo!—
¿No pensáis que, vengativo
el hombre, á la par que hambriento,
pudiera, no sin motivo,
mediante un pronunciamiento,
comerse al Gobierno vivo?—
Señores: los intereses
de peces, aves y reses
no se rozan con vosotros,
puesto que ni aun los ingleses
nos han guisado á nosotros [1].—
¡Ó somos loros ó no!
El mismo que ha poco habló
contra las carnes tan bien,
se nutre de la sartén
como el Ministerio y yo.
¡Un loro es un animal,
pero no un contribuyente;
y cumple como otro tal
hablando aquí bien ó mal,
para divertir la gente!

[1] No hay regla sin excepción.—En Málaga, cierto inglés, prendado de lo bien que un loro tarareaba la Marcha Real y de su muy vistoso plumaje, consiguió que se lo regalaran, y se lo comió en pepitoria.—*(Nota del taquígrafo.)*

Comamos y hablemos, pues;
comamos y hablemos mucho;
¡mueran el pavo y la res!...
Un pavo:—(*«¡Cielos! ¿Qué escucho?»)*
Un pollo:—(*«¡Ese Loro es
incomestible avechucho,
ajeno á nuestro interés;
al cual ni el pinche más ducho
convirtiera en entremés,
y á quien ni el gato ni el chucho
se comieran en un mes!»)*
Las pavas:—(*«¡Bravo!»—«¡Oportunas
razones!»—«¡Salga el autor!»
—«¡Bis!»—«¡Que le den aceitunas!»...)*
Presidente:—Celador,
¡que despejen las tribunas!
Los Papagayos:—¡Cabal!
(Gritos: mueras: algazara:)
Un Mochuelo colosal:
—¡Pido la palabra para
una alusión personal!
Presidente:—No la doy.
(«¡Á cenar!» «¡Á votar!» «¡Vinos!»)
Uno:—¿Á cómo estamos hoy?
Mochuelo:—¡Ó ceno, ó me voy,
Presidente de asesinos!
(«¡Bravo!» «¡Á votar!»)—(Votación.
La gana la oposición.)
El Presidente:—Yo parto...—
*Se levanta la sesión.
Eran las tres menos cuarto.*

EL NINFO DE SEBASTIANI [1]

I

Ya del hidrófobo Cancro
sintió el Sol la mordedura,
y anda cual perro rabioso
por las regiones cerúleas.
Más larga que la de Leyes
es su carrera diurna,
pues casi, casi un crepúsculo
de otro se enciende en la punta.
Á cuarto están las cerezas,
y pelechando las uvas;
todo señor en el campo,
todo estudiante de tuna.
En las ardientes campiñas
andan hechos unas furias
los morenos segadores
tras de las espigas rubias;
La gente habita en los patios;
las bellas más bellas sudan;

[1] La acción de este romance (que el autor incluye en la presente colección á instancia de respetables literatos) pasa debajo del puente que Horacio Sebastiani construyó cerca del paseo de la Bomba, en la ciudad de Granada.

las gordas están, ¡ay, míseras!,
escocidas como nunca.
Cantan las ranas de noche;
también canta la lechuza,
y los grillos en el campo
tocan *tutti* de bandurria.
¡Oh estación del tabardillo,
del gazpacho y de las pulgas!
¡Felices mil y mil veces
los que ignoran tus dulzuras,
moradores de los lagos
de la Groenlandia ó de Rusia,
ó médicos titulares
de los valles de Guipúzcoa!

II

Es la tarde: un sol de Julio
su disco inflamado oculta
del caliginoso ocaso
tras los celajes de púrpura.
Aún duerme la siesta el viento,
aún las aves están mudas,
y las hojas de los árboles
cuelgan inmóviles, mustias.
Las cigarras y las moscas
apenas la calma turban
de la callada arboleda
que el Genil sudando cruza,
y si acaso alguna rana
deja las regiones húmedas,
pronto es asado cadáver
en las arenas enjutas.
¡Oh, qué calor, qué bochorno!

¡qué poca el agua y qué sucia!
¡qué polvo allá sobre el puente!
¡qué peste aquí en la espesura!

III

Súbito el son compasado
de una campana retumba...
(Es que está dando las siete
el reloj de *las Angustias.)*
Como por ensalmo entonces
todo cambia de postura...—
¡Dijérase que la tierra
se despereza y rebuzna!—
Irgue su tallo la planta;
la flor se entreabre impúdica;
tiende sus alas la brisa;
el álamo se columpia...
Cantan las tímidas aves,
que el nido amoroso buscan;
y el *Picacho de Veleta,*
que, cual un pilón de azúcar,
muestra su perpetua nieve
del sol á la llama última,
pronto se ve coronado
por la transparente luna,
mientras que el héspero hermoso,
el viento fresco y la bruma
que sobre el agua se extiende,
la hora del placer anuncian.
Quizá los inciertos pasos
que allá en la orilla se escuchan,
y que en la delgada arena
su huella apenas dibujan,

de las náyades del río
la ansiada vuelta me auguran...
Quizás aquí, ante mis ojos,
van á aparecer desnudas,
más lascivas que esas olas,
más blancas que esas espumas...
¡Oh, venid, sílfides bellas,
ninfas, dríadas y musas;
sacad de las verdes ondas
vuestras espaldas ebúrneas,
y la aljofarada de agua,
luenga cabellera oscura,
apartad..., para que vea
vuestras bellezas ocultas!

IV

Los pasos más cerca suenan...
más cerca... (¡mi ser se turba!),
y por el ojo del puente
se divisa una figura
que triscando se adelanta,
mientras sus labios modulan
el más villano estribillo
que sonó en boca andaluza.
—«*¡Ay qué gusto, y qué placer!*
»*Es cosa rica...*», murmura;
y el viento se lleva el resto
de la letra y de la música.
¡Él es!: no eran las ondinas,
ni las sirenas coludas,
ni las ninfas, ni las náyades...
¡Es el *Granuja!* ¡El *Granuja!*—
Esquilado trae el cogote

por peluquero de burras;
pero un mechón por delante
vela su mirada astuta.
De una antigua chifarrada
la pelada media luna
luce, cual melón calado,
de la corona á la nuca.
Cicatrices de apostemas
todo su pescuezo ilustran;
que nació malhumorado
y es muy propenso á la fruta.
Lleva un *chicote* en la boca,
y tras la oreja una *punta*
que ha cogido en la Carrera,
pues es dado á la rebusca.
Silba, aunque le falta un diente,
y eso que pasó la muda;
mas diz que de un par de coces
se lo derribó una mula.
Con soflama guiña un ojo,
y las narices arruga
para sorber lo que limpia
con cendal de cinco puntas.
Viste un calzón de su padre,
que le sirve hasta de chupa;
ancho, como si lo hubieran
cortado á la mameluca.
Los perniles trae doblados
con arreglo á su estatura,
y de un tirante de vendo,
que su pecho y dorso cruza
á la manera de banda,
pendiente va aquella funda,

que es á un tiempo bata, gorro,
pantalón, chaleco y túnica.
Completan su ático traje
camisa de tela cruda,
un zapato y una bota,
la honda en torno á la cintura,
y un tirajo negro al cuello,
que lleva por la difunta...
—Tal es el aparecido:
tal es el hijo de alguna.

V.

¿Visteis cómo la culebra
suelta en Julio la casulla,
ó en Marzo los gorriones
sacuden toda la pluma?—
Pues así; pero no así,
sino con acción más súbita,
nuestro audaz protagonista
el tirante desanuda,
y caen como por encanto
al suelo sus vestiduras.
Dos puntapiés pega al viento,
y la bota y la babucha
vuelan..., y quedan colgadas
de un peral en la espesura.
Con esto, y dar un voleo
á aquella camisa *ut supra*,
en cueros vivos se queda
el ninfo, y gritando «¡hurra!»,
se adelanta hacia las ondas
con marcial desenvoltura.
¡Madre Tetis! ¡oh Anfitrite!

¡oh Neptuno! ¡oh vieja turba
de Tritones y Nereidas!...,
¡acogedle en vuestras urnas!
Miradle cruzar el río
de pie, sin que el agua turbia
consiga, por más que salta,
pasarle de la cintura.
Ved esos miembros de cobre,
que ni aun mojados relumbran;
pues mugre de trece años
no hay agua que despercuda.
Vedle, en fin, buscar la orilla,
no bien siente la frescura,
é ir en busca de la ropa
en un pie como las grullas...—
—¡Breve fué el baño! ¿Quién sabe
si ejerció funciones sucias
en sus líquidos palacios?...
¡Quién sabe!—¡Silencio, musas!

VI

Ya se viste el tierno ninfo;
ya se viste; ya se enjuga;
que el enjugarse y vestirse
son en él cosas conjuntas.
Cuatro pedradas asesta
luego al peral, y una lluvia
de peras, con el calzado,
la tierra asombrada inunda.
Guarda la fruta en el pecho;
cálzase; enciende la *punta*,
que ha seguido tras su oreja
y que permanece enjuta,

y hacia el Salón se dirige
más arrogante que un húsar,
gritando:—*¿Quién quiere lumbre?*—
¡Eh, caballero! ¿Usted gusta?—
Así llega á la Carrera;
sobre un asiento se tumba;
y una tras otra se come
quince peras prematuras.
Vuélvese del otro lado;
santíguase con la zurda,
y quédase más dormido
que la Reina-Madre Turca.—
¡Duerma en paz! Su tierna madre
duerme también en la tumba;
pero sobre el pobre huérfano
vela la madre Natura.
Con su sábana de encaje
cúbrelo la blanca luna,
y cual lámparas de oro
los astros su sueño alumbran.
La brisa amante lo besa,
los ruiseñores lo arrullan,
los árboles lo abanican
y las flores lo perfuman.
¡Oh, qué lujo y qué descuido!
¡Oh, qué cumplida ventura!—
Seguid, seguid esa senda,
jóvenes de egregia alcurnia,
y tú, Fabio, y tú, Teótimo;
que, á no ser la de la Inclusa,
no hay vida más envidiable
que la vida del *Granuja*.

GRANADA, 1859.

AL SAN MARTÍN DE CADA UNO

SONETO DE PIES FORZADOS, COMPUESTO EN LA TERTULIA DEL EXCELENTÍSIMO SR. CONDE DE CHESTE, COMPITIENDO EN VELOCIDAD CON VARIOS AMIGOS.

Llégale á cada cual su *San Martín:*
San Pablo se cayó de su *morcillo,*
Homero mendigó sin *lazarillo,*
y á Viriato dió muerte un *matachín.*

Tasso, por mucho amar, perdió el *magín,*
Marco Bruto clavóse su *cuchillo,*
Bonaparte reinar no pudo en *Trillo,*
Nabucodonosor comió *aserrín.*

Mataron al Bearnés de un mete y *saca,*
Julio César murió en un *alboroto,*
muchos hallan veneno en su *petaca,*

y traidor á don Carlos fué *Maroto...*—
Mas mi cuita entre todas se *destaca:*
¡mi soneto es muy malo, y no lo he *roto!*

EL HIJO PRÓDIGO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Á mis padres.

A. P. de Alarcón.

PERSONAJES	ACTORES (EN 1857).
DON BLAS, 60 años......	D. Joaquín Arjona.
DOÑA ROSA, 50..........	D.ª Mercedes Buzón.
MIGUEL, 20.............	D. Julián Romea.
DOLORES, 20............	D.ª Teodora Lamadrid.
FERNANDO, 20...........	D. Victorino Tamayo.
DOÑA RAMONA, 40........	D.ª Felipa Orgaz.
DON GIL, 50............	D. Pedro Sobrado.
CRIADO.	
UN MOZO DE DILIGENCIAS.	
UNA CIEGA Y UNA NIÑA.	
(La ciega canta.)	

La escena es en una importante villa de Andalucía, en casa de Don Blas.—Año de 1850.

Se estrenó este drama en el teatro del Circo, de Madrid, la noche del 5 de Noviembre de 1857, á beneficio del primer actor D. Joaquín Arjona.

NOTA

Se procurará que los trajes no resulten prosaicos ó vulgares.

Don Blas, en el primer Acto, lleva gran bata de invierno, y, en el segundo y tercero, levitón muy largo, de mahón de su color, y pantalón y chaleco blancos.

Doña Rosa.—Vestidos anticuados, manteletas de seda negra, y gran peinado del año 30.

Miguel.—Primer Acto, frac y corbata blanca. Segundo y tercero, traje usado de viaje.

Dolores.—Bata de invierno en el primer Acto, sencilla y elegante. Traje de verano, en el segundo y tercero, claro, propio para salir de casa.

Fernando.—Traje de capricho, como de viaje, ó campo, ó caza, en el primer Acto; por ejemplo: chaqueta larga de terciopelo, gran chaleco de ante y polainas de lo mismo, pantalón bombacho, y elegante sombrero chambergo. En el segundo y tercero, traje entero de ciudad, de dril claro.

Doña Ramona.—Trajes anticuados, lujosos y algo ridículos.

Don Gil.—Frac antiguo, corbatín de ballena, chaleco corto y guantes blancos en el primer Acto; y, en el segundo y tercero, levita anticuada, de verano.

ACTO PRIMERO

Salón antiguo, con gran chimenea de campana, á la derecha del espectador, en primer término.—En segundo término, en el mismo lado, la puerta del comedor.—En el fondo, gran puerta que da á un corredor, cuya baranda se alcanza á ver, y detrás el hueco del patio.—Á la izquierda, en el segundo término, aparador con vajilla. En primer término, mesa grande, de nogal, con un velón de Lucena, de cuatro mecheros.—Al fondo, retratos al óleo de altos militares del siglo pasado y de principios del actual.—Á la izquierda, entre la mesa y el aparador, ventana de cristales.—Al lado allá de la chimenea, frente al público, gran sillón de vaqueta.—Todos los muebles anticuados y severos.—Á la izquierda, reloj de pared, con caja para la larga péndola.

ESCENA PRIMERA

DON BLAS, DOÑA ROSA, DOLORES y DOÑA RAMONA

(Al levantarse el telón, se oye el doble de varias campanas.—Don Blas, en el sillón de vaqueta, reza con un rosario en la mano.—Doña Rosa y Doña Ramona hacen calceta, sentadas también á la chimenea.—Dolores, á la izquierda, junto á la mesa, borda en un bastidor de falda.—Es de noche.)

BLAS. ¡Por el eterno descanso
de los que en la tierra yacen!
TODOS. Amén. **(Da las diez el reloj de péndola. Cesa el doble.)**
RAMONA. Las diez... ¿Han oído?
BLAS. Sí: las diez son. **(Mirando la péndola.)**
RAMONA. ¡Dios las trae!

(Doña Rosa se levanta, y, acompañada luego por un criado, de chaqueta, entra y sale por la puerta de la derecha, llevando vajilla del aparador.—Dolores se levanta alguna que otra vez, y se asoma á los cristales.—Doña Ramona continúa diciendo entre tanto:)

¡Ya terminaron los dobles!—
¡Jesús, qué noche! ¡qué tarde!
¡La víspera de difuntos
me da miedo!—¡Aun tengo carne
de gallina!—¡Es espantoso
pasar nueve horas cabales
oyendo tocar á muerto!

BLAS. Y, sin embargo, ¡es tan grande!
¡es tan solemne este día!

RAMONA. ¡Pero triste!

BLAS. ¡Disparate!
Para los buenos cristianos,
morir es cosa muy fácil;
porque morir es nacer
á otra vida perdurable.
El que no está satisfecho
de lo que aquí piensa y hace,
teme que no le permitan
existir en otra parte...
¡Por eso espantan los muertos!
¡Por eso le hacen visajes
la noche de Todos Santos!...—
¡Es muy difícil juzgarse
digno de morir, vecina!—
Cásese usted.

RAMONA. ¿Que me case?

BLAS. Sí, señora: verá entonces
cómo en sus hijos renace,
y ya nunca se imagina
que morir es acabarse.
Sabrá usted, por el contrario,
que, cuando al sepulcro baje,
habrá, en noches como ésta,

quien recuerde sus bondades,
y ruegue á Dios por el alma
de una esposa, de una madre!

RAMONA. ¡Eso digo yo á Don Gil!—
Pero, en fin, cuanto más tarde...;
siendo vieja..., tiene una
menos probabilidades
de ver morir á sus hijos...

BLAS. ¡Y de verlos nacer! (Con sorna.)

RAMONA. ¡Zape!
¡No anda usted descaminado!—

BLAS. Y tú, Dolores, ¿qué haces?
¡No dices una palabra!
¿Qué tienes?

DOLORES. Pienso en mis padres.

(Don Blas se levanta y se acerca á Dolores. Doña Rosa, que ve sola á Doña Ramona, le dice, continuando en su faena:)

ROSA. Comadre, dispense usted...

RAMONA. ¡Vaya!... Siga usted, comadre.

BLAS. (Á Dolores.)
También yo he pensado en ellos;
y, en pago á tus preces, sabe
que, al par que yo, te bendicen
y te oyen en este instante.—
¡No media tanta distancia
entre muertos y mortales!...
¡Ausentes los muertos son!...
¡Espera hasta que te llamen!—
(Dolores se levanta.)
Mas dejemos estas cosas...—
¡Alégrate..., ven..., abrázame!...
(La abraza.)

¡Como á verdadera hija
te queremos, noble ángel!...—
¡Ni tiene mérito alguno
que acá vivas y aquí mandes;
que eso y mucho más debemos
(y así el Señor se lo pague)
á la memoria bendita
de don Luis y doña Carmen!
Si monté la Ferrería,
si pan tenemos que darte,
agradéceselo á ellos...—
¿Qué era yo?—¡Un señor don Nadie!
¡Un hidalgo sin terrones,
cuyo venturoso padre
perdió, matando franceses,
mucha hacienda y mucha sangre!...—
Prestóme entonces el tuyo
sumas, que llegué á pagarle;
mas sin él... (Pasean hablando.)

RAMONA. ¡Válgame el cielo!
¡La historia de siempre!

BLAS. Antes
de morir, me dijo:—«Blas...»
(He de advertir que tu madre
ya había muerto...) (Pasean.)

ROSA. (Acercándose á la chimenea.) ¡Estoy sin vida!
¡Distráigalo cuando acabe!

RAMONA. ¡Ya! ¡ya! (De muy mal humor.)

ROSA. ¡Miguel no ha venido!

RAMONA. ¡Ni Don Gil!

ROSA. ¡Y los hojaldres
ya están!—¡Ay! ¡Ese muchacho
va á comprometer un lance!

Figúrese usted, vecina,
que Blas le dijo esta tarde:
—«¡Ven á las diez!...»—¡Y ya han dado!

RAMONA. ¡Estará con la elegante
forastera!—¡Según dicen,
hoy hay concierto, y fiambres!...

ROSA. ¡Dios nos asista! ¡Me aterra
verle reñir con su padre!—
Ayer le faltó al respeto;
y Blas, si llego á tardarme
en acudir... ¡Virgen Santa!
(Se oye un aldabonazo.)

BLAS. Llaman á la puerta. (Á Rosa.)

ROSA. (Muy expresiva.) Ya abren.
(Pausa.)

ESCENA II

DICHOS, FERNANDO y el CRIADO

BLAS. Es Fernando.

FERNANDO. Buenas noches.
(Da la capa y el sombrero al criado.)

TODOS. Buenas noches.

FERNANDO. (Al criado.) Oye, Jaime.
Llégate á ver si mi potro
se mejoró.— Vine á escape
de la Fábrica, y sospecho
que cogió en la Plaza un aire.—
Di á Sebastián que mañana
tengo que volver al cauce,
y que mi caballo ú otro

necesito... (Se acerca á la chimenea.)
¡Qué frío hace!
(Busca las miradas de Dolores.)

BLAS. (Aparte á Dolores.)
¡Ya está aquí el hombre de bien!
¡Confesemos que no es fácil
elegir mejor marido!
Laborioso, rico, afable...
¡Te digo que has acertado!—
(Dolores impasible.)
¡Y nada! ¡Callar!

DOLORES. (Con mimo.) Repare...

BLAS. ¡Qué condición de chiquilla!
¡No hay quien del cuerpo le saque!...—
¡Pues mira que los papeles, (Dulcemente.)
según hoy me ha dicho Gálvez,
están del todo acabados!
¡Mira que leyóse el martes
la última amonestación!
¡Mira que...—(De pronto.) ¡Fernando!

DOLORES. (Con apresuramiento.) ¡Calle!
¡Calle por Dios!

BLAS. (Riéndose.) Bien: no temas...

FERNANDO. (Acercándose.)
¿Qué hay, Don Blas?

BLAS. ¿Ya te libraste?

FERNANDO. Sí, señor. Onza tras onza,
solté los seis mil reales,
con lo cual... sigo paisano!
(Dolores se asoma á los cristales y á la puerta del fondo, de vez en cuando.)

BLAS. ¡Enhorabuena! (Le da una palmadita.)

FERNANDO. ¡Más plácemes

debemos dar á Miguel!...
¡Sacar el doscientos!—¡Diantre!

RAMONA. (Que sigue sentada á la chimenea.)
¡Pues, sin embargo, es tan loca
su afición á los viajes,
que, al ver que no era soldado,
tuvo el valor de quejarse!

FERNANDO. (Con modestia y sin aversión á Miguel.)
¡Buen provecho! ¡Eso va en gustos!
¡Yo no dejaría el valle
aunque me dieran, en cambio,
galones de comandante!—
(Gravemente.)
La ventura conocida,
para mí es irreemplazable...—
Podrá haber otras mejores...,
pero no que más agraden.—
En esta tierra nací:
duermen en ella mis padres:
tengo en Miguel un amigo
noble, leal y constante:
de ustedes gané el afecto;
y, aunque vivo en casa aparte,
mi propio hogar me parecen
las brasas que en éste arden.
Acá jugué cuando niño
con mi aparcero de clase,
ó con la seria Dolores
meriendas hice y altares...;
y Dios sabe cuántas veces,
en proporciones iguales,
pellizcos de usted... ó besos
partimos los tres rapaces.—

Tal ha corrido mi vida...,
tal es..., y Dios me la guarde...—
¿Á qué mudar de postura?
¿Á qué ni adónde marcharme?
(Mudando de tono al ver que se conmueve.)
¡Bah! ¡Esta villa es muy hermosa!
¡Aquí hay de todo!—Aquí...

BLAS. (¡Cállate!
(Señalando á Dolores, que está junto á la ventana.)
¿No ves que le da vergüenza
de quererte y de casarse?)

FERNANDO. (Aparte, con melancolía.)
(¡Vergüenza!...)

BLAS. Acaba: ¡has llegado
de tal manera á prendarte...
de mi pobre Ferrería,
que has vendido tus marjales
á fin de aumentar aquello!...—
Procuraremos que ganes
y que en ningún caso pierdas...—
¡Tú eres menor!

FERNANDO. ¡Los curiales
bien se han lucrado con eso!...
Pero, en fin, hoy los Fernández...

BLAS. Por ellos lo sé...

FERNANDO. Me han dado
cinco letras sobre Cádiz
y cinco sobre Madrid...:
veinte mil duros cabales,
que mañana serán hierro,
y eran ayer olivares...—
Lo digo porque mañana
los traeré acá, Dios mediante,

para que usted los negocie
y entren en el arca grande.

BLAS. ¡Eres una alhaja! ¡Un héroe!—
¡Yo sabré recompensarte!...
¡Conmigo te unes el día
en que empiezan mis azares;
cuando encarece la mena,
cuando mis fuerzas decaen!...
Casi parada la Fábrica
está hace un año... ¡Yo antes
era... lo que hoy no consienten
ni mi edad ni mis achaques!...
Pero con tu fuerte auxilio
se vencerán tantos males,
y seremos millonarios...
en cuanto allí se trabaje...

FERNANDO. Yo no necesito mucho... (Mirando á Dolores.)

BLAS. A propósito: ¿arreglaste
los papeles de la herencia
de Dolores?

FERNANDO. En gran parte,
y demuestran claramente
que ella es la más rica...—El padre,
cuando, de regreso á España,
embarcóse en Buenos Aires,
dejó allá en poder de un socio
varias fincas y hasta vales
por cobrar...

BLAS. (Muy contento.) ¿No te lo dije?

FERNANDO. Y, aunque varios comprobantes
y resguardos perecieron
con don Luis en esos mares,
de sus cartas y las copias

todo resulta palpable...
BLAS. ¿Lo ves? El pobre marino,
cual si previera el desastre,
me lo iba escribiendo todo
con sus pelos y señales...
FERNANDO. Será, empero, necesario
para el asunto, que alguien
marche allá y se esté seis meses
desenmarañando fraudes...—
¡Según la carta del Cónsul,
el tal socio es un tunante!
BLAS. ¡Eso á Miguel le tocaba!—
Pero, hijo, nuestro magnate
sólo sueña con la Corte...
¡Irse allá son sus afanes!
(Doña Rosa presta oídos.)
FERNANDO. (Con viveza.)
Yo podría...
BLAS. ¡Tú no puedes!
¡Hoy eres indispensable
en la Fábrica!...—¡Además,
no quiero que ahora te embarques,
ni con Lola, ni sin ella!...—
Casaos..., y más adelante...—
Pero volviendo al mocito...
FERNANDO. ¡Cálmese usted!
ROSA. (Disculpándolo.) Miguel...
BLAS. (Á Rosa.) ¡Dale!
¡Mientras él pasa la vida
pensando en coplas y fraques,
sin parecer por la Fábrica,
ni pensar en ayudarme,
éste, que no es nada mío...

FERNANDO. ¡Eh! Don Blas..., ¡no le rebaje!—
Yo soy rico y vivo solo;
carezco de sus alcances;
(Señalándose á la frente.)
ni padre ni madre tengo,
ni perrillo que me ladre;
hago lo que se me antoja,
y quiero á ustedes...—
(Para cortar la conversación, vuélvese bruscamente y se acerca á la lumbre.—Don Blas se pasea.)
Mas ¡calle!
¡Doña Ramona durmiéndose,
y yo tan serio aquí helándome!...
—¡Hola, Ramoncita!...
RAMONA. ¡Hola!
FERNANDO. ¿Se pasó el enojo?
RAMONA. (Agria.) Casi.
FERNANDO. ¿Y don Gil? ¿Cómo esta noche
no está aquí acaramelándose?
RAMONA. (Displicente.) No sé.
FERNANDO. Pues yo sí lo sé.
RAMONA. ¡Silencio, ó vuelvo á enojarme!—
(Con reserva propia de chismosa.)
¡Cuénteme usted de Miguel!
FERNANDO. (Lealmente.)
¿Miguel? ¡Tan guapo y radiante!—
Esta tarde iba en el coche
de la Condesa del Sauce...
RAMONA. ¡Siempre con la forastera!
FERNANDO. (Con afecto.)
¡Parecía un personaje!..;
y me saludó tan fino,
que no acerté á contestarle.—

Ahora estará en el concierto...—
¡Y Don Gil también! (Esto último con malicia.)

RAMONA. (¡Infame!
¡Y me juró que no iría!)

FERNANDO. ¡Lo encontré puesto de guantes
y corbatín de ballena!...
(Suena un aldabonazo.)

DOLORES. (Que estaba á la puerta del fondo, dice á Rosa:)
¡Ya está ahí Miguel! (Pausa.)

FERNANDO. (Viendo que quien entra es D. Gil.)
(¡El arcángel!)

ESCENA III

DICHOS, y DON GIL por el foro.

(El criado le quita la capa.—Don Gil, con frac antiguo, etcétera.—Véase la nota de la pág. 261.)

GIL. Buenas noches...

DOLORES. (Con naturalidad.) ¡Ah! No es él.

ROSA. (Á Dolores.)
¡Ay, qué rato nos aguarda!
¡Defiéndelo si se tarda!

BLAS. Señor Don Gil, ¿y Miguel?
Esperaba á ustedes juntos...

GIL. ¿Yo con Miguel?—¡Ni á la gloria!

BLAS. ¡Bueno! Tendremos historia...

ROSA. ¡Como es noche de difuntos!...

GIL. ¡Sí!... ¡Proteja usted al niño!
¡Cuando vengo avergonzado!...—
Para él no hay nada sagrado,
ni honra, ni ley, ni cariño...—

¡Es un hereje! ¡Es un vándalo!
BLAS. Mas ¿qué ha pasado, don Gil?
GIL. ¡Me ha llamado zascandil
en plena reunión!
RAMONA. ¡Qué escándalo!—
¡Mira los inconvenientes
de ir á ciertas reuniones!...
GIL. Ramoncita..., ¡mil perdones!...
Pero mis antecedentes,
mi alta posición social,
como abogado, censor
del teatro, regidor
y miembro corresponsal
de la Academia...—¡Usted ve!
(Volviéndose á doña Rosa.)
¿Quién pudiera imaginarse
que se atreviese á mofarse
de mí esa especie de... de...
¡de réprobo! ¡de pagano!...—
(Volviéndose á Don Blas.)
Sí, señor, ¡señor Don Blas!
¡Miguel tiene á Satanás
en el cuerpo! ¡Es volteriano,
jacobino!...
BLAS. (A su mujer.) ¡Mira! ¡mira!
ROSA. ¿Él?
GIL. ¡Lo que usted está oyendo!—
Ayer le cogí leyendo
las *Rüinas de Palmira*...
Se las quise recoger,
como censor, ¡y ese ateo
esta noche me ha hecho un feo!...
FERNANDO. ¿Qué feo? (Con sorna.) ¡Vamos á ver!

GIL. ¡Nada! Estaba, hecho un poeta,
tocando eso que ha inventado...

ROSA. ¿Los valses que ha dedicado
á don Emilio Arrïeta?—
¡Son muy bonitos!

GIL. Sí, sí...—
¡Mas yo creo al organista
de la Colegiata, artista
de mayor mérito!—Así
se lo dije á la Condesa:
la Condesa se irritó:
gritamos: Miguel lo oyó,
y dijo: —«Materia es esa,
mi amigo señor don Gil,
que usted no entiende.»—«¡Abogado
soy!», repuse, y él, picado,
replicó:—«¡Buen zascandil!»—
Yo veré en el Diccionario
lo que esta voz significa,
y ¡ay de él si calumnia implica
dicho tan estrafalario!

BLAS. ¡Oh! ¡descuide usted en mí!
¿Dónde iríamos á parar?
¡Atreverse á denostar
á quien se respeta aquí;
á un amigo de la casa,
al que le ha visto nacer!...—
¡Vaya! ¡vaya! ¡es menester
que yo enmiende cuanto pasa!
Por no afligir á mi esposa,
fuí tolerante hasta hoy;
pero ya sabrá quién soy
ese danzante...

ROSA. ¡Blas!
BLAS. ¡Rosa!
¡Déjame tú en mis asuntos
siquiera por una vez!—
Le dije:—«Ven á las diez...»
ROSA. Como es noche de difuntos...
BLAS. ¡No le defiendas, mujer!
¡No nos ama, pues no viene
á alegrarse de que tiene
padres que habrá de perder!
Él hoy, por ese concierto,
Nos deja huraño y esquivo...
¡El que no me honra de vivo,
no me llorará de muerto!
RAMONA. ¡Cabales! ¡Eso es hablar!
¡Ese chico nos desprecia!...—
¡Á mí me ha llamado necia!
GIL. ¡Toma! ¡y le van á matar!—
Ya no hay en la población
muchacho que sea su amigo.
RAMONA. Pues las muchachas... ¡no digo!
(Dolores mira al techo.)
FERNANDO. ¡Ante todo la razón!
Si los mozos no le quieren,
es porque él, con su talento,
logra cierto valimiento,
y ellos de envidia se mueren.
¡Noble, valiente, arrogante,
dadivoso... (en demasía),
no hay en toda Andalucía
quien se le ponga delante!...
Y, por lo demás, si quiebra
con solteras y casadas,

es porque están humilladas
al ver que no las requiebra.—
(Dolores á la ventana.)
¿No es cierto que las humilla?
(A doña Ramona.)

RAMONA. Si es pulla..., ¡no sé por qué!
Sin embargo, diré á usté
que, para andar por la villa
tratando á todos de legos,
debía ese Barrabás
saber un poquito más
que tocar como los ciegos.—
(Hace la caricatura de tocar el piano.)
¡Comadre, usted me dispense!

GIL. Ramoncita dice bien;
Miguel mira con desdén
la Fábrica...
(Doña Ramona y Don Gil dicen todo esto á Doña Rosa. Don Blas se pasea incomodado.—Dolores se acerca al grupo de la chimenea.)

RAMONA. ¡Pues que piense
lo que hace!

GIL. Él dice ya
que no ha de ser... *artesano*,
y yo creo que el piano
de comer no le dará.

DOLORES. (Con fingida naturalidad.)
Dicen que en Madrid hay gentes
que viven y triunfan de eso...

GIL. ¡Ah! ¡En Madrid! Sí..., ¡lo confieso!—
Mas son hombres diferentes.—
Allí..., ¡figúrate!... Allí...,
¡se explica!—¡Pero Miguel!

¿Quién le ha enseñado? ¿qué es él?—
Allí..., ¡vaya!...—¡Pero aquí!

FERNANDO. Pues yo siempre he respetado
su ambición... Cuando le miro,
me pongo triste y le admiro...—
¡Miguel es muy desgraciado!—
Porque mucho más que el arte,
le traen devanado el seso
la política, el progreso,
los asuntos de otra parte...—
¡Con qué imperio soberano
nos decía ayer aquí:
«¡Yo no pienso nunca en mí!
¡Pienso en el género humano!»—
Á la verdad, estas cosas
no están á mi alcance; pero
de su exaltación infiero
que son grandes, son hermosas.
Me pasan, pues, con Miguel
dos rarezas que me asustan:
que sus arranques me gustan...
¡y me da lástima de él!—
¡No! No vive aquí en su esfera;
no goza en lo que gozamos;
es de otra manera... ¡Vamos!
¡es como esa forastera!

RAMONA. ¡Justo! ¡como esa mujer
que lo ha cogido en sus redes!...—
¡Buena está!... ¡Acuérdense ustedes!...
¡Pero ella le va á perder!—
¡Ya se ve! ¡como es Condesa!...
(según dice...—¡La verdad
la sabe Dios!) ¡Reparad

cómo sí hace caso de ésa!—
Ella finge que se asombra
de su genio extraordinario,
y él, con tren de millonario,
no la deja á sol ni á sombra.
¡Ya inventan giras campestres,
ya baños, ya cacerías,
y así se pasan los días
como dos indios silvestres!...

GIL. ¡Pues, según dice el lacayo,
ella es casada en Madrid!...

ROSA. Ya está la cena...; venid...

RAMONA. Sí, vamos: ¡yo me desmayo!

BLAS. (Á Don Gil.)
Vamos, vamos á cenar...—
Del niño... ya pensaremos...

FERNANDO. (Á Dolores.)
Aguarda: ¡quiero que hablemos!
(Retrocede hacia el proscenio.)

ROSA. (Á Fernando.)
¿Vas á hacerte de rogar?

FERNANDO. Es que ya he hecho colación...

ROSA. ¿Y tú? (Le disgusta dejarlos solos.)

DOLORES. Yo no tengo gana.

ROSA. ¡Jesús, qué chica! Mañana
llamo al médico.

BLAS. ¡Aprensión! (Á su mujer.)
¡Deja! Los enamorados
ayunan para charlar...

GIL. (Sin conseguir que Doña Ramona acepte su brazo.)
¡Es que comen el manjar
de los bienaventurados!

(Salen por la derecha.)

ESCENA IV

DOLORES (de pie á la chimenea) y FERNANDO

FERNANDO. (Después de alguna vacilación, dice:)
Dolores, vamos á cuentas.—
Ya lo ves... Estoy tranquilo...—
Hablemos, pues, francamente...
¡Como amigos! (Con abnegación.)

DOLORES. (Calmosa y sonriendo.) Como amigos.

FERNANDO. Quiero decir de este modo,
que, aunque por ti me desvivo,
de mi amor hoy no se trata...;
se trata de tu albedrío...

DOLORES. Bien: ¿qué ocurre?

FERNANDO. Pues ocurre...
que están los papeles listos.
y que Don Blas tiene empeño
en casarnos el domingo...

DOLORES. ¿De veras? (Con calma.)

FERNANDO. Es tan de veras,
que esta tarde me lo ha dicho.

DOLORES. ¿Y qué? (Con frialdad.)

FERNANDO. ¡Que á mí no me basta
que él insista en su designio...,
ni que tú calles y aceptes...,
ni el que llegues á cumplirlo!—
¡Yo no puedo ser dichoso
á costa de tu martirio!
¡Por lo mismo que te quiero,
quiero tu bien más que el mío...

DOLORES. ¡Ah!... (Con estimación y extrañeza.)

FERNANDO. Y, pues que en mí no cifraste
(Espiando su rostro.)
la gloria por que suspiro,
no temas, prenda del alma,
que yo me case contigo.

DOLORES. (Con cautela.)
Fernando, vamos por partes.—
¿Si tú te has arrepentido?...

FERNANDO. ¡No lo digas!—¡Yo te adoro...,
te idolatro con delirio!...

DOLORES. ¡Piénsome que te equivocas,
y que cedes á un capricho
del digno Don Blas, no tuyo!...—
Procura, te lo suplico,
nuevo plazo á nuestra boda,
y al cabo verás tú mismo
que no era más que obediencia...
lo que entonces será olvido.

FERNANDO. ¡Dolores, deja las chanzas!...
Mátame con tu desvío,
si no me quieres...—¡Yo sé
que soy de tu amor indigno!—
Y, si me quieres y gozas
en ocultar tu cariño,
ocultámelo, Dolores...;
¡pero no dudes del mío!
¡Antes duda de que ven
los ojos con que te miro;
antes de que quema el fuego...,
antes de que hiela el frío!...
Yo te quiero...—Iba á decirte
que te quiero desde niño...;
mas, si bien lo reflexiono,

¡no me acuerdo del principio!—
¡Tan sólo sé que no guardo
memoria de haber vivido
sin adorarte del modo
que te adoro y te bendigo!—
Primero no hubo esperanza
para mi amor...—¡qué suplicio!—
¡pero, al par, cuán resignado
miraba tu bien!...

DOLORES. (Alarmada.) No atino...

FERNANDO. Dispensa.—De Doña Rosa
sé que fué un sueño...—Se dijo
que tú y Miguel os gustabais,
y que pensabais uniros...

DOLORES. ¡Miguel y yo!... ¡Qué locura!...—
Mas ya se habrán convencido
de que ni el uno ni el otro...

FERNANDO. ¡Es verdad!..., ¡no hubo motivo!...—
Y hoy menos, pues la Condesa
(Observándola.)
vemos todos que es...

DOLORES. (Sardónicamente.) ¡Su ídolo!—
¿Quién lo duda?... (Viva transición.)
(Con solemnidad.) En cuanto á mí...,
voy á ser franca contigo.

FERNANDO. ¡Habla!

DOLORES. Sí... Pero que nunca
piense Don Blas que yo evito...

FERNANDO. ¡Ah! ¡Cállate!

DOLORES. Bien...

FERNANDO. ¡No!... ¡Habla!

DOLORES. Oye, pues tú lo has pedido.—
Yo quiero amarte, Fernando...

Te lo mereces; lo ansío;
y día y noche en ti pienso,
y «¡ámale!», al alma le grito...
Mas ¡ay! ¡no siembres en ella
del bien el precioso trigo;
que mi alma es un desierto
seco y desagradecido!

FERNANDO. ¡No me amas! (Con hondo dolor y paciencia.)

DOLORES. (Compadecida.) No me entiendes...
¡No es eso!

FERNANDO. Pues ¿qué?

DOLORES. Eso mismo...;
pero otra cosa...—En resumen:
yo tus virtudes estimo,
y, si te empeñas en ello,
ó se empeña mi padrino,
mañana, esta misma noche,
me desposaré contigo...
¡Pero indigna de tu amor;
que no tú indigno del mío!

FERNANDO. ¡Malo! ¡malo!—No, Dolores...
Tú me engañas... Yo concibo
que no me ames...—¡Lo veo!
¡lo lloro!...—Pero no admito
eso de que eres ingrata
y perversa...—¡Ni es granizo
tu corazón, ni tus ojos
engañaron á los míos!—
¡Tú amas! ¡tú sientes! ¡tú esperas!

DOLORES. ¡Calla! ¡no todo es lo mismo! (Turbada.)

FERNANDO. ¡Pero amas!

DOLORES. ¡Qué simpleza!

FERNANDO. ¡Te has puesto encarnada!

DOLORES. El frío...
FERNANDO. Á tu edad y con tus ojos,
no hay un corazón tranquilo...;
¡morena de veinte años,
la que no quiere, ha querido!—
¡Tú amas á Miguel!
DOLORES. (Terriblemente.) ¡Le odio!
FERNANDO. ¡Nada! ¡es él!
DOLORES. (Riendo convulsivamente.) ¡Vuelta al principio!
(Se oye un aldabonazo.)
FERNANDO. ¡No lo niegues!
DOLORES. (Reponiéndose.) Han llamado.—
Calla.
FERNANDO. ¡Callar es preciso!

ESCENA V

DICHOS y MIGUEL, de frac y corbata blanca.

MIGUEL. (Á la izquierda.)
¡Quietos! ¡quietos!—¡Qué demonio!
¡Seguid, que yo no os censuro!
—¿Conque os casáis?—¡De seguro
que haréis un buen matrimonio!—
¡No sé por qué vacilabas!
DOLORES. (A la derecha, cogiéndose del brazo de Fernando y sonriéndole dulcemente.)
¡No estés tan serio!
FERNANDO. (En medio.)
(¡Delante de él!)
MIGUEL. Conque ¿cuándo?
(Los separa, y hace seña á Fernando de que quiere hablarle á solas.)

DOLORES. Me marcharé, si no acabas...
(Echando á andar.)

MIGUEL. ¿Te picas?

DOLORES. ¿Yo?—Voy adentro. (Riéndose.)

MIGUEL. ¿Y mi padre? ¿Se ha acostado?

DOLORES. No. ¡Y está muy enfadado!
(Sigue andando hacia el comedor.)

MIGUEL. ¡Mejor! De ese modo encuentro
motivo para empezar
una grave explicación...—
(Se asoma al comedor, y dice á Dolores:)
Siguen cenando...—¡Chitón!...—
(Á Fernando.)
Primero te quiero hablar.

ESCENA VI

MIGUEL, á la izquierda, y FERNANDO, á la derecha.

(Miguel le lleva del brazo al proscenio, con viveza y reserva.)

MIGUEL. Fernando..., ¿cómo decirte
para que me entiendas?...—¡Vamos!
¡yo necesito un amigo!

FERNANDO. (Todavía preocupado.)
Lo tienes.

MIGUEL. ¡Verdad!... Tu brazo
llega á tiempo...—De otro modo,
yo hubiera muerto hace un año...—
(Fernando, asustado, mira al comedor, recomendando á Miguel el sigilo.)
¡Oh! ¿Por qué no me dejaste
morir?...—¡Soy más desgraciado
que nunca!—Fernando, entonces,

mi dolor era cansancio,
fastidio, la soledad
del pensamiento tirano...—
¡Hoy es la pasión, la fiebre,
la impotencia!

FERNANDO. ¡Pronto y claro!
¿Qué te sucede?

MIGUEL. ¡Si amas,
me comprenderás, Fernando!—
La Condesa...; ese tesoro...;
(Júbilo en Fernando.)
esa reina que idolatro,
hallábase hace una hora,
conmigo, junto al piano,
mirándome..., y me decía
con los ojos:—«¡Yo te amo!...
»Tú eres un genio... ¡Allí está
»Madrid...; allí los teatros...,
»la gloria de los artistas,
»de los vates el Parnaso,
»del orador la tribuna!...
»¡Ven...; sacude ese marasmo;
»deja esa vil existencia...;
»tiende al mundo el vuelo raudo;
»que, si volar tú no puedes,
»yo te llevaré en mis brazos!...»—

FERNANDO. Y tú, ¿qué le has respondido? (Con calma.)

MIGUEL. Yo tocaba improvisando,
y una música de fuego
del salón llenaba el ámbito...
Ya no me roía el alma
aquel dolor solitario
que me envejeció de niño;

que me llevaba á los campos
á llorar y á maldecir,
y puso un día en mi mano
la pistola del suicida...
¡Ya era dichoso mirando
genios, reyes, hermosuras,
alrededor del piano!
¡Ya me parecía el mundo
vastísimo anfiteatro,
hecho para verme á mí
y á la Condesa á mi lado!

FERNANDO. Lo de siempre.

MIGUEL. ¡Y era un sueño!

FERNANDO. Pues ¿entonces?...

MIGUEL. ¡Insensato! (Con afecto.)
¡no te burles!

FERNANDO. No me burlo...
Pero acaba pronto...

MIGUEL. Estábamos
todos así, cuando oímos
el galope de un caballo
en el patio de la casa...—
Era un posta; era un criado
de la Condesa.—Su esposo,
el Conde, está agonizando
en Madrid..., y ella esta noche
saldrá en el correo...—«¡Vámonos!»,
me dijeron sus miradas.
Y yo, ¡yo, desesperado!,
le dije:—«Elena..., te adoro...
¡Espérame!.... ¡te acompaño!»

FERNANDO. ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Y antes moriría

que retroceder un paso!
¡Si mi padre no me deja,
quiere decir que me escapo,
y si no me das dinero,
lo juro por Dios:—¡Me mato!
(Enciende un cigarrillo en el velón.)

FERNANDO. (¡Y lo hará como lo dice!...—
¡Vaya si lo hará!)

MIGUEL. Fernando,
no temas...—Aun entre amigos,
el dinero es muy sagrado...—
Hablemos... como dos hombres.—
¿Dudas que mi padre anciano
sucumbirá antes que yo?

FERNANDO. ¡Qué horror!..., ¡calla!

MIGUEL. Estoy hablando...
de negocios... ¡No deseo
su muerte!—Es mi padre... ¡Lo amo!
Pero la ley natural...

FERNANDO. ¡Oh! ¡me espantan esos cálculos!

MIGUEL. ¡Porque truecas las especies!—
Ser previsor no es ser malo.—
Resumen: como hijo único,
heredaré al fin y al cabo
la Ferrería.—Tú sabes
que detesto aquel tinglado...—
¡Nieto de insignes varones,
que miro en esos retratos,
vi con disgusto á mi padre,
de su progenie olvidado,
trocarse en bajo industrial!...

FERNANDO. ¡Poco á poco! ¡No tan bajo!
¡Preferible es fundir hierro

á fundirse en un secano,
como fundido se hubiera
tu noble padre arruinado!

MIGUEL. Pues yo... ni seré fundido,
ni fundidor: ó, más claro:
fundiré en oro la Fábrica,
en cuanto venga á mis manos;
y con ese oro en la Corte,
en aquel centro encantado
del ingenio y la justicia,
del mérito y del aplauso,
¡ó pierdo el nombre que tengo,
ó haré prodigios, milagros!

(Asentimiento sincero de Fernando, que oye, con las manos á la espalda, subyugado por el brío de Miguel.)

Ahora bien...: tú hoy has vendido
tus tierras á los hermanos
Fernández, para ser socio

(Fernando se rasca la cabeza al notar esta transición.)

de la Fábrica...

FERNANDO. Sí... Trato...

MIGUEL. ¡Perfectamente! Tratemos.

FERNANDO. ¡Miguel! **(Como pensando en Don Blas.)**

MIGUEL. Soy Miguel; no el diablo.—
Ten la bondad de callarte,
que yo sé lo que me hago.—
Cuenta con la Ferrería...,
que habré de heredar...; y, en tanto,
abóname diez mil duros
de los veinte que has cobrado.—

(Confusión de Fernando.)—(Pausa.)

¡Como verás fácilmente,
no es préstamo; es adelanto!—

Si muero...

FERNANDO. ¡Jesús!

MIGUEL. (Con firmeza.) Si muero
antes que mi padre...—¡Sandio!,
¡no me pongas esa cara!—,
le enseñas...—ya lo he firmado—
este recibo (Se lo entrega), y bien sabes
que te pagará en el acto,
ó te instituirá heredero
de la Fábrica.

FERNANDO. ¡Dios santo!

(No lee el papel, que tiene maquinalmente en la mano, hasta que lo rompe cuando se indica.)

¡Tú eres quien le hereda en vida
si yo suscribo este pacto!

MIGUEL. No vaciles...—¡Pues supongo
que no es temor!... ¡Yo no falto
nunca á la palabra dada!...
¡Hijo soy de padre honrado!

FERNANDO. ¡No es eso!—¡Bien me conoces!—
¡Más hondos son mis reparos!
(Aparte.)
(Dolores ama á Miguel...—
Dirán que á Miguel le allano
la fuga, por egoísmo...
¡Dirán que su ausencia pago!...)

MIGUEL. ¡Mira! no lo pienses más...—
¡De todos modos me marcho!—
(Con tono lúgubre.)
¡Pero el día que te cuenten
que en Madrid se ha suicidado
tu amigo Miguel..., no olvides
esta escena!—Adiós, Fernando.

FERNANDO. ¡Espera!—(Pues que se marcha
de todos modos...—¡Al vado!)—
Miguel: ¿amas tú á Dolores?

MIGUEL. (Realmente asombrado.)
¿Yo?..., ¿qué?...

FERNANDO. Responde.

MIGUEL. (Entendiéndolo todo.) ¡Acabáramos!
¡Tienes celos!—¿Yo querer
á esa criatura de mármol?

FERNANDO. (Con insistente solemnidad.)
Miguel, Dolores te ama.

MIGUEL. (Con mezcla de atención al incidente y á su asunto.)
¿Qué dices? ¿Estás soñando?

FERNANDO. (Con energía.)
Dolores te ama, Miguel.

MIGUEL. (Como si hablara solo.)
¿Dolores á mí?...—¡Qué arcano!—
¡Antes hubiera creído
que me odiaba!...

FERNANDO. (Valerosamente.) Yo no trato
de casarme con Dolores.

MIGUEL. ¿Cómo que no? (Extrañeza.)

FERNANDO. ¡Lo he jurado!—
Déjate, pues, de aventuras,
y, antes de dar ese paso,
piensa que aquí... bien podrías
ser venturoso á su lado...

MIGUEL. ¡Y con qué cara lo dices!—
(Transición.)
¡Me ama Dolores!...—Hermano...
Razón de más para irme...—
¡Qué demonio! Ni yo amo
á Dolores, ni querría

ser causa de vuestro llanto...

FERNANDO. ¿No la amas? (Con mayor solemnidad.)
¡Piénsalo bien!—
¿Nunca la amarás?

MIGUEL. (Yendo resueltamente á su asunto, pero cavilando siempre.) ¡Qué diablos
he de quererla!—Descuida...—
¡Más bien temo lo contrario!...
Siempre, entre esa chica y yo,
reinó una acritud... ¡Por algo
se deshizo aquel proyecto
que sabes!...—¡Nunca hemos hablado
á derechas!... ¡Se diría
que terror nos inspiramos!...
¡Ella, siempre taciturna,
y yo, siempre disgustado;
yo le parezco un bandido...,
y á mí ella... ¡un juez de palo!—
Volvamos, pues, al asunto,
si era ese solo el obstáculo.

FERNANDO. (No la quiere... ¡Y la cuitada
lo adora!...—¡Tal vez la salvo!)

MIGUEL. Decídete... (Mirando á la puerta del comedor.)

FERNANDO. ¿Cuándo os vais?

MIGUEL. La silla parte á las cuatro.

FERNANDO. Pues voy á mi casa..., y vuelvo...—
(Retrocediendo.)
Serán letras contra el Banco...

MIGUEL. ¡Mejor!

FERNANDO. Miguel: ¿y tu padre?

MIGUEL. De convencerlo me encargo.
Le explicaré mis proyectos...

FERNANDO. ¡Nunca les hizo gran caso!...

MIGUEL. Porque vivís de rutinas...—
¡Pero eres un buen muchacho!
(Lo empuja para que salga.)
FERNANDO. ¡Gracias!... (Con amargura.)
Voy por esas letras...
(Camina despacio y caviloso. De pronto se vuelve, rompe el papel, y lo arroja á la chimenea.)
MIGUEL. ¿Qué haces?
FERNANDO. ¡Rutinas!...
MIGUEL. (Le abraza.) ¡Fernando!...
FERNANDO. ¡Déjame! (Aparte.) (¡Por ella todo!)
(Da un paso, y desde la mitad del teatro dice:)
Habla á tus padres en tanto.
MIGUEL. ¡Pero no sobre esa suma!... (Yendo á él.)
FERNANDO. ¡Quita allá!...—¡Y eso es lo malo,
que no se pueda decir!—
MIGUEL. ¡Decirlo fuera el pecado!
(Sale Fernando.—Miguel tira del cordón de la campanilla del fondo del escenario.)

ESCENA VII

MIGUEL; luego el CRIADO

MIGUEL. ¡Otra vez me da la vida!...—
¡Lástima que quiera tanto
á la que sólo desdenes
podrá devolverle en pago!—
Ya él dice que no se casa...—
¡Procederá como un sabio!—
¡Qué demontre de chiquilla!...—
¿Quién se hubiera figurado...
(Sale el criado.)

CRIADO. Señorito...

MIGUEL. Mi equipaje.—
No te quedes corto... Marcho
por largo tiempo.—Tres horas
te doy. (El criado se aleja hacia el fondo.)
¡Escucha! En el acto
me vestiré de camino...—
(Oyendo pasos á la izquierda.)
¿Quién? (Viendo á Dolores.)
(¡Ah!... ¡El susodicho arcano!)

ESCENA VIII

DOLORES, MIGUEL

(Dolores sale del comedor, y al verse sola con Miguel, se detiene turbada.)

DOLORES. ¿Y Fernando?

MIGUEL. Se marchó.
(¡Y es guapa!—¿Le busca á él,
ó á mí?...)—¿Te vas?

DOLORES. Sí, Miguel:
voy á mi cuarto.

MIGUEL. No..., no...—
Espera.—Fernando dijo
que volvería.

DOLORES. (Con alegría irónica.) ¡Ah! ¿Sí?

MIGUEL. Sí.

DOLORES. (Con sequedad burlona.)
Entonces... le espero allí.

MIGUEL. ¿Estás picada?

DOLORES. ¡No, hijo!
¿Por qué?

MIGUEL. Por lo de hace poco...

Por mi enhorabuena...

DOLORES. ¿Cuándo?

(Haciéndose la tonta.)

MIGUEL. Cuando hablabas con Fernando...

DOLORES. ¡Jesús, Miguel!... ¿Estás loco?
¿Cómo he de picarme yo
porque te parezca bien
un enlace que también
tu mismo padre aplaudió?

MIGUEL. (Contrariado.)
¡Ah!... ¡Sí! (¡Pues tiene talento
para defenderse!)—Lola,
me alegro de hallarte sola...
He ofrecido hace un momento
á Fernando interceder
por su pasión.—Él se queja
de tu desvío...

DOLORES. Bien: deja
la broma...

MIGUEL. Es formal, mujer.

DOLORES. ¡Eh!—¿Cómo ha de ser formal,
si te consta que le quiero?...

MIGUEL. Pero...

DOLORES. Nada más: no hay pero.—
¿Y la Condesa? ¿Qué tal?

MIGUEL. (¡Esto es ya desafiarme!...—
¡Pues yo he de hacer que confiese!)

DOLORES. Vamos... ¿Qué silencio es ese?

MIGUEL. ¡Nada!—Es que pienso marcharme,
y quería despedirme (Espiando su rostro.)
de ti.

DOLORES. (Sofocando su emoción.)
¡Vuelta á la manía!

¡No extrañes ya que me ría!

MIGUEL. Veo con gusto que eres firme.

DOLORES. (¡Ese bueno de Fernando
le ha dicho alguna sandez!)

MIGUEL. ¡Pero mira que esta vez
me voy de veras!

DOLORES. (Con serenidad.) ¿Y cuándo?

MIGUEL. Antes de romper el alba.

DOLORES. ¿Y dinero? ¿Te lo da
sin duda..., Fernando?

MIGUEL. ¡Quiá! (Mortificado.)
(¡La he de ver como una malva!)—
¡Me marcho con la Condesa!

DOLORES. (Tranquila.)
¿Dónde?

MIGUEL. ¡Á Madrid!

DOLORES. (Con burlona compasión.) ¿Y serás
ya feliz? ¿No pensarás
ya en matarte?...

MIGUEL. ¡Lola, cesa! (Ofendido.)
¡Deja ese tono cruel!
¡Di que sientes mi partida!—
Yo sé...

DOLORES. ¿Qué sabes?

MIGUEL. (Con repentina ternura, y llevándose una mano al corazón.) ¡Mi vida!

DOLORES. ¿Qué dices?

MIGUEL. ¿Me amas?

DOLORES. (Con dignidad.) ¡Miguel!...
¡Respeta á Fernando!... Yo
soy su novia, y no te pesa;
tú quieres á la Condesa;
ella te ama..., ¡y se acabó!

MIGUEL. (¡Oh! ¡Fernando me ha mentido!)
DOLORES. (Viendo su furia.)
(¡Todo es humo y vanidad!)
MIGUEL. (¡Maldita curiosidad!)
DOLORES. (¡Hola! ¡Estaba consentido!)
MIGUEL. (Fríamente.)
Pues bien, Dolores; adiós.
DOLORES. (Lo mismo.)
Adiós.
MIGUEL. (En medio de la escena.)
(¡Oh! ¿Por qué le he hablado?
DOLORES. (Sola en el proscenio.)
(¡Qué alma tiene el desdichado!)
MIGUEL. (¡Me he lucido, voto á briós!)—
(Vuelve de pronto.)
¡Dolores, no seas así!
Confiesa que...
DOLORES. No lo esperes.
MIGUEL. ¡Nadie lo sabrá!—¿Me quieres?
(Con ternura, hija del despecho.)
DOLORES. ¿Por qué? ¿Me quieres tú á mí?
(Con frialdad.)
MIGUEL. ¡Te idolatro!
DOLORES. ¡Pobre niño!
¡Oh, qué bien te han retratado!
¡para ti nada hay sagrado,
ni honra, ni ley, ni cariño!
Al amor y á la mujer
con esa mentira hieres...,
¡porque ni tú á mí me quieres,
ni sabes lo que es querer!
MIGUEL. Dolores... (Con respeto.)
DOLORES. ¡No, no me amas!

¡Ni amarme puedes! ¡Ni yo
quiero que me ames!...—¡Oh!
¡Sólo al decirlo me infamas!
(Le vuelve la espalda, avanzando hacia la chimenea.)

MIGUEL. (Sin seguirla.)
(¡Qué acento! ¡Qué alma! ¡Qué vida!
¡Vaya si es una mujer!—
(Con amarga ironía.)
¡Y lo vengo á conocer
la noche de mi partida!)—
(Avanza hacia la chimenea.)
Lola: te pido perdón...
(Con seriedad, y mirándola muy atentamente, como si acabara de conocerla.)
Mi broma ha sido pesada...
Tú mereces ser tratada
con más consideración...—
Antes... me engañó Fernando...
(Dolores le mira, agradeciendo aquel tono.)
Tú me has herido además...—
(Acercándosele mucho, con admiración, y con la confianza que es natural entre ellos.)
¡Y qué ojos tienes!... ¡Estás
hecha un primor!...
(Volviendo al tono del deseo.)

DOLORES. (Impasible, burlona.) ¿Desde cuándo?
¿Desde el preciso momento
en que te marchas?

MIGUEL. ¡Ahí
verás mi desdicha!—¡Sí!
He pasado..., y me arrepiento...,
veinte años en tu presencia
sin comprenderte jamás...

DOLORES. ¡Es claro! ¡Y ahora te vas...
á hacer de ello penitencia!...
MIGUEL. ¡Cuenta con que volveré!
DOLORES. (Sonríe tristemente.)
¡Bien! Pero, en tanto, no olvides...
que te aguardan... (Le vuelve la espalda.)
MIGUEL. (Muy apurado ante la idea de no marcharse.)
¿Qué me pides?
DOLORES. ¡No te asustes!...—¡Márchate! (Sin mirarlo.)
MIGUEL. ¡No es por ella, vive Dios!—
¡No busco amor!... ¡Busco fama!
¡La gloria es la que me llama,
y voy de la gloria en pos!—
Pero ¡aguárdame! Y un día,
si renunciáis á esa boda,
¡tuya será mi alma toda,
tuya sólo, vida mía!
¡Déjame, sí, que, al través
del mundo, siga mi estrella...;
que, en guerra ó en paz con ella,
vendré á morir á tus pies!
DOLORES. (Con amargura.)
¡Á mis pies!...—¿Me odias acaso,
Miguel, pues que, sin pasión,
tratas, por loca ambición,
de deshojarme á tu paso?
Ni ¿cómo amarme podrías,
si en nada nos parecemos
y están en los dos extremos
tus ideas y las mías?
Tú amas la gran sociedad,
la fama, el mundo, el rüido...
Yo amo la paz y el olvido

de mi quieta soledad.
Lo que llaman tu talento,
para mí es tu mayor falta...
¡Tu cabeza está muy alta,
y yo no vivo en el viento!
¡Si te quisiera, tendría
celos... hasta de tu nombre...,
y al mundo su grande hombre
celosa le robaría!...
Y tú á vegetar aquí
no pudieras resignarte,
sin luz, sin gloria, sin arte...,
¡con una mujer así!—
(Movimiento de disgusto de Miguel.)
¿Lo ves cómo no me quieres?—
¿Cómo entendernos los dos,
yo, así..., á la buena de Dios,
y tú, que tan grande eres?

MIGUEL. ¡Lola! ¡te burlas de mí!
¡Pronto te has hecho coqueta!...—
¡Nos amamos!

DOLORES. ¡Qué poeta!
¡qué loco!

MIGUEL. ¡Tú me amas, sí!

DOLORES. ¡No es verdad!—Mas, si te amara,
(Con resolución.)
¡tras esta conversación,
me arrancara el corazón,
ó de él tu amor arrancara!
(Aparece Don Blas en la puerta del comedor.)
¡Que no es noble proceder
venir á mí á declararte
la víspera de marcharte

en brazos de otra mujer!

MIGUEL. Escúchame...

DOLORES. ¡Basta!—Yo
tengo novio, y no te pesa;
tú quieres á la Condesa;
ella te ama..., ¡y se acabó!

(Echa á andar; Miguel va á seguirla, y se encuentra cara á cara con su padre.)

ESCENA IX

DICHOS y DON BLAS

(Miguel, á la izquierda. Don Blas, en medio. Dolores, á la derecha.)

MIGUEL. ¡Mi padre!

BLAS. ¡Así no lo fuera!
¡Odiarte pudiera así!—
¡Ni ella está libre de ti!...—
Miguel, eres una fiera.
Lo que acabo de escuchar
me da bien claro á entender
que has nacido para ser
el demonio de mi hogar.—

(Coge á Dolores de la mano, y se la pone delante.)

Sus padres me la legaron,
y afanado la crié,
y ni aun así les pagué
la merced que me otorgaron.
Hubiera sido tu esposa...;
mas tú, que al bien no naciste,
jamás atención pusiste

en flor tan pura y hermosa.
De uno en otro amor liviano
discurrió tu planta impía,
mientras que aquí me pedía
un hombre de bien su mano.
¡Felices merecen ser,
y hacerlos felices quiero!...
¡Se aman!

MIGUEL. ¡Se aman!... (Mirando á Dolores.)

DOLORES. (Á Don Blas, confusa.)
Pero...

BLAS. No le defiendas, mujer.—
(Á Miguel.)
¡Ven! ¡requiérela de amores!
¡Hazla también desgraciada!
Dile...

MIGUEL. (Con altanería.) ¡Yo no diré nada!

BLAS. ¡Hola!...—Déjanos, Dolores.
(Dolores entra en el comedor.)

ESCENA X

DON BLAS y MIGUEL

(Pausa.) (Don Blas hace un penoso esfuerzo, y se dirige dulcemente á Miguel, sin moverse.)

BLAS. ¡Oh!..., no armes el entrecejo
con insolente desvío...
¡Válgame Dios, hijo mío,
cuánto afliges á este viejo!
¡Quién lo dijera otros días,
cuando, tierno y dulce niño,
fuerza, consejo y cariño

á tu padre le pedías!
¡Cuando más débil que yo,
y también más ignorante,
no sabías lo bastante
para despreciarme!...

MIGUEL. (Que no contaba con aquella blandura.) (¡Oh!...)

BLAS. ¡Ven!..., y, al hallarme enojado,
Desarma mi justa ira...
¡No la desafíes!... ¡Mira,
Miguel, que estoy humillado!—
No me ames, aunque muera;
no admires, como otras veces,
lo que hoy llamas mis chocheces;
pero ¡témeme siquiera!

MIGUEL. (Confundido.)
¡Hable usted!...

BLAS. Sufro, hijo mío,
el pesar y la zozobra
del que consagra á una obra
su inteligencia y su brío,
su esperanza y su ventura,
toda su vida y su amor...,
y se encuentra á lo mejor
descontento de su hechura.

MIGUEL. ¿Qué más? (Impaciente.)

BLAS. (Dominándose.) ¡Por última vez
diré más!...—Demos que no eres
mi hijo, pues serlo no quieres
en tu insensata altivez...—
Miguel: ¿quieres ser mi amigo?
¿Quieres ser mi hermano?

MIGUEL. (Conmovido y confuso.) Quiero...

BLAS. ¿Quieres ser mi compañero

y vivir siempre conmigo?
MIGUEL. ¿Qué me piensa proponer? (Asustado.)
BLAS. Que dejes ya tu manía,
y entres en la Ferrería
á ganar para comer;
que de mis hombros, cansados
de trabajar por criarte,
quites, al menos en parte,
el peso de los cuidados;
que pienses que he de morir,
y que tu madre, ya anciana,
quedará sola mañana
enfrente del porvenir...—
Esto, Miguel...—sin que llores...,
pues te ruego, y no te obligo...—
esto te pide un amigo...
que te ha hecho algunos favores.
MIGUEL. (Limpiándose las lágrimas impacientemente.)
¡Oh padre!... ¿Por qué nací?—
¡Si es un favor la existencia...,
gracias!...
BLAS. (Tranquilamente.) Esa irreverencia,
Miguel..., es propia de ti.
MIGUEL. Padre... ¡Soy tan desgraciado!...
Yo conozco la virtud,
comprendo mi ingratitud,
sé que soy un descastado;
me aborrezco, me maldigo
y me quisiera matar...;
¡pero no puedo agradar
á mi padre ni á mi amigo!
BLAS. No quieres: no es que no puedes.
MIGUEL. ¡Es que no puedo!... ¡Es que el alma

se aniquila en esta calma!...—
¿Por qué no soy como ustedes?—
Si jamás hablo en la mesa,
si me ven muy poco..., ¡ay!, es
porque su amor, su interés,
su vista..., ¡todo me pesa!—
¡Salgo al campo..., y ya les quiero:
me ausento..., y más les adoro:
vengo..., y me enojan, y lloro,
y me consumo, y me muero!—
La casa odio en que nací,
el pueblo en que me crié,
la gente que aquí traté,
los años que pasé aquí...
Creo á veces que no he nacido...;
á veces que he muerto ya...
¡Y es que muerta el alma está
para el placer conocido!
¡Es que mi anhelo vehemente
no cabe en esta prisión,
y aire pide el corazón,
que se asfixia en este ambiente!—
Cuando, al trasponer el día,
veo los últimos reflejos
del crepúsculo, á lo lejos,
sobre la tierra sombría...,
«Allí (digo) hay otros hombres...,
»otro mundo..., otros placeres...»,
y finjo ideales seres,
historias, sitios y nombres.
¡Peligros, dolores, gozo...,
teatros..., luces..., estruendo...,
todo, todo lo estoy viendo

desde oscuro calabozo!...
Y esas creaciones me llaman,
ó con desprecio me miran...—
¡Hay hombres que no me admiran!
¡Mujeres que no me aman!—
Si do acaba el horizonte
vuestro mundo acaba..., ¡allí
principia mi mundo!—¡Sí!
Tras un monte hay otro monte;
y treparlos, y ganarse
gloria, y fama, y porvenir...,
¡eso, padre, eso es vivir;
vivir... é inmortalizarse!—
(Don Blas le oye asustado.)
Proporcionado á la vida
hizo este planeta Dios,
y breve espacio á los dos
dió para verse de huída...
¿Qué diré, pues, del que encierra
en un rincón vida y nombre?...—
¡Sin que la reduzca el hombre,
harto mezquina es la tierra!

BLAS. ¡Calla..., ó creeré que te agita
un espíritu infernal!...—
¡Oh! ¡sí!...; tú nos quieres mal,
y es tu conciencia quien grita.
Desde que osaste, Miguel,
creerte más grande que yo,
pecaste como pecó
al rebelarse Luzbel.
Lo que tú llamas *deseo*,
el cielo estima *pecado*...
Tú te dices desgraciado,

y el Señor te juzga reo.—
(Miguel se encoge levemente de hómbros.)
¿Te ríes?... ¡Ya se me alcanza
por qué! ¡No crees en el Cielo!...—
¡Necio, que pide consuelo
cuando no tiene esperanza!

MIGUEL. ¡Sí la tengo!... ¡Noble, inmensa,
hija de un afán profundo,
cifrado en el bien del mundo,
y en su amor por recompensa!
La anterior generación,
apegada á las rüinas,
aún se goza en las rutinas
del miedo y la desunión...
¡Pero hoy de fraternidad
todo vive ya en el nombre!...
¡Porque el hombre no es el hombre;
el hombre es la humanidad!

BLAS. ¡Me asustas! Así, mañana
no habrá familias...

MIGUEL. ¡Sí habrá!
Pero una sola..., ¡y será
la grande familia humana!

BLAS. ¡La familia humana!...—¡Oh gloria!
¡Ya sé que vive en la tierra,
y en los partes de la guerra
leí esta tarde su historia!
¡La familia humana!... ¡En pos
de ella la vuestra dejáis,
y una sociedad formáis
huérfana de padre y Dios!

MIGUEL. ¿Qué sabe usted dónde van
siglos y generaciones?—

¡Ya no hay castas ni naciones
en la familia de Adán!
¡Ya no oculta el Oceano
mundos á nuestra ignorancia,
ni espantable la distancia
divide al género humano!
¡Ya no hay fronteras, ni mares;
ni se huyen cristiano y moro;
que, en pos de gloria y de oro,
todos confunden sus lares!...
Y, mientras así se agita
la Industria en tan noble guerra,
y gira en torno á la tierra
el Arte cosmopolita,
¿he de limitar mi gloria
á dar un giro diario
en torno de un campanario,
como una mula de noria?
¿Puede usted robar al Arte
la afición con que he nacido,
y enterrar en el olvido
lo que ya es de todos parte?...—
¡Oh! ¡Morir antes consiento!

BLAS. ¡Alma desagradecida!

MIGUEL. ¡Si usted me ha dado la vida,
Dios me ha dado mi talento!—
Por tanto, yo le suplico..., (Frialdad cortés.)
le venía á suplicar...
que me permita marchar...

BLAS. (Retrocediendo espantado.)
¿Adónde?—¡No me lo explico!

MIGUEL Antes del amanecer...,
á Madrid.—Tengo dinero...—

	De modo, padre, que espero...
BLAS.	¿Marcharte?...—¡No puede ser!
	(Con imperio.)
MIGUEL.	Piénselo... (Con falsa humildad.)
BLAS.	Ya lo he pensado.
MIGUEL.	¡Mire que lo he prometido!
BLAS.	(Con odio.)
	¿Á esa mujer?
MIGUEL.	(Con insistencia.) Á ella ha sido.
BLAS.	¡Planes de un desvergonzado!
MIGUEL.	Llámelo usted como quiera...
	¡Ello es que me muero aquí!—
	¿Qué hacer?
BLAS.	¡Someterte á mí!
MIGUEL.	¡Eso es decir que me muera!
BLAS.	¿Me he muerto yo?
MIGUEL.	¿Y es igual
	su mundo de usted al mío?...
	¡el de usted, antro sombrío!...
	¡el mío, luz inmortal!...
BLAS.	¡Calla! (Con tedio y furor.)
MIGUEL.	Es...
BLAS.	¡Qué calles!—Ya oí
	lo bastante...—Yo no entiendo
	(Con amargura.)
	de arte y gloria; mas comprendo
	que eres un malvado...
	(Gesto airado de Miguel.) ¡Sí!
	¡Eres un ingrato! ¡Eres
	un mal hijo!... Divertirte,
	correr, triunfar y lucirte
	con mi sudor... ¡Eso quieres!—
	Pues te engañas.—Desde hoy

harás lo que yo te mande...:
que si naciste hombre grande....
yo, que tan pequeño soy,
debo á la naturaleza
y á Dios el mandar en ti.

MIGUEL. ¡Mandar!

BLAS. ¡Eso dije, sí!—
¡Ó soy ó no soy cabeza
de la familia!

MIGUEL. (Sardónicamente.) ¡De fijo
saldrá usted, al fin y al cabo,
con que un hijo es un esclavo!...—
Pues bien: ¡no quiero ser hijo!
(Saluda, y da un paso atrás.)

BLAS. (Soberbio.)
¡Á lo menos, piense usté
que soy amo de mi casa!...

MIGUEL. Pues yo á mi soldada escasa
renuncio...—No comeré.—
Que amor tan utilitario
como el de usted, padre mío,
mata mi libre albedrío
y se convierte en salario.
(Nuevo reverente saludo, sin alejarse.)

BLAS. ¡Monstruo! ¿Por qué te dí vida?

MIGUEL. Usted lo sabrá. (Fríamente.)

BLAS. Por qué
te dirigí, te crié,
te dí alimento y guarida?

MIGUEL. Dios lo dispuso. (Sarcásticamente.)

BLAS. ¡Á los dos
nos hiere tu desacato!...
¡Siempre es con su padre ingrato

el que es ingrato con Dios!

MIGUEL. (Cogiendo el sombrero, y como hablando consigo.)
¡Basta!

BLAS. ¡Sí! ¡Que allá en los cielos
mi padre tiembla al oirte,
y saltan á maldecirte
las sombras de tus abuelos!
(Señala á los retratos.)

MIGUEL. Me voy...
(Como brindándose á alguna demostración de despedida.)

BLAS. ¡No cuentes conmigo!
(Volviéndole la espalda.)

MIGUEL. (Saludando profundamente.)
¡Me basto yo solo!
(Saluda otra vez, y echa á andar.)

BLAS. (Muy herido.) ¡Espera!
(Desde en medio del teatro.)
¡Piensa siempre y dondequiera,
Miguel..., que... no te bendigo!
(Dirígese al comedor, dando con toda la familia, que sale atraída por las últimas voces de Don Blas.)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA ROSA, DOLORES, DON GIL y DOÑA RAMONA

ROSA. Blas... ¿que es esto?

BLAS. (Abrazándola.) ¡Rosa mía!
¡No nos ama!... ¡Huyamos de él!

MIGUEL. ¡Yo soy quien huye!... (Con resolución.)

ROSA (Yendo á sus brazos.) ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Madre! (¡Otra nueva agonía!)

ROSA. ¡Hijo del alma! ¿Te vas?
(Deteniéndole, abrazada á él.)

GIL. ¡Mira á estos dos pobres viejos,
hijo ingrato!

MIGUEL. (Furioso.) ¿Son consejos,
ó insultos?

RAMONA. (Retrocediendo y tirando de Don Gil.)
¡Oh! ¡Satanás!

MIGUEL. ¡Cuidado conmigo!—Madre...
¡Todos me insultan!... ¡Y á fe
que á nadie toleraré
lo que toleré á mi padre!

RAMONA. Huyamos de este furioso.

BLAS. (Abrazando á Dolores, que le contiene y le trae al proscenio.)
¡Tú sí que eres hija mía!

ROSA. (Á Miguel, que insiste en irse.)
¡Ven, por la Virgen María!

GIL. (Parapetado detrás de Doña Ramona.)
¡Deje usted á ese orgulloso
que se vaya á mendigar!

MIGUEL. ¡Cállese el viejo ignorante,
oráculo petulante
de los necios del lugar!
(Tratando de soltarse de su madre.)

GIL. ¿Á mí?
(Enseñándole el puño detrás de Doña Ramona.)

MIGUEL. ¡Sí! (Se suelta y va hacia Don Gil.)

BLAS. (Desprendiéndose de Dolores.)
¡Deja le mato!
(Coge una silla para acometerle.)

MIGUEL. (Poniéndose delante.)
¡Máteme usted!

ROSA. ¡Blas!

TODOS. ¡Don Blas!

(Le cercan, le quitan la silla y se lo llevan por la derecha Doña Rosa, Don Gil y Doña Ramona.)

BLAS. (Desde la puerta del comedor.)
¡Oh! ¡Para siempre jamás
te dezconozco, hijo ingrato! (Se lo llevan.)

ESCENA XII

DOLORES, MIGUEL, y luego FERNANDO

(Dolores queda á la puerta del comedor, inmóvil, con la cabeza baja.—Miguel anonadado.—Cuando el silencio le advierte que se fueron todos, da una sacudida y exclama:)

MIGUEL. ¡Ya soy libre!...—(Pensando en la anterior escena.)
¡Trance fiero!
(Repara en Dolores al echar á andar.)
(¿Y esta Dolores, qué aguarda?...—
(Retrocede al proscenio, fingiendo no haberla visto y creyendo que se retirará ella antes. Lucha allí con sus ideas, y exclama de pronto:)
¡Á Madrid!...—¡Cuánto se tarda
Fernando con el dinero!)

DOLORES. (Avanza por delante de la chimenea, mientras que Miguel mira, de intento, á la izquierda y al fondo; pero nunca á la derecha, para no ver á Dolores.)
(¡No me mira!...—¡Es indudable!
¡nos abandona!)

FERNANDO. (Apareciendo al fondo, y parándose.)
Heme aquí.

MIGUEL. (Yendo á él, y tapándolo con su cuerpo, para que Dolores no vea que recibe las letras que Fernando saca entonces del bolsillo.)

¡Trae!...—¡Silencio! (Por Dolores.)
Adiós...

FERNANDO. (Extrañando la frialdad y enojo de Miguel.) ¿Así?

MIGUEL. (Volviendo al proscenio muy turbado, y casi sin mirarla.)

Adiós..., Lola...

DOLORES. (Volviéndole la espalda.) (¡Miserable!)

MIGUEL. (Aturdido.)

¡Sed muy dichosos los dos!...

(Fernando se acerca á Dolores, la cual se apoya en su brazo.)

FERNANDO. (Á Dolores.)

Dime...

MIGUEL. (Los mira unidos y siente envidia; pero se rehace y exclama:) (¡El mundo entero es mío!)—
Lola...—Fernando...—¡Qué frío!—

(Dolores no le da la mano.—Fernando se la da con disgusto, al ver la actitud de Dolores.)

Padre... Madre... ¡Adiós! ¡Adiós!

(Mirando al comedor, y despidiéndose, á falta de ellos, de los muebles, cuadros, etc., por los cuales pasea la vista.—Sale.)

DOLORES. ¡Detenle! (Sin poder contenerse.)

(Fernando no obedece, y la suelta, mirándola con severidad.—Dolores se dirige hacia el comedor, gritando:)

¡Madre! ¡se va!

(Da un grito agudo.—Fernando corre hacia ella, y la recoge en sus brazos desmayada.)

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA ROSA, DON BLAS, DOÑA RAMONA y DON GIL

(Todos acuden al grito de Lola.)

GIL. / RAMONA. } ¿Qué?

BLAS. (Viéndola desmayada.)
¡Dolores!

ROSA. (Á Fernando con angustia.) ¿Y Miguel?

FERNANDO. Partió... (Muy enojado.)

ROSA. (Echándose en brazos de Doña Ramona.)
¡Dios vaya con él!

BLAS. ¡No!...—¡Sí, que es huérfano ya!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio de casa andaluza, con macetas, etc., donde no estorben.—Á la izquierda del espectador un arco y el primer peldaño de una ancha escalera.—Allá, en el mismo lado, puerta de una sala baja.—Á la derecha, en segundo término, puerta del despacho de Don Blas.—(Si hay jaulas, que no tengan pájaros, para que no canten.)—En el fondo, en medio, gran salida al portal, con cancela de hierro, cuya parte céntrica se abre y se cierra.—Más allá se ve la calle.—Á la izquierda, la mesa que había en el propio lado en el salón del acto primero.—Las mismas sillas junto á las paredes.—El sillón de Don Blas á la derecha del proscenio, y otro mueble grande.—(Hay toldo.)

ESCENA PRIMERA

DOLORES y FERNANDO

(Dolores está sentada junto á la mesa, bordando, con los pies en los palos de una silla de altura tan regular como la que ella ocupa.—Fernando sale del despacho.)

FERNANDO. (¡Ah! ¡Dolores!)
DOLORES. (¡Ah! ¡Fernando!)
FERNANDO. ¿Sola?
DOLORES. Sí...
FERNANDO. ¿No duermes siesta?
DOLORES. No tengo sueño.
FERNANDO. ¿Hace mucho
que estás?...
DOLORES. Á las tres y media
bajé...
FERNANDO. ¡Bah! ¡y yo sin saberlo!
No bien comí, á toda priesa

me vine..., y desde las dos
estoy en el despacho...—¡Buena
me la he dado de papeles!

DOLORES. Hoy ha sido tu tarea
de otra clase...

FERNANDO. Sí. Es domingo...
Dejé cerrada la puerta
de la Fábrica, y me dije:
«Aprovecharé la fiesta,
yendo esta tarde á la villa...»;
¿á qué dirás?

DOLORES. (Con intención.) ¿Á ver cuentas?

FERNANDO. No tal...—Yo nunca las miro...—
Don Blas se encarga de hacerlas...—
Mi único oficio es el hierro...

DOLORES. ¡Bien se te conoce á legua!

FERNANDO. (¡Ya principia!)—Los papeles
vine á estudiar de tu herencia...

DOLORES. (Con melancolía.)
¡Ah, sí...; lo de Buenos Aires!

FERNANDO. Ya todos los tengo en regla...,
y tu derecho ha ganado
en claridad...—Si pudiera
marchar yo, con los poderes
que habéis hecho en favor de esa
persona amiga del Cónsul...,
¡cátate rica!

DOLORES. ¡Opulenta! (Con dulce broma.)
¡Sobre todo, si te ahogabas
como mi padre!—Desecha
tal propósito...—Tu vida
vale más que mis riquezas.

FERNANDO. (¡Segunda pulla!)—¿Qué haces?

DOLORES. ¡Nada!... No mires... (Retirando el bastidor.)
FERNANDO. ¡Bah!..., deja...
DOLORES. ¡Cuando esté ya concluída!...
FERNANDO. ¡Ah! Bordas una pechera... (Triste.)
¿Es para... Don Blas?
DOLORES. ¡No, tonto,
que es para ti!
FERNANDO. ¡Siempre buena!
¡Siempre!... (Se turba.)
DOLORES. ¡Mire usted quién habla!
FERNANDO. ¿Á qué viene esta fineza?
DOLORES. ¡Bien! ¡la desairas!
FERNANDO. No, hija;
que la estimo muy de veras,
y la...—¡Hoy hace un bochorno
terrible!... ¡Va á haber tormenta!—
Mas lo mejor olvidaba...—
Dolores... Me da vergüenza...
DOLORES. ¿De qué?
FERNANDO. De que mis fondos,
por la presente, no llegan...
DOLORES. Bien..., bien... (Confusa.)
FERNANDO. ¡Vaya!... No te apures...
DOLORES. Me apuro por si mi herencia...
FERNANDO. ¿Qué? ¿que no me pagarías?—
¡Como si algo me debieras!—
Diez y seis onzas de oro
te doy aquí...—Yo las treinta
quisiera darte...; mas, hija,
no podrá ser hasta ferias.—

(La echa un paquete en la falda, y para cambiar la conversación se pone á mirar á lo alto de las paredes, y dice:)

¡Mira!.... ¡mira qué hambre tienen
las golondrinas! ¡Qué gresca!
¡Y todo porque la madre
vuelve ya con la merienda!—
(Nueva transición, y acercándose á Dolores.)
¡Pues sí! Tu derecho es claro.
No hay más que marchar á América;
cotejar copias y títulos;
echar mano al que detenta
tus créditos y tus fincas;
venderlo todo..., ¡y de vuelta!—
Si quieres...

DOLORES. ¡Te lo prohibo!
¡Ya iré yo... cuando Dios quiera!...
(Riéndose.)

FERNANDO. (Echa á andar despacio, diciéndose:)
(Pues, señor, quedaré limpio...,
(Tocándose al bolsillo.)
¡más limpio que una patena!)

DOLORES. (Soltando el bastidor, y con gravedad.)
Oye.

FERNANDO. ¿Qué? (Llegó la crisis.)

DOLORES. Siéntate aquí...
(Le señala la silla en que tiene los pies.)

FERNANDO. (Señalando arriba, y defendiéndose de su júbilo.)
¿Y si despiertan?...

DOLORES. ¡Siéntate!—Tú me aborreces.

FERNANDO. ¿Yo?

DOLORES. No..., no...—Tú me desprecias.

FERNANDO. ¡Lola!

DOLORES. Sí...; yo soy muy mala
contigo...

FERNANDO. ¿Tú?...—¡Qué ocurrencia!

¡Vamos!... Borda...—Quiero verte.
DOLORES. No: respóndeme.—¿Qué piensas
que hago yo con estas sumas
que me das?
FERNANDO. ¡Lo que tú quieras!—
¡Yo no sé!
DOLORES. Mientes.—¿Qué hago?
FERNANDO. Socorrer pobres...—¡No vuelvas
á las andadas!... Tú crees
que yo sigo con aquellas
necedades; que estoy triste
y ofendido...
DOLORES. ¡Justo!
FERNANDO. ¡Mera
tontería!
DOLORES. ¡Y con favores
de mi ingratitud te vengas!
FERNANDO. ¡Dale! ¡No sé ya qué hacerme
para que...—Desde la escena
de marras, ¿he vuelto á hablarte
sobre la antigua contienda?—
¿No me paso allá en la Fábrica,
solo..., semanas enteras?
DOLORES. Nada has dicho; pero á mí
me lo dice mi conciencia.—
Si en la Fábrica trabajas
tanto, que sobre ti llevas
el peso de esta familia,
es por mí; por la promesa
que te hicieron de mi mano...,
á instancia tuya...—¿Lo niegas?
FERNANDO. No lo niego... Pero entonces
yo ignoraba la existencia

de otro amor...

DOLORES. Que tú has soñado...

FERNANDO. No: que tú sientes.—¡Recuerda
lo que pasó aquella noche
al irse Miguel!...—Mas sea
lo que fuere; suponiendo
que ya le olvidaste, á fuerza
de desengaños...—¡Sé franca!
¿sientes que yo no te quiera?

DOLORES. Si no me quieres, ¿qué importa
que lo sienta ó no lo sienta?

FERNANDO. ¡Toma!...

DOLORES. ¡Cómo me calumnias!—
¡Pobre Fernando!
(Con hidalguía.—Vuelve á coger el bordado.)

FERNANDO. (Incrédulo.) ¿Son quejas?

DOLORES. No: es que siento que me odies
al dejar de amarme...

FERNANDO. ¡Terca!
¡Tendré que estallar!—¡Yo odiarte!...—
Pues sí... (¡Estoy tan cerca de ella!)
(Retira algo la silla.)

DOLORES. (¡Aún está muerto por mí!)

FERNANDO. (¡Aún por Miguel está muerta!)

DOLORES. Vamos..., ¿que ibas á decirme? (Con gracia.)

FERNANDO. (Triste y digno.)
Que amar puedes á quien quieras...,
que tu ventura me basta...
(¿Por qué me senté tan cerca?)

DOLORES. ¿Y Don Blas? ¿Qué dice ahora?
de esta indefinida tregua?

FERNANDO. Don Blas..., como ignora aquello...—
(Mohín de Dolores.)

¡hazte cargo!—toma á ofensa
la cosa...—Pero es conmigo.

DOLORES. No me maravilla... Él cuenta
con que yo... (Hipocresía.)

FERNANDO. Acaba la frase.

DOLORES. Diré amén...

FERNANDO. ¿Por obediencia? (Resignado.)

DOLORES. (Impaciente.)
¡No me hostigues á preguntas!—
¡Figúrate las respuestas!
Y sabe, de hoy para siempre,
que yo, de cualquier manera...,
me tendré por venturosa,
con tal que tú no padezcas.

FERNANDO. ¡Dolores, este es el cuento
de nunca acabar!

DOLORES. ¡Paciencia!...—
¡La culpa es de que hay celosos!

FERNANDO. ¡La culpa es de que eres hembra!
(Voces y gritos en la escalera.)

DOLORES. ¡Retírate!...—¡Don Blas baja!

FERNANDO. (¡El demonio que la entienda!)
(Entra en el despacho.)

ESCENA II

DON BLAS, DOÑA ROSA y DOLORES (bordando).

ROSA. ¡Te digo... (Dentro, en la escalera.)

BLAS. ¡No me lo niegues!
(Bajan á la escena.)

ROSA. ¡Blas, por Dios!

BLAS. ¡Y por los Santos!

¡Como ese collar vendiste,
venderás hasta los clavos,
y pediremos limosna
para que él goce entretanto!—
¿Te figuras que yo ignoro
lo que en casa está pasando?—
¿Qué ha sido de tus diamantes?
¿Qué de tus perlas en ramos?
¿Qué de tus grandes ahorros?
¿Y qué, en fin, de tanto y tanto
dinero como me pides
y te doy hace dos años
sin preguntarte el objeto?

ROSA. ¡Bien! ¡todo se lo he mandado!—
¡Y he dispuesto de lo mío;
que para eso me dotaron
mis padres, que de Dios gocen!—
¿De qué te quejas, avaro?—
¡Es mi hijo!

BLAS. Pero...

ROSA. ¡Es mi hijo!...
Y no quiero...—¡de pensarlo
me vuelvo loca!—que pase
ningún apuro.

BLAS. ¡Buen pago
te da el niño!... ¡Carta suya
no has tenido desde Marzo!

ROSA. ¿Qué será de él?

BLAS. ¡Divirtiéndose
estará! ¿No me has contado
varias veces que era rico;
que hacían en los teatros
sus óperas; que el Gobierno

le nombraba diputado;
que iba en coche, y que tenía
tres periódicos?...—¡Yo extraño
que, no obstante, me arruines
por ayudarle!...

ROSA. ¡Lo raro
sería que no lo hiciera!

BLAS. ¡Perfectamente!—Entretanto,
yo sé el abismo sin fondo
que hay abierto ante mis pasos.—
El mismo Fernando ignora
de mis cuentas el estado...;
¡pero á los dos os advierto
que se aproxima el naufragio!...—
¡Cuando la nave se hunda,
cuando vengan á embargarnos,
cuando al hospicio nos lleven...,
no os quejéis del pobre anciano!
¡Quejaos de aquel que me acosa,
en vez de prestarme amparo!

ROSA. (Muy dulce.)
¿Qué sabemos si muy pronto
no tocará el desengaño,
y amante vendrá en tu auxilio?

BLAS. ¡No le esperes!

ROSA. ¡Yo le aguardo!—
¡Anoche, sin ir más lejos,
soñé que entraba!...—¡Tan guapo!
¡tan arrepentido!

BLAS. ¡Es tarde!

ROSA. ¡Nunca lo es en estos casos!
¿Ignoras tú que en la Biblia
cuenta yo no sé qué Santo

la historia de un *Hijo pródigo*
que al volver fué perdonado?

BLAS. ¡Ya!... ¡Pero el nuestro es peor!

ROSA. ¡Peor..., con veintidós años!

BLAS. ¡Para arruinarme y perderme
nació viejo el insensato!—
¿Recuerdas, mujer, recuerdas
cómo, cuando era muchacho,
bendecíamos al Cielo
que nos le diera tan sabio,
tan grande, tan decidido?—
«¡Fuerte será nuestro báculo!»
(decíamos). Pero ¡ay, triste!
¡que ha sabido demasiado
para tener corazón
y sentimientos humanos!

ROSA. ¡Hombre!..., ¡por Dios!

BLAS. ¡No disculpes
un proceder tan ingrato!—
Cuando él era débil niño,
yo le llevé de la mano...,
¡y hoy que soy débil y viejo,
no me presenta su brazo!

(Aparecen del brazo en el portal Don Gil y Doña Ramona.)

DOLORES. (Desde su silla, con presteza.)
¡Don Gil y Doña Ramona!...

ROSA. (Con alegría.)
(¡Qué oportunos!)
(Á Don Blas.) ¡Calla!

BLAS. ¡Callo!
¡Pero ya hablarán los hechos...
y oirán los sordos al cabo!...

ESCENA III

DICHOS, DON GIL y DOÑA RAMONA, del brazo, con lujo veraniego, pero algo ridículos.

GIL. / RAMONA. ¡Buenas tardes! (Las señoras salen á recibirlos.)
LOS DEMÁS. ¡Buenas tardes!
RAMONA. ¿Qué tal?
ROSA. Pasando.—¿Y usted?
GIL. Don Blas: una palabrita...
(reservada...) (Le señala al despacho.)
BLAS. (Azorado.) Mejor es (Reservado á Don Gil.)
entonces, no ir al despacho,
pues Fernando se halla en él.—
Hablaremos allá fuera... (Señalando al portal.)
GIL. Admirablemente.—Pues... (Se alejan.)

(Durante toda la escena hablan con animación en el portal.—Don Blas muestra grande apuro.—Las mujeres, después de muchos cumplidos y reunir sillas, se sientan en el proscenio.—Dolores borda, pero no quita ojo á Don Gil y Don Blas, y ajusta alguna vez cuentas con los dedos.—Doña Ramona está sentada entre las dos.)

ROSA. Conque dígame, vecina:
¿Qué tal de casada?
RAMONA. Bien...—
Gil dice que está contento,
y yo..., con tanto que hacer...,
¡Jesús!..., se me pasa el día
en menos de un santiamén.
ROSA. Así es que nunca la vemos
por aquí...—Hará más de un mes

que no sé si es muerta ó viva.

RAMONA. ¡Como no pongo un pie
en la calle!...—Hoy he salido
por la precisión de ver
si en las tiendas...—Pero no
crea usted que es cosa de...—
(Se tapa el rostro con el abanico.)
¡Está muy fresco este patio!
Han hecho ustedes muy bien
en bajarse...—Ya otro día
más despacio volveré,
y hablaremos...—Ahora he entrado
porque Gil mostró interés
en ver á Don Blas hoy mismo...—
(Mirando la pechera que borda Dolores.)
¡Preciosa! ¡Qué sencillez!...—
¡Ah! Lo mejor olvidaba... (Á Doña Rosa.)
¿Hay noticias de Miguel?

ROSA. (Bajando la voz.)
Sí, señora...—De él hablábamos...

RAMONA. ¿Y sigue en Madrid?

ROSA. Sí: el juez,
que ha llegado, nos ha dicho
(Indicando que á ella y á Dolores solamente.)
que lo encontró en un café,
tocando el piano..., y pudo
darle mis perlas...

RAMONA. ¿También?

ROSA. ¡Pues claro! (Muy en secreto.)
(Á Dolores la impacientan estas confianzas.)

RAMONA. ¡Cáscaras!

ROSA. De esto
hará ya dos meses...

DOLORES. Tres.
ROSA. Pero cuidado, vecina,
que no se lo cuente...
RAMONA. ¿Á quién?
ROSA. Á nadie.—¡Ni á mi marido,
que sospecha!...
RAMONA. Callaré.—
Y ¿no escribe?
ROSA. No, señora:
desde que salió de aquel
lance, ni una letra ha escrito...
RAMONA. ¡Pues ya era tiempo, á mi ver,
de que se hubiera casado
con la Condesa!
ROSA. ¡Así él
lo esperaba!...—En cuanto á ella,
hija..., ¡lo quiere á perder!
RAMONA. ¡Dios lo haga!—¿Y tú, Dolores?
¿Cuándo te casas?
DOLORES. (Tranquilamente.) No sé.
ROSA. Eso es cosa de mi Blas...
Las desgracias de Miguel
le preocupan de tal modo,
que en nada piensa...
RAMONA. ¡Chochez!—
Gil: ¿vamos?
GIL. ¡Mujer!...; ya voy,
RAMONA. Son las cinco...
GIL. ¡Voy, mujer!
RAMONA. Parece que se pelean...
DOLORES. No, señora...
RAMONA. (Significando su interés por Gil.)
Es que ¡ya ves!...—

Y, volviendo á nuestro joven:
¿Se supo al cabo qué fué
lo de ir á Italia?

ROSA. ¡Emigrado!

RAMONA. ¡Jesucristo! (Se santigua.) ¿Y eso, qué es?

ROSA. ¡Hija! ¡Se metió en política,
y me lo engañaron!...—Diez
mil reales me costó aquello...

RAMONA. ¡Vaya un mocito! ¡Conque él...
política..., desafíos!...—
¿Y la herida?

ROSA. Dice el juez,
que sanó...—¡Dios le perdone
lo que me ha hecho padecer!...—
Dos veces ha estado en grande...
Pero, yo no sé por qué...
(sin duda cambios políticos)
vive en continuo vaivén...—
Ahora pensamos mandarle
bastante dinero...—¡Ay! ¡Es
cosa que me parte el alma
pensar que para comer
toca el piano ante un público!...

RAMONA. ¡Es cruel..., sí..., muy cruel!—
Yo, si el Señor me da hijos,
no les enseño á leer.—
Por lo demás, su viaje
fué marcada insensatez...—
¡En Madrid, según noticias,
hay demasiado tropel
para que chicos y grandes
puedan á un tiempo comer!
La mitad de las familias

viven esperando vez,
y nadie habla de otra cosa
que de *subir* ó *caer*...
Para que se sienten unos,
otros se quedan de pie,
y á gritos los empleados
andan siempre con los ex.
En fin, mi primo decía
que es allí gracioso ver
cómo de dos en dos años
el haz se trueca en revés,
y, á la voz de *crisis*, todos
cambian de sitio y papel...—
¿Y tú, Dolores? ¡Tan seria
como siempre!...

DOLORES. (Con burla muy fina.) Oyendo á usted.

GIL. ¿Vamos, Ramona?

RAMONA. ¡Acabarás!

GIL. (Á Don Blas.)
Convenido: hasta después.

RAMONA. Señoras...

ROSA. Abur, vecinos...

DOLORES. (Desde la cancela.)
Que ustedes lo pasen bien.

ESCENA IV

DOÑA ROSA, DOLORES y DON BLAS

(Al regresar del fondo las dos mujeres, Don Blas cae anonadado en el sillón que hay á la derecha del proscenio.)

BLAS. ¡Oh!

ROSA. ¡Blas!..., ¿qué tienes?, qué es eso?

DOLORES. Padre...
BLAS. ¡Rosa, no hay amparo!
¡Llegó lo que me temía!—
¡Estoy en quiebra!
ROSA. ¡Dios santo!
BLAS. ¡En quiebra total! Mañana,
de las letras vence el plazo...
Se niegan á todo arreglo...
¡Vendrán á cobrar, y el pago
me es imposible!
ROSA. ¡Repórtate!
¡Ya esperarán!
(Dolores, inmóvil, en medio de la escena.)
BLAS. ¡Ni soñarlo!—
Don Gil ha venido á escape
á prevenirme...—¡El malvado
del fabricante vecino,
buscando siempre mi daño,
se ha hecho endosar las tres letras,
y ya ha visto al escribano
y al juez, para que estén prontos
al protesto y al embargo!...—
Rivales nuestras industrias,
en nada tendrá reparo...—
¡La casa!..., ¡la Ferrería!...,
¡todo pasará á sus manos!
ROSA. Mas ¿no habrá ningún remedio?
BLAS. ¡Ninguno! Estoy arruinado.—
¡Para solventar mañana
nueve mil duros muy largos,
de mi propia pertenencia
no tengo en caja ni un cuarto!...
En ella quedan tan sólo

los diez mil duros exactos
que el pobre Fernando impuso,
por ayudarme, ha dos años...
Mas yo no quiero ni debo
arruinar á ese cuitado...
¡Sálvese siquiera uno
de este espantoso fracaso! (Se levanta.)

ROSA. Tú harás lo que te parezca...
(Dolores de pie junto á la mesa, sin mirarlos.)
Mas no temas arruinarlo
si á él acudes, pues te consta
que se guardó á buen recaudo...

BLAS. ¡Ya! La mitad de la suma,
que, de un modo voluntario,
me ofreció la noche aquella...

ROSA. ¡Otros diez mil!...—¡Convengamos
en que podrá no ser listo;
pero no peca de incauto!

BLAS. Pues por eso, y porque sigue
su casamiento aplazando;
porque la desconfianza
regula ha tiempo sus pasos,
no he de tratar como á socio
al que ya fué... reservado:
¡ni á un menor de edad permite
la ley semejantes pactos!...—
¡No tengo, pues, más recurso
que soportar el embargo;
dejar que lo vendan todo,
y echarme de Dios en brazos!

DOLORES. (Acercándose reposadamente.)
Le queda á usted un remedio...

ROSA. ¡Díselo!

DOLORES. Responda:—¿En cuánto
tasa usted la Ferrería?

BLAS. Hija..., con tantos atrasos,
estoy sin carbón ni hierros...,
el local se viene abajo...,
y apenas valdrá ya todo
seis mil duros mal contados.

ROSA. (Á Dolores.)
También nos queda esta casa...

DOLORES. Pues... lo dicho.—Que Fernando
les compre cuanto poseen,
casa, Fábrica, artefactos;
que, con los diez mil de entonces,
las letras pague en el acto,
y, con los diez mil de ahora,
reorganice los trabajos.—
¿No le conviene la Fábrica?—
¡Que la venda y vuelva al campo!—
Labrando empezó su vida...,
¡pues que la acabe labrando!

BLAS. ¿Y nosotros? (Con dignidad.)

DOLORES. ¡Viviremos
con él!

BLAS. ¿Cómo?

DOLORES. Pues es llano:
¡como una sola familia!—
¿No sois mis padres?... ¡Me caso
con quien les compra sus bienes,
y todo queda arreglado!

ROSA. ¡Dolores! (Con asombro.)

BLAS. (Con ternura.) ¡Dolores mía!

DOLORES. (Muy serena.)
Por lo demás, á Fernando

le conviene, pues él dice
que mi herencia es oro en paño.—
Conque háblele usted hoy mismo.

ROSA. Pero ¿tú le quieres?

DOLORES. (Con energía.) ¡Claro!

BLAS. ¿Y él á ti?...

DOLORES. (Sonriendo tristemente.) ¡Con toda el alma!

BLAS. Entonces, ¿por qué dos años
habéis estado angustiándome
con dilaciones y plazos?

DOLORES. ¡Por nada! ¡Por tonterías!—
(Mirando con severidad á Doña Rosa.)
No hay que hablar más: nos casamos.—
Dígaselo de mi parte. (Á Don Blas.)
Y usted..., recobre ese ánimo. (Á Doña Rosa.)

ROSA. Deja... (Llorando.)

BLAS. Cuando yo me alegro,
¿qué significa ese llanto?
(Fernando aparece en la puerta del despacho.)

DOLORES. (Vivamente á Don Blas.)
¡Padre! Fernando allí asoma...
Háblele usted...—Yo me marcho.

FERNANDO. (Marchando hacia el portal.)
Buenas tardes...—Voy á casa,
y vuelvo...

BLAS. Espera...—Dejadnos.—
¡Adiós, hija!—¡Rosa, adiós!...
(Las abraza.)

FERNANDO. (¡Esto me huele á chubasco!)

(Se van las mujeres, llevando Dolores á Doña Rosa cogida por la cintura.)

ESCENA V

DON BLAS y FERNANDO

BLAS. ¡Fernando, no puedo más!
Si callara, ¿qué dirías?—
¡Tú mismo me acusarías
de ingratitud!...

FERNANDO. ¿Yo, Don Blas?

BLAS. Oye.—Desde que nací,
sin descanso trabajé,
y con mi sudor regué
el pobre pan que comí.
Vi que á mis padres un día
los cansaba ya la edad,
y fuí de su ancianidad
amparo, sostén y guía...
Aún muertos no los lloraba,
cuando ya, en torno de mí,
mi propia familia vi
que ayuda me demandaba...
¡Y, en mi honor los ojos fijos,
batallé sin descansar,
feliz en alimentar
á mis padres y á mis hijos!—
Así transcurrió mi vida...,
y hoy, que la siento acabarse,
un báculo en que apoyarse
busca mi mano aterida.
¡Sin él me ha dejado atrás
de un hijo la ingratitud...,
y ha de ser mi senectud
báculo de los demás!—

[redacted]

¡Imposible! Ya mis hombros
no soportan el trabajo...
Mi casa se viene abajo
y me envuelve en los escombros.—
¿Qué hacer? ¿Se me acusará
si te digo que adelante
no puedo seguir?...—¡Bastante,
bastante he luchado ya!—
Yo seguiría callando
hasta caer...—¿Qué me importa?
¡Será mi vida tan corta!...—
Pero ¿y ellas?... Di, Fernando,
¿y ellas?—Tú las amas... Yo
sé que eres bueno y honrado,
y el cielo en ti me ha pagado
el hijo que me quitó...—
¡Ah! Sustitúyeme... ¡Toma
el puesto aquí que yo dejo...;
reemplaza á este pobre viejo
en su hogar que se desploma!
De esas dos prendas que amo,
sé el padre...; ordena sin tasa...
¡Yo te confío mi casa!...
¡Sé tú de mi casa el amo!

FERNANDO. ¡Cómo! ¿Qué debo yo hacer? (Asustado.)

BLAS. Oye. El ingrato hijo mío
por la senda sigue impío
que su orgullo le trazó.
Su madre le ama de modo,
que en su bien mi hacienda arrasa...;
¡él se lleva de esta casa
alhajas, dinero, todo!
Y así, tras tanto pesar,

hoy el más horrible pruebo...:
¡me demandan lo que debo,
y no lo puedo pagar!
¡Vendrán á embargarme, sí...,
no solamente mi hacienda!...
¡de mis padres la vivienda!...
¡esta casa en que yo nací!—
(Espanto de Fernando.)
Nada te he dicho hasta hoy,
ni de la boda aplazada,
ni de apuros, ni de nada...,
porque...—ve qué franco soy—
ha tiempo que arrepentido
te consideré de todo,
¡y Dios sabe de qué modo
desde entonces he vivido!—
Pero hoy sólo tengo ya
los fondos que tú me diste...
(Explosión de alegría en Fernando.)

FERNANDO. ¡Conque ese dinero existe!...—
¡Pues todo arreglado está!—
¡De usted son los diez mil duros!...
¡Para eso los traje aquí!—
¡Pague á todo el mundo... y
salga por siempre de apuros!
(Don Blas no se reanima.)

BLAS. ¡Por siempre!...—En primer lugar,
alma generosa y buena,
sabe que es mayor mi pena...:
esto no es más que empezar...—
(Asombro de Fernando.)
Y ten además presente
que favores en su daño...

no se piden á un extraño...,
si se aceptan de un pariente...—
Por eso...—dispensa...—debo
darte títulos...
(Dolor y confusión de Fernando.)

FERNANDO. ¿Qué escucho?

BLAS. ¡Hay dones que estimo mucho...;
pero hay otros que repruebo!—
Para aceptar, pues, tu ayuda
de noble y sencillo modo,
necesitaré, ante todo,
que me saques de una duda...—
Y después te iré explicando
lo demás que habrá que hacer...

FERNANDO. (¿Qué le voy á responder?)

BLAS. Dime la verdad, Fernando.—
¡Con una palabra sola;
pero palabra de honor!...—
¿Recuerdas tu antiguo amor?
¿Quieres casarte con Lola?

FERNANDO. (Aturdido.)
¿Yo?—Le diré á usted, Don Blas...

BLAS. ¿Qué? (Asombrado.)

FERNANDO. Yo...

BLAS. ¿No quieres ser mi hijo?

FERNANDO. Perdone usted, si le aflijo...

BLAS. ¡Basta! ¡No me digas más!

FERNANDO. Entienda...

BLAS. ¡Calla, cruel..., (Rechazándolo.)
que tu lástima me hiere!

FERNANDO. (Con brío.)
¡Si es ella quien no me quiere!—
(En voz baja.)

Dolores ama... á Miguel.

BLAS. ¡Me engañas!

FERNANDO. ¡Señor!...

BLAS. ¡Te engañas!

FERNANDO. ¡No me engaño, por mi mal!
¡Ha tiempo que este puñal
va clavado en mis entrañas!

BLAS. (**Medio convencido, ante la solemnidad de Fernando.**)
Luego ¿tú la quieres?

FERNANDO. (**Valientemente.**) ¡Sí!

BLAS. Pues oye: estás obcecado...—
Nadie el caso me ha contado...
¡Yo mismo todo lo oí!—
Miguel requirió á Dolores
la noche que se ausentó,
y ella, altiva, se rió
de tan indignos amores.

FERNANDO. ¡Despecho, furia sería!—
(**Con igual fuerza de convicción.**)
¡Yo, esa noche inolvidable,
vi su amor incontrastable,
y aún lo veo todavía!

BLAS. Pues yo te digo que hoy,
aquí, de su propio grado,
ella misma me ha encargado
el paso que dando estoy...

FERNANDO. ¡No me sorprende, Don Blas!
(**Con amargura.**)
¡Ni me engañará el deseo!...—
¡Lola..., con pena lo veo,
se vende por los demás!—
¡Mas delira si lo piensa! (**Con energía.**)
¡Que ni acepto el sacrificio,

ni tan corto beneficio
merece tal recompensa!

BLAS. (Con altivez y enojo.)
¡Muy bien! Solo hasta la muerte,
lucharé con la agonía.—
Fernando, desde este día
nada puedo agradecerte.—
(Le alarga unas llaves, que Fernando no toma.)
Si no obtuviste ventaja...,
te libras de mis apuros...—
Recoge tus diez mil duros...
No tengo otra suma en caja...

FERNANDO. ¡Antes me dejo matar!—
(Terrible.)
Somos socios: he corrido
su misma suerte: he perdido...,
¡ya me tocará ganar!

BLAS. ¡Es que aquí mando yo solo!

FERNANDO. ¡Pero no en mi honor!

BLAS. (Conmoviéndose.) ¡Ah, necio!

FERNANDO. ¡Dirán que esto es un desprecio!...

BLAS. ¡Dirán que aquello fué un dolo!—
¡Aún eres menor!

FERNANDO. (Furioso.) ¡Yo soy
su hijo de usted, que lo adora!—
¡Sépalo, pues, desde ahora:
A Buenos Aires me voy!

BLAS. ¿Qué?... (Espantado.)

FERNANDO. ¡A Buenos Aires!... ¡Soltero!...
¡Por la herencia de Dolores!

BLAS. ¡Nunca! (Procurando abrazarle.)

FERNANDO. ¡Mañana! (Huyéndole, llora.)

BLAS. ¡No llores!

Ven á mis brazos...

FERNANDO. ¡No quiero!
¡Sin comprar á esa mujer,
era yo un hijo de ustedes!...—
Hoy desprecian mis mercedes...—
¡No me volverán á ver! (Se sienta y llora.)

BLAS. (Aparte.)
(Dudo... ¡Terrible momento!)
(Pausa.)—(Don Blas llora, dándole la espalda.)

FERNANDO. (Levantándose de pronto y acercándose mucho á Don Blas.
¿Y por cuánto es ese embargo?

BLAS. (Ocultando sus lágrimas.)
¡Verdugo! ¡El licor amargo
brindas al labio sediento!—
Acepto el cáliz...—Rubor
por rubor, debo escoger
éste, que me evita hacer
público mi deshonor...—
Los cielos mi vida alarguen
y hagan que pagarte pueda...—
Mi honor á tu cargo queda...—
¡Fernando, que no me embarguen!
(Le alarga otra vez las llaves; Fernando las toma.)

FERNANDO. Mil gracias...—No embargarán.
(Se abrazan.)—(Pausa.)

BLAS. Conque hablemos de después...
(Tímidamente.)

FERNANDO. (Asustado.)
¿De la Fábrica?

BLAS. Así es.—
Ya te he marcado mi plan.—
Como director y dueño,
tú explotas, dispones, mandas;

tú haces de hierro demandas...,
y á mí... un salario pequeño
me das para sostener
esta casa...—¿Otra vez dudas?—
Si tú de veras ayudas...

FERNANDO. (Sombrío.)
¡Nada de eso puede ser!

BLAS. (Sin entenderle.)
¿Cómo? ¿Te arrepientes cuando
ya me has hecho consentir?

FERNANDO. (Sin oirle.)
¡Nada! ¡Me tengo que ir
á Buenos Aires!

BLAS. ¡Fernando!
¡Tú te burlas!

FERNANDO. ¡Disparate!
¡Yo no me burlo jamás!

BLAS. Pues no comprendo...

FERNANDO. (De rodillas.) ¡Don Blas!
¡Máteme usted!

BLAS. ¡Que te mate!

FERNANDO. ¡Usted me cree con dinero!
Piensa que la otra mitad
de aquella suma...

BLAS. ¡Es verdad!...
La guardaste... (Lo levanta.)

FERNANDO. ¡Ay, Dios! Yo muero...

BLAS. ¿Cómo?

FERNANDO. Que no la guardé.

BLAS. Pues ¿qué has hecho, desgraciado?

FERNANDO. Perderla...

BLAS. ¡Nunca has jugado!—
¡Dudo de tu buena fe! (Con desprecio.)

FERNANDO. ¡Don Blas, créame, por Dios!—
¡No tengo un maravedí!

BLAS. (Caviloso.)
¡No tienes!... ¡No tienes!...—¡Sí!...
¡Las dos han sido!..., ¡las dos!—
(Con furia.)
¡Mi mujer!... ¡Lola, sin duda!...
¡La enamorada doncella!

FERNANDO. ¡No, señor! (Con gran vehemencia.)

BLAS. ¡Ha sido ella!
¡Ella, que le ama y le ayuda!...

FERNANDO. ¡No acuse usted á Dolores!
No le he dado casi nada...

BLAS. ¿Fué á mi mujer?

FERNANDO. ¡Desdichada!
¡Ella pedirme favores!—
No, señor... ¡Siempre el rival
ha visto en mí de Miguel!...

BLAS. (Con ímpetu.)
¿Entonces... (Acusándole de nuevo.)

FERNANDO. (Con desesperación.) ¡Se los dí á él!—
¡Perdóneme, si hice mal!

BLAS. ¡Jesús!... (Tapándose el rostro con las manos.)

FERNANDO. Me habló de morir...
Lo amaba como á un hermano...
¿Qué hacer?... Le puse en la mano
lo que me pidió al partir...

BLAS. (Encarándose con uno de los retratos.)
¡Padre!

FERNANDO. (Siguiéndole.—Vuelven al proscenio.)
¡El secreto me ahogaba
desde que usted sospechó
que, por otras causas, yo

diez mil duros le negaba!...

BLAS. ¡No digas más! ¡Lo comprendo!
Le diste cuanto valía (Ira reconcentrada.)
todo, casa y Ferrería...—
¿Cómo, pues, hoy te las vendo?—
(Sarcasmo.)
¡Negociante de mi honor,
giró el vil contra mis bienes!...—
Tuyos son... Libres los tienes...
¡No dudes de su fiador! (Delirante.)
¡No dudes, no...; pues de fijo
ya él sabía, y tú también,
que entre los hombres de bien,
paga el padre por el hijo! (Estallando.)

FERNANDO. ¡Ah, señor! (Con dolor y orgullo.)

BLAS. (Huyéndole.) ¡La ira me abrasa!
¡Me dejó á merced de extraños!
¡Me estafó, y hace dos años
soy un mendigo en mi casa!

FERNANDO. (Que le sigue.)
¡Don Blas! (Con amor.)

BLAS. (Yendo á la escalera.) ¡Rosa!—¡No me queda
más consuelo que matarle!...
¡Yo debí desheredarle,
y él á mí me deshereda!—
¡Dolores!—¡Rosa!
(Cae en el sillón, después de dar estos gritos para que bajen.)

FERNANDO. (Socorriéndole.) ¡Don Blas!...
¡Dolores!—¡Ven, que se muere!
(Yendo á la escalera.)

BLAS. ¡Yo le maldigo!—¡No espere
volver á verme jamás!

ESCENA VI

DICHOS, DOLORES y DOÑA ROSA

ROSA. ¿Qué es esto?
DOLORES. (Llegando al sillón.) ¡Padre!...
BLAS. (Á Dolores.) ¡Me humillas!
¡Aparta! ¡Al verte me asusto!
(Se levanta y huye.)
ROSA. (Á Fernando indignada.)
¿Qué le has dicho?
BLAS. ¡Honrad al justo!
¡Todos ante él de rodillas!
ROSA. DOLORES. } ¿Fernando? (Sin comprender.)
BLAS. Á su caridad
dos años ha lo debemos
todo..., ¡hasta el pan que comemos!
ROSA. ¡Blas! ¿qué dices?
BLAS. La verdad.
Él pagó la Ferrería
á Miguel... Él se ha arruinado
por Dolores... ¡Nos ha dado
todo cuanto poseía!—
¡Todo por tu amor, ingrata!—
¡Por ella, por la cruel,
que ama entretanto á Miguel!...—
¡Oh Dios! ¡Esta idea me mata!—
ROSA. Hija... (Á Dolores, de un modo indefinible.)
(Fernando á la izquierda, cruzado de brazos, mirando al suelo.)
BLAS. (Á Doña Rosa.) ¡Vente!...
ROSA. ¿Adónde vas?

BLAS. ¡Á pedir de puerta en puerta!
ROSA. (¡Tiene razón!—¡Estoy muerta!)
DOLORES. Deténgase usted, Don Blas.
(Pausa.)
En todo cuanto aquí pasa
no hay por qué apurarse así...
Yo en casa de usted viví...
Hoy vive usted en mi casa.—
(Asombro de los padres.—Fernando tiembla, y no la mira.)
Por socorrer á mi hermano...
he perdido mi caudal...
ó el de mi esposo... Es igual...
ROSA. ¡De tu esposo!
DOLORES. Ésta es mi mano.
(Se acerca á Fernando, y se la tiende.)
(Fernando la coge con finura, confusión y frialdad.—Don Blas dice severamente desde lejos:)
BLAS. ¿No adviertes que no la admite?—
¿No ves que se niega?
DOLORES. (Con tranquilidad.) ¿Él?
BLAS. ¡Tiene celos de Miguel!
FERNANDO. ¡Ya lo sabe! (Con gravedad.)
DOLORES. ¡Y lo repite!
(Con indulgente recriminación.)
FERNANDO. (Vacilando.)
Dolores... (Doña Rosa llora.)
DOLORES. (Á Fernando.) ¡Basta! (Cogiéndole las dos manos.)
BLAS. (¡Hija mía!)
DOLORES. ¡Hoy con él me casaré
(Volviendo la cabeza hacia Don Blas.)
aunque me esquive, y seré
su sierva, y él mi alegría!—
Mañana usted pagará;

después á América iremos;
con mi herencia volveremos,
y Dios nos bendecirá.

FERNANDO. ¡Oh!... ¡Lola!...
(Extasiado, pero todavía algo remiso.)

BLAS. (Aparte.) (¡Qué hija tan buena!)

FERNANDO. (Escucha...) (Aparte á Dolores, muy cariñoso.)

DOLORES. (¡Di que sí á todo!
¡No olvides que, de otro modo,
nos moriremos de pena!)
(Mirando á sus padres.)

FERNANDO. (En voz alta.)
¡Ah! ¡yo te amo!
(La estrecha las manos, y se la presenta á Don Blas y Doña Rosa.

DOLORES. (Con nobleza y ternura.) ¡Lo sé!—
(Á Don Blas.)
¿Y usted se conforma?

BLAS. ¡Sí! (La abraza.)
¡Perdóname! Injusto fuí
cuando de tu alma dudé.—
(Doña Rosa y Fernando se abrazan.)
(Á Fernando, tapándole la boca para que no replique.)
Aún mi propia hacienda es mía...—
Te la vendo...—En tasación
pagas de más...—Tuyas son
la casa y la Ferrería.
Te haré hoy mismo la escritura;
hoy mismo te casarás;
mañana tú pagarás,
¡y Dios nos dará ventura!—
(Abraza á su mujer.)
Si no ganas con el hierro, (Alegría senil.)

vuelves á ser labrador,
y si esto es mucho, pastor,
¡y yo del rebaño el perro!—
(Va de Dolores á Fernando. Llora y ríe.)
¡Hija del alma!—
(Á Fernando.) ¿Lo ves
cómo te amaba? ¡Á su hermano
socorrió con noble mano
para pagarte después!—
(Mirando á Doña Rosa.)
¡Mas nunca del desertor
vuelva á hablarse en mi presencia!...
¡Hágalo rico el Señor!—
Conque... la pareja fiel (Muy alegre.)
es bueno que se atavíe...

FERNANDO. (Á Dolores.)
(¡La vez primera que ríe
desde que se fué Miguel!)

BLAS.. (Á Doña Rosa.)
Desecha ya la amargura...,
se acabaron los suspiros...—
¡Ea! Vamos... Id á vestiros,
mientras yo le escribo al Cura.—
(Se dirige al despacho.)
(Actividad febril.—Se para.)
¿Padrino?... Don Gil.—Espera...—
(Á Fernando.)
¿Testigos?...—En fin, Fernando,
(Empujándole hacia la calle.)
ya tú lo irás arreglando
todo de cualquier manera...
(Entra en el despacho.)

FERNANDO. (Viendo cogidas de la mano á Doña Rosa y Dolores.)
(¡Ay, cuándo podré lograr
verlas francas sonreir!—
Voy, por de pronto, á impedir
que le vengan á embargar.) (Sale á la calle.)

ESCENA VII

DOÑA ROSA y DOLORES

(Cuando se ven solas, se abrazan.)

ROSA. (Llorando.)
¡Dolores!

DOLORES. (Con entereza.) ¡Madre querida!
¡Silencio!

ROSA. ¡Piensas en él!
¡También yo!

DOLORES. (Con disgusto.) ¡Miguel!

ROSA. (Con dolor.) ¡Miguel!
¿Le amaste?

DOLORES. ¡Toda mi vida!

ROSA. ¡Bien lo sé! (Acariciándola.)

DOLORES ¡Ya no le amo;
que ese amor, por él deshecho,
difunto sale del pecho
con el llanto que derramo!

ROSA. ¿Tú no le escribías?

DOLORES. ¡No!

ROSA. Mas ¿le socorrías?

DOLORES. ¡Sí!

ROSA. (Bajando la cabeza.)
¡Y te dejó como á mí!

DOLORES. ¡Ay, madre, él nunca me amó!
ROSA. ¡Tal vez tu amor ignoraba!...
DOLORES. ¡No en verdad! ¡lo supo un día!—
¡Pero él no se merecía
la pasión que yo ocultaba!
¡Burla y escarnio sangriento
hizo de este amor honrado,
amor inmenso y sagrado,
del alma cruz y contento!...
¡Y al fin en llanto infecundo
trocó la fuente escondida
que en sí atesoraba vida
para embellecer el mundo!...—
¡Cuánto sufrir! Ante mis ojos
mil veces, loco de amores,
á otras prodigó sus flores,
dejándome los abrojos...
Sólo una vez su mirada
fijó en mi pasión intensa...,
y, en vez de halago, una ofensa
vi en sus ojos retratada...
Y en pos de otro amor se fué,
y en otros vive soñando...—
Me casaré con Fernando...
Sí, madre, me casaré.
ROSA. ¡Oh, cuánta dicha ofrecía
tu alma á Miguel!
DOLORES. ¡Suya era!
¡Y no hallará quien le quiera
cual le quiso el alma mía!—
¡Triste condición humana!
Porque no me amó jamás,
por eso me rendí más

á su inclemencia tirana...
¡Y del cielo no venía
un castigo en su desdén!...
¡Yo desdeñaba también
al que tierno me quería!—
¡No amor! ¡Soberbia insensata
fué tan horrible tormento!
¡pedir agradecimiento,
y en cambio ser una ingrata!—
¡Oh! ¡Sal de mi corazón,
furia que así le devoras,
y amargo veneno lloras
por llanto de compasión!
¡Tú del bien me has apartado,
me enseñaste la mentira,
y alimentaste en tu ira
las penas de un hombre honrado!
¡Tú diste la desventura
á cuantos bien me han querido...;
pero ya te ha destruído
del honor la lumbre pura!

ROSA. ¡Ah, Miguel!—

(Como si lo viera en sueños da un grito súbito.)
(Entra Fernando en el portal.—Doña Rosa se vuelve, lo ve, y añade:)

¡Jesús!... ¿Creerás...—

(Á Dolores.)

Pero no es él...—¡He soñado!

ESCENA VIII

DICHAS y FERNANDO, de levita negra y sombrero de copa, con gabán claro, de verano, al brazo.—Viene de la calle.

(Fernando ve que las mujeres lloran, y desistiendo de acercarse á ellas, se dirige al despacho.)

DOLORES. (Con viveza.)
¡Ven! Cuenta...

FERNANDO. ¡Nada! He citado
al acreedor de Don Blas,
á fin de que cobre... hoy.
(Enseña las llaves que saca del bolsillo.)

ROSA. (Yendo á él.)
¡Ah! ¡gracias!... (Tierna y confusa.)

DOLORES. (Trayéndole al proscenio.)
(Con dulzura.) ¡Qué bueno eres!—
Fernando..., ¡cuánto me quieres!—

ROSA. Arriba te aguardo...

DOLORES Voy.

(Dolores la empuja dulcemente hacia la escalera, y ella se queda en el primer escalón, con la cabeza vuelta hacia Fernando.)

ESCENA IX

DOLORES y FERNANDO

DOLORES. (Con gracia y ternura.)
Adiós...

FERNANDO. (Va por ella, y la trae al proscenio.)
(Con generosidad.) ¿Has llorado?

DOLORES. Sí...
Pero tu bondad, la calma
siempre devuelve á mi alma...—

¡Nunca te apartes de mí!
Si me ves triste, no creas
lo que has creído otras veces...—
Tú serás..., sí, tú mereces
ser feliz...

FERNANDO. ¡Bendita seas!—
¡Oh! ¿no me acusas?

DOLORES. (Recriminándole.) ¿Fernando?

FERNANDO. ¡Mira!... ¡Por mi alma te digo
que si hoy me caso contigo,
es...

DOLORES. (Con grandeza y coquetería.)
¡Porque yo te lo mando!

FERNANDO. Pero eres libre...—Aun después
de casados, no me veas
ni me hables...

DOLORES. ¡Bendito seas
tú, y sólo tú! ¡Yo á tus pies
debo estar eternamente!...

FERNANDO. (Con modestia y pasión.)
¡Calla!...

DOLORES. Escucha en confesión
á tu esposa... (Se apoya en su hombro.)

FERNANDO. ¡Tú! (Enajenado.)

DOLORES. ¡Perdón!...
¡He amado á Miguel!

FERNANDO. (Asustado.) ¡Ah! ¡tente!

DOLORES. ¡No temas!... Mientras le amé,
callar supe...—¡Aún callaría!—
¡No te lo he dicho hasta el día
en que de amarle dejé!—
¡Dos años de suspirar,
yo por él y tú por mí...,

bastaron para que aquí
(Señalando con sinceridad á su corazón.)
ocupes hoy su lugar!

FERNANDO. (Arrobado.)
¡Lola!...

DOLORES. (Con rubor y gracia.) Adiós...

FERNANDO. (Suplicante.) ¡Lola!

DOLORES. (Abandonándole las manos.) ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Qué feliz soy!... (Se las besa.

DOLORES. (Sonríe, enseñándole las manos.)
Ya lo ves...:
¡y lloras!—Dime después...
(Se va, haciéndole desde la escalera un fino ademán de despedida.)

FERNANDO. (Se lleva las manos á los ojos, se las mira, y dice con sorpresa:)
¡Es verdad!... ¡Estoy llorando!
(Dirigíase al despacho, cuando se oye el punteado de una guitarra, que toca fandango, y aparece en el fondo del portal una mujer ciega, conducida por una niña. La mujer toca la guitarra, y canta desde el tramo de la puerta de la calle.)

LA CIEGA. (Canta.)
«Algún día llorarás,
cuando ya no haya remedio...
Me verás y te veré,
pero no nos hablaremos.»

FERNANDO. (Que se ha parado á oir la copla, saca una moneda, llega á la cancela y dice á la niña:)
Tome, hermana...
(Se van las pobres.—Fernando se dirige al despacho, con la cabeza baja, diciendo melancólicamente:)
¡Siempre ha habido

víctimas de esa sentencia!...
Amores, llantos, ausencia...,
y luego... ¡muerte ú olvido!—
(Entra en el despacho.)

ESCENA X

MIGUEL

(Pausa.—Se oye la misma copla, lejos, y, cuando ya va atenuándose, aparece Miguel en el portal, con ropa de viaje, deslucida, gris, y sombrero de paja, bolsa de camino colgada y toda la barba.—Detrás de él viene un mozo de diligencias con una gran maleta al hombro, y la deja en el patio, junto á una pared, y se marcha.—Miguel entra con cuidado. Se quita el sombrero, y dice con naturalidad, pero con unción:)

MIGUEL. ¡La bendición de Dios sea
en mi casa!...—¡Guarde Dios
á mis padres!...—¡Al fin toco
mi tierra de promisión!...—
¡Me parece un sueño!...—¡Nadie!...
(Mirando á todos lados.)
Tal vez duermen...—¿Subo?—No...
¡Calma!...—¡Ay, cielos! ¡mi familia
me infunde duda y terror!...—
(Se apoya sobre la mesa.)
¡No puedo más! (Pausa.)—¡Cuántas veces,
en mi peregrinación,
soñé con tu dulce sombra,
santo albergue protector!...—
¡Nada, nada ha cambiado!...
¡Qué paz en esta mansión!...
¡Cómo se conforta el alma
del triste!...—¡Dos años..., dos!—

Tiemblo el momento de verlos...—
Siento pasos...—No; soy yo:
¡es mi corazón, que salta
de deseo y de temor!—(Pausa.)
¿Á quién hablaré primero?—
¿Á mi santa madre?...—¡Oh, no!...
¡Se moriría!...—¡Mi padre!...—
(Señalando al despacho.)
¡Allí está..., con su sudor
tal vez amasando el pan
que nunca aquí me faltó!...—
¡Ah, padre..., cuánto he sufrido
por mi loca rebelión!
¡Bien te vengaron los cielos
de mi ingratitud atroz!...
¡Pobre..., herido..., despreciado
del mundo, una hora llegó
en que vi sobre mi frente
escrita tu maldición!...—
(Se sienta en la silla de Dolores. Llévase la mano al pecho, como sintiendo dolor en la herida de que se le cree curado.)
¡Ay! ¡esto es morir!...—¿Qué miro?...
¡Dolores!... ¡Su bastidor! (Lo besa.)—
¡Dolores!... ¡Ángel del cielo!
¡Luz del alma!...—Suyos son
los misteriosos auxilios
que recibí...—¡Cuánto amor!...—
¡Ah! Tan luego como supe
su divina abnegación,
¡cómo germinó en mi alma
el bien regenerador!
¡Cómo se alzó en las rüinas

de tanta innoble pasión,
pura y sublime su imagen!
¡Ella sola me guió
por el desierto!... ¡Ella ha sido
la columna con que Dios
ha encaminado mis pasos
á la virtud y al honor! (Se levanta.)
¡Qué ingrato, qué ingrato he sido!...—
¿Me perdonarán?—¡No!..., ¡no!...;
(Mirando al despacho.)
que fué muy grande mi culpa...,
tremenda mi rebelión!...—
(Pausa.)—(Anímase de pronto.)
¡Pero es mi padre!... ¡Y Dios Padre
sus enojos aplacó
al ver morir á su Hijo!...—
(Llama con ambas manos á la puerta del despacho.)
¡Padre! ¡Yo muero!... ¡Perdón!

ESCENA XI

MIGUEL, DON BLAS, de levita negra, y FERNANDO. Luego DOLORES, y después DOÑA ROSA. Las mujeres con mantilla y abanico.

MIGUEL. (Al ver á Don Blas.)
¡Padre!

BLAS. ¡Ah!... ¡Tú!—¡Él!
(Después de la rápida primera alegría, huye hacia el proscenio sin abrazarle.)

FERNANDO. (Huyendo hacia la escalera.) ¡Miguel!

MIGUEL. (Siguiendo á Don Blas.) ¡Padre!
¡Soy Miguel!

BLAS. (Volviendo la cara.) ¡Huye!... ¡No! ¡no!

MIGUEL. ¡Fernando!

(Se vuelve á él, indicándole que aplaque á Don Blas.)

FERNANDO. (Se acerca á Don Blas, y le dice, señalándole piadosamente á Miguel:)

¡Don Blas!...

DOLORES. (Apareciendo en la escalera.) ¿Qué?...

MIGUEL. (Que la ve, corre á ella, diciendo:) ¡Lola!

DOLORES. ¡Miguel!...

(Avanza, y luego retrocede horrorizada.)

¡Miguel!

MIGUEL. (En medio de la escena, solo.) ¡Por favor!
¡Todos me cierran sus brazos!

BLAS. (Sin mirarle.)
¡Es tarde! ¡Ampárete Dios!

MIGUEL. ¡Dios mío! ¿No hay quien me acoja?

ROSA. (Apareciendo.)
¡Hijo de mi alma! ¡Yo!

MIGUEL. (Abrazándola.)
¡Madre! ¡Madre de mi vida!

ROSA. ¡Le queda mi corazón!

(Dice esto abrazada á Miguel, y mirándolos á todos con arrogancia.—Don Blas, á la derecha, furioso, se enjuga una lágrima con el revés de la mano, sin mirar al grupo.—Dolores, inmóvil, al otro lado del proscenio, mira al suelo como quien ve un abismo.—Fernando, cruzado de brazos, en el fondo, domina el cuadro con su serenidad.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ROSA, DOLORES, MIGUEL

(Miguel está sentado á la izquierda, en la silla en que bordaba Dolores en el acto anterior, apoyado en la mesa. Tiene el traje con que llegó, pero sin sombrero ni bolsa de viaje. No lleva toda la barba, sino bigote, etc. (lo que en el acto primero).—Doña Rosa y Dolores entran de la calle, con mantilla, libro de misa y rosario.)

ROSA. (Sentándose al lado de Miguel, no sin obligar á Dolores á acercarse; pero ésta se queda un poco detrás, y Miguel no la ve al principio.)
¿Conque al fin te levantaste? (Le besa.)
¿Cómo has pasado la noche?

MIGUEL. Bien, madre...

ROSA. ¡Estarás cansado!—
¿Quién lo duda? ¡Es mucho trote!
¡Tres días en diligencia!...
¡Digo! ¡y con estos calores!...
(Se abanica.)

MIGUEL. (Acariciándola.)
Ya estoy aquí.

ROSA. (Quitándose la mantilla.) A nuestro lado
verás cómo te repones
y te alegras...—Toma...—Vengo
(Le da la mantilla y el libro á Dolores, haciéndole señas de que no se vaya.—Dolores los pone sobre la mesa.)

de misa, y, si Dios me oye,
te volverá el apetito
y los antiguos colores.

MIGUEL. ¡Ay, madre! ¡cómo mi alma
esas palabras conoce!
Á su cariñoso arrullo
el niño siempre adurmióse...;
¿qué extraño que hoy adormezcan
las desventuras del hombre?

ROSA. (Señalando á Dolores.)
¡Mira que vas á afligirla!...—
(No te vayas...) (Á Dolores.)

MIGUEL. (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Dolores!...
Buenos días... (Muy reanimado.)

DOLORES. (Con gravedad.) Dios te guarde.

MIGUEL. (Con pasión.)
¡Y á ti te bendiga!...—
(Dolores se pone un dedo sobre los labios con seriedad, Miguel baja la cabeza.)

ROSA. (Incomodada del silencio de Lola, le dice aparte:)
¡Torpe!—
(Á Miguel.)
¿Conque ya no te irás nunca?

MIGUEL. ¡Irme yo, madre!..., y ¿adónde?
¡Ni al cuerpo le quedan fuerzas,
ni el alma tiene ilusiones!—
(Sonríe tristemente, y dice mirando al suelo:)
No soy yo, como creía,
ningún ingenio disforme
que en Madrid haga más falta
que al lado de sus mayores...
¡Simple lector de periódicos,
prendado de ajenas dotes,

imaginé propia altura
mi culto á los grandes hombres!...

ROSA. No digas cosas tan tristes...

MIGUEL. Son verdades...

ROSA. No me enojes...

MIGUEL. Usted esto no lo entiende,
ni lo entienden muchos jóvenes...—
¡Desdichadas las provincias,
mientras, creyéndose dioses,
sus hijos medio notables
las desprecien y abandonen;
y más desgraciados ellos,
que á engrosar van á la postre
la lista de los mendigos
y suicidas de la corte! (Mirando á Dolores.)
¡Razón tenía mi padre!
¡Por espinas dejé flores!
(Pausa.) — (Al ver que Dolores mira al suelo, baja él también la cabeza muy abatido.)

ROSA. (Tomando lo de las flores al pie de la letra.)
¡Pues ya verás cuán alegre,
con la siega, y con los trojes,
y con la trilla, está el campo!...—
¡Lo mismísimo que entonces!—
Las reliquias de esa herida,
(Le señala el pecho.)
que apenas se te conoce,
se borrarán, dice el médico,
cazando por estos bosques,
y hasta el aire de la Fábrica,
con tanto hierro en... vapores—
él decía en otra cosa...,—
le servirá á tus pulmones.

MIGUEL. (Como si hablara solo.)
¡No!; los hombres no se aman...,
¡y en las soberbias metrópolis
su único oficio es la guerra!...
¿Qué importa que en esos choques
no corra á veces la sangre,
si el llanto á raudales corre?—
¡Oh! ¡Madrid!... El mismo infierno
construyó su inmensa mole
para teatro y palenque
de envidias y de rencores...
De huérfanos voluntarios
lo llena ambición innoble,
como al vivac de una hora
de caravanas feroces...
¡En Madrid hay pocas madres
(Mirando á la suya.)
para haber tantos dolores!...
¡Ellas visten aquí el luto
de aquel infortunio enorme!
(Dolores se quita la mantilla y la pone sobre la mesa.)
¡Ellas aquí, al ver vacío
el nido de sus amores,
lloran de dolor y miedo...;
y yo no extraño que lloren,
pues es tenerlo en la guerra
tener un hijo en la corte!

ROSA. ¡Vaya si lloramos! ¡Vaya!...—
¡Jesús! ¡qué mundo! ¡qué hombres!—
Dime: ¿y... la Condesa?

MIGUEL. ¡Madre!
¿quién piensa ya...

ROSA. ¡Se supone!

(Mirando á Dolores.)
Pero dime...

MIGUEL. La Condesa... (Sonriendo.)
se casó con otro Conde.—(Pausa.)
(Dolores vuelve la cabeza, y sonríe con lástima.)
¡Ay, sí! Cuando la desgracia
me hundió con sañudos golpes;
cuando lloraba emigrado
en extranjeras naciones;
cuando regresé harapiento;
cuando me vi herido y pobre,
nadie cubrió con su manto
la fealdad de mis errores...
¡Pasó la turba ambiciosa
sobre mí, en rudo galope,
y yo me quedé en la arena
como espada que se rompe!—
¿Adónde volver los ojos,
madre, en mi soberbia indócil?
¿Quién acogería al huérfano,
manchado por los desórdenes,
inútil al bien y al mal?—
Entonces, y sólo entonces,
vi lucir en lontananza
el hogar de mis mayores,
y la sombra de mi madre
sus brazos de amor tendióme,
diciendo: «¡Á mí no me manchas!...
¡Hijo, á mi regazo corre!»

ROSA. ¡Es verdad!

MIGUEL. «Allí—exclamé—
me aman sin gloria y sin nombre;
allí deploran mi ausencia;

allí me espera Dolores...

(Dolores le vuelve la espalda, en ademán negativo.)

¡Aún puedo dar á mis padres
dicha y consuelo!... Soy joven,
y trabajaré... ¡Mis lágrimas
quizás mi delito borren,
y hagan que un día mi padre
su santo perdón me otorgue!...»—
Y heme aquí.

ROSA. ¡Pobre hijo mío!
Dios oyó mis oraciones
y te trajo...—¡Ya verás!—
El piano está conforme
lo dejaste...—¡Yo venderlo!—
¡Antes vendo mis colchones!—
¡Aquí eres rey!...—¿Verdad, Lola?—
¡Aquí todos te conocen!—
¡Vaya el mundo noramala!—
Toma... Ahí tienes... No derroches...

(Le da la bolsa encarnada que Fernando dió á Dolores en el acto anterior.—Ésta se cubre un momento el rostro con las manos.)

Pero de nada carezcas...

MIGUEL. ¡No!... (Queriendo devolverle la bolsa.)

ROSA. (Á media voz.) ¡Calla! Quiero que compres
de todo lo que tenías:
reloj, sortija, botones...—
¡No quiero que nadie piense...

MIGUEL. (Cediendo después de alguna lucha.)
Lo guardaré...—No se enoje...—
Pero no más que guardarlo.

ROSA. ¡Bah! Yo haré que te perdone
tu padre...—No seas niño...—

¡Si le hubieras visto anoche
cómo lloraba!—¡Te quiere!...—
¿Y es posible que te odie,
si eres su hijo?—Está irritado...;
pero en este instante oye
á Doña Ramona...—Yo (Se levanta.)
voy arriba hasta que logre
hacerle bajar á verte...—
Quédate con él, Dolores.

DOLORES. ¡Madre! (Asombrada y aparte á Doña Rosa.)

ROSA. (En voz natural.)
En cuanto fué de día
vi á Fernando...—Está conforme.
(Miguel lo oye con regocijo.)

DOLORES. ¡Conforme!... ¡Qué horror!
(Aparte, á la madre.)

ROSA. (Aparte.) Tú... ¡calla!—
¿No ves cómo viene el pobre?
(Se va por la escalera, llevándose las mantillas, etc.)—
(Miguel se levanta, y corta el camino á Dolores, que se dirigía hacia el despacho.)

ESCENA II

DOLORES y MIGUEL

MIGUEL. Dolores...

DOLORES. (Parándose, con severidad.)
¿Qué quieres?

MIGUEL. (Indicándole el proscenio.) Ven...
¡No me esquives de ese modo!

DOLORES. (Dirigiéndose á la escalera.)
Déjame...

MIGUEL. (Cortándole otra vez el camino.)
Olvídalo todo...

¡Perdóname tú también!
¡Vea yo en tu rostro bendito
la gloria de mis amores!...—
¡Cuánto te debo, Dolores!

DOLORES. (Alarmada.)
¿Qué?

MIGUEL. Fernando me lo ha escrito...—
¡Todo lo sé!

DOLORES. Di.

MIGUEL. Tu herencia,
que has empeñado por mí...;
las sumas que te debí
cuando estaba en la indigencia;
la pura y constante fe
que dos años me has guardado;
tu casamiento olvidado...,
¡todo, sí; todo lo sé!

DOLORES. (Admirada).
¡Fernando te ha escrito eso!

MIGUEL. En Mayo me lo escribió...—
Al partir...—la verdad...,—yo
no te amaba...—lo confieso.—
Te requebré... y te ofendí...—
¡Perdóname, Lola mía;
pero yo no conocía
los tesoros que hay en ti!
No: no llegó á comprender
mi rüin naturaleza
tu pasión y tu nobleza,
¡ni al ángel ni á la mujer!—
¡Oh! ¡qué miserable he sido!
¡qué indigno de tus favores!...
¡Pero al fin, de mis errores

por siempre me has redimido!—
Deja que llore á tus pies
mi ingratitud, mi abandono... (Se arrodilla.)

DOLORES. (Conmovida y con generosidad.)
Levanta...—Yo te perdono...

MIGUEL. (Levantándose arrebatado.)
¡Oh!...

DOLORES. (Rehaciéndose.) ¡Pero es tarde!

MIGUEL. ¡No es!
¡No es tarde, pues logro verte
y oirte, prenda querida,
antes que un resto de vida
me haya arrancado la muerte!—
¡Te amo, te adoro, Lola!
De mis creaciones divinas
tú te alzas en las rüinas,
única, radiante, sola!
¡Tú me enseñaste á creer,
á bendecir y á esperar!...
Tú me has enseñado á amar...
¡Tú has completado mi ser!—
¡Te amo!... (Con inmensa efusión.)

DOLORES. (Tapándose los oídos.) ¡Déjame!...

MIGUEL. ¡No
¡Quiero decírtelo! ¡quiero
que el porvenir lisonjero
mires cual lo miro yo!
Dime, hermosa: ¿no nos ves
perdidos en este valle,
mi brazo en torno á tu talle,
mi corazón á tus pies,
seguir la senda florida
de una existencia ignorada,

pendientes de una mirada
toda mi vida y tu vida?
¿No nos ves sin ambición,
ni límite á la esperanza,
ser la bienaventuranza
uno de otro corazón,
y, así unidos, comprender
en un punto el porvenir,
amarnos siempre..., vivir
sin mañana y sin ayer?—
¿Sabes tú la eterna gloria
que alcanzan los que así mueren?...—
¡Morir! ¡morir!... ¡Nunca mueren
ni el alma ni la memoria!
¡En mi tumba me amarás
como me amaste en la ausencia;
que el fuego de mi existencia
no morirá en ti jamás!

DOLORES. ¡Ah! (Con superstición.)
MIGUEL. ¡No es tarde, pues que Dios
quiso al cabo concedernos
días breves, pero eternos,
de amor y triunfo á los dos!
DOLORES. Deliras...
MIGUEL. Siempre á tu lado...
DOLORES. ¡Nunca! (Con resolución.)
MIGUEL. (Asombrado.) ¿No me quieres ya?
DOLORES. ¡De nadie te quejes!
MIGUEL. ¡Ah!
¡Di que nunca me has amado!
DOLORES. ¿Que no te amé?... ¡No lo digas!
(Con indignación, y sin poder contenerse.)
MIGUEL. Pues bien: ¿por qué me abandonas?

¿Por qué, cuando me perdonas,
con tu desdén me castigas?
Si me amabas de tal suerte
que me socorriste allí,
¿por qué depreciarme aquí
en las garras de la muerte?
Cuando vuelvo arrepentido
y en ti cifro mi ventura;
cuando en mí tu llama pura
con tal violencia ha prendido,
¿por qué en tan mortal zozobra
compromete tu rigor
mi gratitud y mi amor?
¿Por qué deshaces tu obra?

DOLORES. ¡Ya lo sabrás!... (Lúgubremente.)
MIGUEL. (Con repentina sinceridad.) Algo sé...
DOLORES. ¿Qué sabes? (Alarmada.)
MIGUEL. (Como con reserva.) Que..., por piedad,
se imagina tu bondad
en la obligación...
DOLORES. (Con ansia.) ¿De qué?
MIGUEL. De fingir... lo que no existe,
lo que el alma no ha aceptado...
DOLORES. (Con repugnancia.)
¡Oh!... (Le vuelve la espalda.)
MIGUEL. Mi madre te ha indicado
que el buen Fernando no insiste...
DOLORES. ¡Ni á Fernando conocéis...,
ni á mí tampoco!
MIGUEL. Él un día
me dijo que desistía
de su boda...
DOLORES. ¿Y lo creéis? (Con ímpetu.)

MIGUEL. Pero, en suma: ¿si quisiera...
(Suplicante.)
DOLORES. ¡No quiere!... ¡Y le estás faltando!
MIGUEL. Mas ¿si quisiera Fernando...
DOLORES. Pues bien: ¡no quiero que quiera!
(Con valor.)
MIGUEL. (Mortificado.)
¿Por qué? ¿Le has llegado á amar?
(Insultante en el fondo.)
¿Te lo hizo grato mi ausencia?
¿Triunfó al cabo su paciencia?
DOLORES. (Dignamente.)
¡No! ¡Triunfó su buen obrar!
MIGUEL. ¿Y tú...
DOLORES. (Con firmeza y calma.)
Me caso con él.
MIGUEL. ¿Sin quererle?
DOLORES. Ya le quiero.
MIGUEL. (Primero con arrogancia; luego desolado.)
¡Imposible!...—¡Ay, Dios! ¡yo muero!...
¡Qué venganza tan cruel!
DOLORES. ¡Infeliz! ¿Qué estás diciendo?
¡Respeta un designio honrado!
¡Dios mi enlace ha decretado!
MIGUEL. ¡No nombres á Dios!...—¡Te entiendo!
(Con gran amargura.)
¡Me obligas con el favor...
y me tratas con desdén!...—
¡Maldito, maldito el bien
que no se da con amor!
DOLORES. ¡Cuánto me insultas!... (Con pena.)
MIGUEL. (Cada vez más airado.) Cumplida
ves tu tremenda venganza...

¡Eras mi última esperanza,
y te alejas con mi vida!

DOLORES. (¡Su vida!—¿Y le he de decir...
la verdad de todo?...)

MIGUEL. (Con desesperación y frialdad.) Lola,
adiós...—(Como si hablara solo.)
¡Oh madre! Tú sola
sabes amar y sufrir...—
¡La fe!..., ¡la constancia!... ¡Oh!
¡Mentira!

DOLORES. Calla...

MIGUEL. ¡Mentira!
(Tapándose el rostro con las manos.)

DOLORES. (Cogiéndole de un brazo.)
¡Oye, desgraciado!... Mira...—
(Le suelta y se aleja de él.)
¡No puedo..., no puedo, no!

MIGUEL. (Acercándosele á su vez.)
¡Ah, me espanta esa firmeza!

DOLORES. ¡Y á mí también!

MIGUEL. ¡Es crueldad!

DOLORES. ¡Sí!

MIGUEL. ¡Es... hasta crimen!

DOLORES. (Desesperadamente.) ¡Verdad!

MIGUEL. (Con horror.)
¡Te odia la naturaleza!

DOLORES. (Llorando al fin.)
¡No me maldigas, por Dios!
(Con las manos cruzadas.)

MIGUEL. (Con ironía.)
¿Y por quién más me lo imploras?

DOLORES. (Abandonándose á su dolor.)
¡Por estas lágrimas!

MIGUEL. (Con asombro y júbilo.) ¿Lloras?

(Fernando aparece en el portal, y se para.—Dolores se rehace, y dice en alta voz, señalando á Fernando, pero refiriéndose á Miguel:)

DOLORES. ¡Llorar debemos los dos!

ESCENA III

DICHOS y FERNANDO

(Fernando trae en la mano un rollo de papeles, atados con una cinta encarnada.)

FERNANDO. ¿Llorar?...—¿Por qué?—Buenos días.—
¿Qué tal? ¿descansaste?

DOLORES. (Á Fernando, sin ocultarle su emoción y queriendo llevárselo.) ¡Ven!

FERNANDO. (Haciéndose el desentendido, dice á Miguel:)
¿Y aquel dolorcillo?..., ¿bien?...—
Conque, Lola..., ¿qué decías?—
Yo no os conocí al pronto...—
¡Hoy te encuentro más muchacho!...—
Iba á entrar en el despacho,
y me paré como un tonto
al veros...—(Á Miguel.) ¡Dos años ha
que tú me pillaste á mí!...
¿Te acuerdas?—¡Qué necio fuí!...

MIGUEL. (¡No se quieren!)

FERNANDO. ¿Y en qué está
la diferencia?—Dolores
habló de llorar...—Pues miente...

DOLORES. ¡Fernando!...

FERNANDO. (Sin hacerle caso.) ¡Continuamente
me hablaba de tus amores!...

Pero, como á la manía
Don Blas otra vez tornó
del casorio..., y dije yo...,
¡claro!..., que obedecería...,
hoy ésta se cree obligada...—

(El verso siguiente lo dice mirando á Lola con gran intención.)

¡por lo que al caso no hace!—
á realizar un enlace...
que admitía... resignada!...

(Volubilidad aparente.)

Enlace de conveniencia...—
que en el fondo no es preciso;—(Á Lola.)
para ella..., de compromiso,
y para mí. de obediencia...—

(Interponiéndose siempre entre Dolores y Miguel, y hablando muy alto para no dejar que ellos se expliquen.)

Porque aquí... lo más salado
del empeño de esta chica,
¡es que ella se sacrifica...
y á mí me hace desgraciado!—
¡Desgraciado, sí, señor!
Pues, aunque es guapa y la quiero...,
yo nací para soltero,
y ella á ti te tiene amor...—
¡Cuánto habrás visto, Miguel!...

DOLORES. ¿No ves que me estás matando?—
Escucha, Miguel...—Fernando...

FERNANDO. ¡No hay más Fernando que él!—

(Á Miguel.)

¡No hagas caso! ¡Es tan entera,
que se avergüenza de amar!...—
Pues ¿qué hay de particular

en que una muchacha quiera?—
¡Mira!...: ¡para ti!... (Enseñándole el bordado.)

MIGUEL. (Convencido.) ¡Alma mía!

DOLORES. Pero ¿no ves que te engaña? (Furiosa.)

FERNANDO. ¡Piensa que hago alguna hazaña
en ceder!...—¡Qué tontería!

DOLORES. ¡No lo creas!

FERNANDO. ¿Callarás?

DOLORES. ¡No lo creas!

FERNANDO. (Imponiéndose.) ¡Dale..., bola!—
¡No te mortifiques, Lola!
¡Yo convenceré á Don Blas!—
(Á Miguel.)
Ven á tu cuarto y hablemos
de su herencia y de otros puntos...—
(Al nombrar la herencia, le entrega el rollo de papeles que tiene en la mano.)
¡Hay que arreglar mil asuntos!...
(Á Lola y con énfasis.)
Pero ¡nos entenderemos!
(Á Miguel. Dolores llora.)

MIGUEL. ¡Adiós..., Dolores!...—¡Ya ves!...,
Fernando mismo lo ruega...
(Dolores no le oye. Sólo mira á Fernando.—Miguel se dirige á la habitación de la izquierda, llevándose el rollo de papeles.)

FERNANDO. ¡Pues es claro! (Empujándole.)
¡Si está ciega!
¡Si está en Babia!—¡Hasta después!
(Á Dolores, sin mirarla.)

DOLORES. (Deteniéndole violentamente.)—(Pausa.)
¡Oye!—¡Mírame! (Cuando Miguel ha desaparecido.)

FERNANDO. (Mirando á otra parte.) ¡Bobada!

DOLORES. (Que le tiene cogidas ambas manos, le repite con amor é imperio:)

¡Mírame...!

FERNANDO. ¿Qué?

(Fernando la mira desatinadamente sin poderlo remediar, y se le saltan las lágrimas.—Dolores dice entonces, señalando á aquel llanto:)

DOLORES ¡Tú has mentido!

FERNANDO. (Enjugándose los ojos con los dedos.)

¡Lola..., ya hemos decidido
que el llanto no prueba nada!

(Se escapa, y entra en el cuarto de Miguel.)

ESCENA IV

DOLORES

¡Madre! ¡Tú, la que perdí!
¡Madre, que estás en el cielo!
Ven en mi ayuda, ¡ay de mí!
¡Sola, triste y sin consuelo,
no puedo vivir así!
La virtud y la pasión
tal apretaron los lazos,
que parten mi corazón!...—
(Mirando á la sala baja.)
¡Ah! Llevaos por compasión
mi corazón á pedazos!

ESCENA V

DOLORES y DON BLAS, que baja furioso.

BLAS. ¿Donde está?
DOLORES. Padre...
BLAS. ¡Lo fuí!...
¡No profanéis ese nombre!...
DOLORES. ¡Don Blas! (Muy seria.)
BLAS. ¿Donde está ese hombre?—
¿Donde está Miguel?
DOLORES. (Señalando con dignidad.) Allí
BLAS. ¡Vete tú arriba!... ¡Ya sé,
por tu madre, los horrores
que se traman...
DOLORES. ¿Yo?
BLAS. (Reparando en la noble actitud de ella.)
Dolores...,
¡piensa en tu honor!
DOLORES. (Marchándose tranquilamente.) Ya pensé.

ESCENA VI

DON BLAS y MIGUEL

BLAS. (Después de verla partir, mira al cielo como pidiéndole fuerzas, y se abalanza á la sala baja, á cuya puerta grita con voz terrible:)
¡Sal!
(Después, andando hacia atrás, se vuelve al proscenio, donde le aguarda.)
MIGUEL. (Queriendo arrodillarse.)
¡Padre mío!

BLAS. (Conteniéndole con severo ademán y frío continente.)
¡Silencio!

MIGUEL. (Queriendo abrazarle.)
¡Ah, padre!

BLAS. (Repeliéndole siempre con su tono y actitud.)
¡No me repitas
que eres mi hijo!...—¡Harto me duele!—
¡Ya estás aquí!... La desdicha
común pregona la vuelta
del Caín de la familia.

MIGUEL. ¡Ay, triste!

BLAS. ¡Todos con lágrimas
tu regreso me atestiguan,
no bien ayer se enjugaron
las que arrancó tu partida!—
¿Qué buscas aquí?

MIGUEL. El perdón
de mis faltas...

BLAS. ¿É imaginas
alcanzarlo?

MIGUEL. Dios perdona...

BLAS. ¡Tu contrición es tardía!—
¡No es el arrepentimiento
quien tus pasos encamina!...
¡Cuando ya pecar no puedes,
es cuando el pecado evitas;
que, sin que tú huyeras de ellos,
de ti los vicios huían!

MIGUEL. ¡De todo me he arrepentido!...

BLAS. Porque el castigo te avisa.—
¡Antes que el remordimiento,
sentiste de Dios la ira;
y, pues Dios te ha condenado,

no hay llanto que te redima!
MIGUEL. Yo me he propuesto enmendarme...—
¡Padre, es tiempo todavía!
BLAS. ¡Enmendarte!...—Y ¿de qué modo?—
Reincidiendo en tus perfidias...,
cometiendo nuevas faltas...—
¿qué digo nuevas?—¡Las mismas!—
¡Todo lo sé!

(Fernando aparece á la puerta de la sala baja, y oye sin rebozo.)

MIGUEL. ¿Qué?
BLAS. ¡Esta casa,
por tierra echaste en la huída...;
y, no bien se levantaba,
nuevamente la derribas!
¡Mi autoridad atropellas
como antes, con planta impía;
codicias el bien ajeno,
y al prójimo sacrificas!—
¿Es esa tu penitencia?
¿Esa de tu alma contrita
la reparación?...—¡Aparta,
Luzbel!... ¡Huye de mi vista!
MIGUEL. ¡Señor! ¡Vea usted mi cabeza
doblada ante su justicia!—
¡Misericordia!
BLAS. ¿La tienes
tú de nosotros?
MIGUEL. La vida
de un hijo, su amargo llanto,
¿no cerrarán las heridas
que abrió en el alma de un padre?
Si un día tras otro día

le ve llorar, trabajar,
ser su amparo, ser su egida,
humilde ante sus mandatos,
reverente, de rodillas...,
¿le arrojará de su casa?

BLAS. No: ni yo te arrojaría...—
¡Soy hombre, Miguel! ¡soy padre!
(Conmoviéndose.)
¡soy cristiano!...

MIGUEL. (Acercándosele.) Entonces...

BLAS. ¡Quita!
¡Yo te arrojo de esta casa,
porque esta casa no es mía!...

MIGUEL. ¡Cómo!

BLAS. ¡De nuestros abuelos
se hundió la mansión bendita!
¡No busques aquí tu cuna!
¡no remuevas las cenizas
de un hogar que tú, inhumano,
trocaste en pavesas frías!

MIGUEL. ¡Explíquese, por piedad!...
¿Dónde estoy?

BLAS. ¿No lo adivinas?
Estás en el santo albergue
do la piedad de una niña
mantiene á dos pobres viejos...,
¡á tus padres!...

MIGUEL. ¿Lola?

BLAS. ¡Mira
tu obra!

MIGUEL. ¡Lola me ama!
¡Yo la adoro!...

BLAS. ¡No lo digas!

¡Huésped eres de Fernando,
(Fernando se va á la calle, después de haber dudado si debe intervenir en esta escena.)
del esposo de mi hija!—
¡Suyo es cuanto aquí te cerca!...—
Pérfido, ¿no te lo explicas?
(Asombro de Miguel.)
¿No recuerdas que ha dos años
gravaste la Ferrería,
y empeñado me dejaste,
sin más pan que la ignominia?

MIGUEL. ¡Ah!... (Con bochorno y remordimiento.)

BLAS. ¿Te llevaste tu casa?...
¿Á qué vuelves?...

MIGUEL. (Con un resto de esperanza.) ¡Merecida,
justa lección me da el cielo!...—
Mas ¿quién sabe?...—¡Si mi indigna
voz oye usted....

BLAS. (Con sarcástica curiosidad.)
¡Habla!

MIGUEL. Lola
me quiere... Fernando insta
(Recalcándolo mucho.)
porque nos casemos... Yo,
con la herencia y mis fatigas,
le pagaría su crédito...

BLAS. Pero ¿y su dicha? (Con voz de trueno.)

MIGUEL. ¡Su dicha!

BLAS. ¿Así premias á Fernando,
que, sin celos, sin envidia,
para ti le dió á Dolores
lo que allá tú consumías...,
(Confusión de Miguel.)

y que, por ella y nosotros,
hoy se encuentra en la rüina?
¿Premias así al que... ayer tarde
(**Recalcándolo.— Espanto de Miguel al oir lo de la boda frustrada la víspera y todo lo que sigue.**)
al altar la conducía,
cuando apagó tu presencia
nuestra primera sonrisa?
¿Al que, mientras tú llegabas
á robarle sus delicias,
daba el resto de su hacienda
para impedir...,—¡toma..., mira!...—
(**Este paréntesis se lo dice mostrándole un papel, que puede ser el Aviso comercial.**)
que un embargo profanase
mi honra, mi nombre, mi firma?

MIGUEL. (**Consternado enteramente.**)
¡Ah, desgraciado! ¡Ya veo,
ya mido la horrenda sima!...—
(**Doña Rosa y Dolores aparecen en la escalera: lloran y callan.**)
¡Yo lo he devorado todo!
Casa, herencia, amor, familia,
salud, esperanza...
(**Dolores contiene á Doña Rosa.**)

BLAS. (**Con igual pavor.**) ¡Sí!

MIGUEL. ¿Y adónde volver la vista?
(**Pensando en Madrid, etc.**)

BLAS. ¡Toca, desgraciado, toca
el fruto de tu codicia!
Aquí, de donde saliste
soñando glorias mentidas,
paz y hacienda Dios te daba,

caricias y amor tenías...—
¡Bien te aconsejé!...—¿Te acuerdas?—
¡Bien lloramos tu partida!
¡Bastante he echado de menos
tu apoyo en mis largas cuitas!

MIGUEL. ¡Y usted me aborrece!
(Con acento desgarrador.)

BLAS. (Conmovido, y mirando á otro lado.)
¡Calla!

MIGUEL. ¡No tengo padre!
(Cae anonadado en una silla, y llora, con la cabeza entre las manos.)

BLAS. (Enterneciéndose hasta llorar también.)
¡Mentira!
¡Soy tu padre!...; y, si atendiera
á mi placer egoísta...;
si pensara como tú,
á tus brazos correría...,
¡que eres mi hijo!..., ¡mi hijo!...—
(Retrocediendo.)
Pero no..., ¡no lo permitan
los cielos!...—¡Padre no es
el que sólo da la vida!...
¡Padre es quien da la virtud
con el pan á su familia;
el que, solícito y tierno,
de su descendencia cuida;
pero que, amando á los malos,
no los premia, los castiga!

MIGUEL. ¡Madre de mi corazón!
(Dolores sigue conteniendo á Doña Rosa, que ahoga sus gemidos con el pañuelo.)

BLAS. ¡En poco su compañía

tienes, pues que así desmayas,
cuando más te necesita!—
¿Qué? ¿No puedes trabajar?
En esas tierras vecinas,
¿no habrá un palmo de terreno
que fruto á tus brazos rinda,
y que en la hora de la muerte
tu cuerpo en su paz reciba?—
¡Alza!... ¡Valor!... Los tres juntos
salgamos de estas rüinas,
donde á formar nueva casa
llega una nueva familia...
¡Dejemos aquí á los ángeles
custodios de nuestra vida,
y no turbemos su gloria,
en que Dios se regocija!

(Ni Miguel ni D. Blas ven á las mujeres.—Fernando aparece en el portal con bolsa de viaje y gorra de camino.)

MIGUEL. ¡Dolores!... (Sollozando en el sillón.)

BLAS. ¿De qué te quejas?—
¡Doquiera robaste dicha;
pero no sembraste nada,
y es tu cosecha de espinas!...
¡El bueno, el que en torno suyo
sembró del bien la semilla,
hoy coge larga cosecha
de bendición y alegría!

ESCENA VII

DON BLAS, MIGUEL, FERNANDO, DOLORES y DOÑA ROSA

FERNANDO. (Avanzando.)
¡Dios se lo pague, Don Blas!
¡Dios se lo pague!... ¡Es usted
un santo!... (Le besa la mano.)
—En fin, atended...—
(Á las mujeres, que se acercan.—Miguel, avergonzado, se retira al fondo de la escena, muy caviloso, sin mirar á nadie, pero atento á todo.)
Me voy del pueblo...

BLAS. (Asombro de todos.) ¿Te vas?

ROSA.
DOLORES. ¿Cómo?

FERNANDO. Lo dicho: á la una
me voy en la diligencia. (Terminante y sereno.)

BLAS. ¡Fernando! ¡Sin mi licencia!

DOLORES. ¿Y sin consulta?...

FERNANDO. Ninguna.—
Todo lo tengo ya hecho...—
He aquí el billete...

BLAS. ¡Qué horror!

FERNANDO. En Cádiz tomo el vapor,
y ¡á Buenos Aires derecho!

TODOS. ¡Á Buenos Aires!
(Miran á Miguel, inmóvil en el fondo.)

FERNANDO. Así,
dinero habrá y alegría...—

(Á Don Blas.)
Dolores...—yo lo sabía—
quiere á Miguel...

DOLORES. ¡No!

BLAS. ¡No!

FERNANDO. ¡Sí!—

(La energía con que dice esta verdad se impone á todos.)—(Transición.)—(Continúa tranquilamente:)

Deshecho está, pues, el lío...:
yo me cobro de tu herencia,
tú te casas en mi ausencia,
y usted paga con lo mío.

ROSA. ¿Qué dices? (Tímidamente, á Don Blas, como recomendándole aquel arreglo.)

BLAS. (Con severidad.) ¡Calla, mujer!

(Miguel entra en su cuarto, alzando los brazos al cielo.)

DOLORES. ¡Me niego!

BLAS. (Á Doña Rosa.) ¿Y el desgraciado?

(Señalando á Fernando.)

DOLORES. Ven... (Á Fernando.)

FERNANDO. (Rehuyéndola.) ¡Bastante hemos hablado!

BLAS. (Á Doña Rosa, la cual sólo mira á la puerta por donde salió Miguel.)

¡Es mandarlo á perecer!—
¡La adora... y por ella muere!

FERNANDO. ¡Eso es historia pasada!...

BLAS. ¡No lo creas, desgraciada! (Á Lola.)
¡Te repito que te quiere!

FERNANDO. (Con valentía.) — (También echa de menos á Miguel.)

¡Pues, si la quiero, no quiero
presentarme en el altar
con mujer que ha de llorar,
porque quiso á otro primero!

DOLORES. ¡Fernando! (Con enojo y dulzura.)

FERNANDO. (Fingiendo no oirla y dirigiéndose á Doña Rosa.)
¡No me acomoda!...—
Conozco que estorbo aquí,
y voy á otra parte...—Así
se podrá hacer esa boda...

BLAS. ¡Nunca! (Busca á Miguel con los ojos.)

DOLORES. (Cogiéndole.) ¡No seas injusto!
¡No te irás!

FERNANDO. ¿Y he de vivir
viendo llorar y gemir,
por darles á ustedes gusto?

BLAS. ¡No te irás!—Lo mando yo...

DOLORES. ¡No te irás!—Yo te lo pido...

FERNANDO. ¡Al mar nunca le he temido!...—
Ya volveré...

BLAS. ¡Calla!

DOLORES. ¡No!

FERNANDO. (Dando una patada en el suelo y dominándolos á todos.)
¡Caramba! ¿Quién manda en mí?
¡Dejad que cada uno haga!...

BLAS. (Sumiso.)
¡Oye!

FERNANDO. (Furioso.) ¡Á mí no se me paga!...—
¡Nada se me debe aquí!
(Se va conmoviendo poco á poco, al ver que todos callan y lloran.)—(Doña Rosa sigue inquieta con la ausencia de Miguel.)
¡Nos hemos querido bien
veintidós años!...—¡Me voy...
porque quiero!... ¡Pero estoy
agradecido también!—
Yo era huérfano y rapaz

cuando ustedes me acogieron...
¡Como á un hijo me quisieron!...—
Pues bien: ¡estamos en paz!
(Todos le cogen las manos llorando.)

ESCENA VIII

DICHOS, DON GIL, DOÑA RAMONA
y un MOZO DE DILIGENCIAS

GIL. Vamos, Fernando... ¿Qué esperas?
RAMONA. Venimos á despedirte.
BLAS. Pero ¿y Miguel?
GIL. ¡Si has de irte...
(Señalándole la calle.)
FERNANDO. (Viendo la ternura de todos.)
¡Esto es quererse de veras!
DOLORES. ¡Fernando! ¡Fernando!
FERNANDO. (Sin atreverse á mirarla.) ¿Qué?
DOLORES. (Alzando á él las manos cruzadas.)
¡Fernando!
FERNANDO. Mujer... ¡Te entiendo!
¡Sé feliz!
DOLORES. ¡No! (Casi de rodillas.)
(Todo esto muy al proscenio, á media voz.)
FERNANDO. (Impidiéndole arrodillarse.) ¿No estás viendo
que él se muere?
DOLORES. ¿Y tú?
(Estrechándole las manos con vehemencia.)
FERNANDO. (La mira con adoración.) ¡No sé! (Huye.)
¡Ea! ¡Con Dios! (Cada caricia
me mata...) ¡Suéltenme ustedes!...
(Se desprende de todos.)
¡Adiós!... (Desde la puerta.)

BLAS. ¡Señor, tú no puedes
consentir esta injusticia!
(En el proscenio, adonde se ha vuelto para no ver salir á Fernando.)

ESCENA IX

DICHOS y MIGUEL

(Miguel sale de la sala baja, coge á Fernando de un brazo, cerca ya de la cancela, y le hace retroceder.)

MIGUEL. (Con alegría nerviosa y con lentitud que da indicios de una resolución final.)
¿Adónde vas, majadero?—
(Á los demás.)
¿Á qué vienen esos llantos?
¿Qué pasa aquí, ¡voto á tantos!—
(Á Fernando, riéndose y sin soltarlo.—Fernando, espantado.)
¿Conque... (Burlándose de su idea de marcharse.)

FERNANDO. (Agriamente.) ¡Déjame!

MIGUEL. (Con su constante autoridad sobre él.) ¡No quiero!

BLAS. (¿Qué se propone?) (Observándole, inmóvil.)

DOLORES. (Engañada.) ¿Esto más?

ROSA. ¡Miguel! ¿qué tienes? (Tocándole la frente.)

MIGUEL. ¿Yo?...—¡Nada!—
(Á Fernando.)
Conque... ello... ¿en marcha?—¡Bobada!

GIL. ¡Vamos! (Tocando á Fernando en un hombro.)

FERNANDO. (Á Miguel.) Deja...

MIGUEL. (Sin impacientarse.) ¿Adónde vas?
¿Qué sabes tú de viajes,
ni de mundo, ni de gente,

tú, que viste solamente
esta gente, estos parajes?
¿Qué hicieras tú por ahí
entre asechanzas y dolo?...—
¡Eso lo entiendo yo solo!...
¡El mundo no es para ti!

FERNANDO. ¿Te burlas?

BLAS. (Que ha mirado atentamente á su hijo desde un lado del proscenio, dice aparte, con voz de respeto y cariño, como adivinando su determinación:)
(¡Qué demudado!)

ROSA. ¡Miguel! (Tocándole la frente.)

MIGUEL. (Sin hacer caso de nada, lleva á Fernando al otro lado del proscenio y le dice:)
Un obsequio más...—
(Con rapidez, sacando una carta del bolsillo.)
Como tú no partirás,
cuando yo me haya explicado,
podrás prestarme servicios
que en esta carta te ruego...—
¡No la leas hasta luego,
ni ahora formes malos juicios!—
A la noche la abrirás...
y harás cuanto encargo ahí...—
(Con frialdad magnánima.)
¡No pienso matarme!...—Así,
no asustes á los demás. (Le vuelve la espalda.)
(Fernando, asustado, guarda la carta.)

BLAS. (Aparte, desde la derecha del proscenio.)
(¿Qué piensa?)

ROSA. (Á Fernando.) ¿Qué te entregó?
(Fernando niega con sus ademanes haber recibido cosa alguna; pero da muestras de gran perplejidad.)

DOLORES. (¡Cielo santo! ¿Qué le ha escrito?)
MIGUEL. Lola..., perdona un delito...
(Cogiéndole la mano.)
que al volver se me ocurrió...—
(Todos están subyugados por Miguel, el cual prosigue diciendo con lentitud convulsiva:)
Nacido yo á codiciar
más que mi bien... el ajeno,
porque yo no soy tan bueno...
como este mozo ejemplar...,
(Lo llama con la otra mano.)
á los dos os he engañado
segunda vez...
DOLORES. Pues ¿qué pasa?
MIGUEL. (Con autoridad.—Señala á Fernando.)
Que no se va... y que se casa,
(Poniendo á Fernando junto á Dolores)
porque yo..., ¡yo estoy casado!
(Los suelta y les hace una reverencia glacial.)
DOLORES. ¡Ah, bandido!...—¡Te aborrezco!—
(Huye hacia la escalera.)
ROSA. ¡Cómo! (Abrazándolo con terror instintivo.)
(Alegría, aplauso y ternura en el rostro de Don Blas.)
RAMONA. ¿Dónde?
FERNANDO. (Cogiendo á Dolores por la cintura y llevándosela.)
¡Lola, ven!...
¡Yo te amo! (Se van por la escalera.)
MIGUEL. (Convulsivo, en los brazos de su madre.)
¡Ella también
me aborrece!...—¡Lo merezco!
(Sonríe sardónicamente.)

ESCENA X

DICHOS, menos DOLORES y FERNANDO

MIGUEL. (Á Doña Rosa, que no le suelta, y sin mirar á su padre.)
¡Madre!... Usted sola querrá
á su Miguel muchos años...—
(¡Estos cabellos castaños,
el tiempo los blanquearᬅ)—(Los besa.)
Conque repítalo, madre...: (Sonrie.)
¿Me quiere mucho?

ROSA. (Con delirio.) ¡Yo, sí!

MIGUEL. (Empujándola dulcemente hacia la escalera.)
Pues... hasta luego...—Ahora, aquí
tengo que hablar con mi padre...
(Sigue sonriendo, hasta conseguir engañarla.)

ROSA. (Á Don Gil y Doña Ramona.)
Vamos...—(Á Miguel.) ¿Vendrás?...

MIGUEL. (La lleva abrazada, y van mirándose tiernamente y sonriendo.) Sí..., después...

(Sube Doña Rosa.—Miguel hace entonces un respetuoso saludo á Don Gil y Doña Ramona, que lo miran con asombro, y le contestan.—Suben también éstos.—Miguel entra entonces en su cuarto, después de dirigir una intensa mirada á su padre.—Don Blas no aparta los ojos de aquella puerta.)

BLAS. (Solo.)
¿Qué es esto?—¡Tiemblo!...¡ Me aflijo!...—
¡Si no mintió, no es mi hijo,
no es mi sangre!...—¡Sí es! ¡Sí es!

Dice esto último cuando Miguel aparece en la puerta de su cuarto, con el sombrero de paja y la bolsa de

viaje, llevando en la mano el rollo de papeles con cinta encarnada que le dió Fernando.—Miguel hace señas al mozo de la diligencia (quien, durante la anterior escena, se salió discretamente al portal) de que entre en la sala baja: el mozo obedece, saliendo á poco con el baúl-maleta de Miguel y yéndose á la calle.—Miguel mira entonces á Don Blas..., le envía un beso, y da un paso hacia la puerta, sin dejar de mirarle.)

ESCENA ÚLTIMA

DON BLAS y MIGUEL

BLAS. (Gimiendo y lleno de alegría.)
¡Ven!

MIGUEL. (Corre á él, y se arrodilla.)
¡Padre! ¡la bendición!

BLAS. (Lo levanta.)
¡Hijo! ¡Miguel! ¡Ven acá!
(Se abrazan y lloran.)—(Pausa.)

MIGUEL. ¡No estoy casado! (Lo dice con amor á Dolores.)

BLAS. (Balbuciente.) ¡Ya..., ya
me lo dijo el corazón!

MIGUEL. Voy por su herencia...
(Muestra el rollo de papeles.)

BLAS. Lo sé...
También lo sé...—¡Tú ya eres
mi hijo!

MIGUEL. Si muero...

BLAS. Si mueres...,
(Con majestad.)
¡en el cielo te veré!—
¡Allí es la eterna ciudad,

donde, en más dichosa vida,
podrás ver feliz y unida
á toda la humanidad!—
Pronto iré á esperarte allí...—
¡No faltes!

MIGUEL. (Con fervor.) ¡No faltaré!

BLAS. ¡Sí!... Serás bueno... ¡lo sé!
que ya, aunque lejos de mí,
no estás solo en la aflicción;
pues irán eternamente
mi bendición en tu frente
y Dios en tu corazón!

(Don Blas le besa en la frente.—Miguel sale.—Al desaparecer por la cancela, lo ve Doña Rosa, que bajaba.—Da ésta un grito.—Don Blas la recoge en sus brazos.—Miguel les envía besos, y huye.—Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

ÍNDICE

Págs.

Págs.

POESÍAS HUMORÍSTICAS

